FRAY MOCHO



"MUGUET"

Pastel de René Péan

N.° 688

FRAY MOCHO

Año XIV — Buenos Aires, 30 de junio de 1925 — Núm. 688

Las doscientas libras esterlinas

Historia de un asalto nocturno

Por Carlos LENGUAS

I

JOHN Pickes se acercó cautelosamente a su ex compañero de fechorías, Frank Busby, y le golpeó con fuerza en un hombro.

—¡Eh! ¿Qué dices? ¿Siempre estás en sacarme el hígado?

Frank se volvió y no contestó nada.

—¡Contesta, gallina rancia!—exclamó John Pickes, sacudiéndole risueñamente del brazo.—¡Mira que tengo un negocio de los más finos!—¡Doscientas libras debajo de una vieja!

—¿Sin viejo?

—Nada más que con una muñeca... vamos, una chica, ¡un caramelo!

Frank sonrió; y luego de mirar a derecha e izquierda, agregó:

—¿En Londres mismo?

—Sí, en Londres mismo, aunque en sitio un poco apartado; pero antes abre el hocico: ¿aceptas?

Y John extendióle su mano larga y huesosa. Frank se la estrechó en seguida enérgicamente. ¡Pacto hecho y amistad reanudada!

—Vamos andando—dijo Frank.

Y ambos ladrones, escurriéndose en la sombra, penetraron a poco en una sórdida taberna, que iluminaba con una mancha de moribunda y oscilante luz la tortuosa calleja. Pidieron luego dos copas de "gin" y Frank, después de beber de un trago media copa, preguntó:

—¿Y cuándo damos el golpe?

—Mañana.

—¡Mañana! ¿Pero has estudiado bien el asunto? Mira, John, que, sin calma, no hay negocio seguro.

—Oye bien todo mi plan de estructura y procedimientos—replicó John con cierto énfasis, aunque en voz baja.—La vieja a quien vamos a hacer ese favor, se llama Mary Allen y es muy virtuosa. ¡Figúrate si será virtuosa, que tiene dos fincas en Londres, tierras en las cercanías de Birkenhead y, por desgracia, nada más que ese metálico amarillo en su casa! Tiene también una sobrina, ¡el caramelo!, de nombre Ketty, que vive con ella y, lo que es peor, duerme en la misma pieza.

—Malo, si el dinero está allí.

—Efectivamente, allí están las doscientas libras; pero nosotros las sacaremos, pese a la tía y a la sobrina, y nos las repartiremos como hermanos, cien y cien. ¿Estás conforme, Frank?



—Sí, John; conforme estoy: sólo espero tus instrucciones.

—¡Bien! Dame la mano: eres un amigo honrado... Ahora abre mucho la oreja. Mary Allen vive en una casa de campo, que tiene tres puertas y dos ventanas. Nosotros haremos la visita por una de las puertas.

—¿Y cuántos criados hay en la casa?

—Dos: William, el cocinero, y Annie, la doncella. William no duerme en el cuerpo principal del edificio; y en cuanto Annie, ésta se fué ayer a casa de su familia, por causa de una grave enfermedad de su padre.

—¿Entonces, John, no hay enemigos por medio?

—Sí, tenemos dos enemigos: Míster Coats y un perro.

—¿El perro es de Mr. Coats?

—No: el perro no es de Mr. Coats, sino de Mary Allen. Mr. Coats es un rico solterón que no sabe hacer otra cosa que enamorar; no trabaja; vive de sus rentas, y no duerme el condenado sino de día. Yo creo que tiene un poco descompuesta la cabeza. Tarde de la noche suele asomarse a las ventanas de su casa, y desde allí se pasa las horas enteras mirando y curioseándolo todo. Tan loco es, Frank, que un compañero me ha asegurado que Mr. Coats observa con anteojo de marino la luna y las estrellas, aunque esté la noche nublada. Yo creo que Mr. Coats...

—Pero ¿y eso qué nos importa a nosotros, John?—interrumpió Frank un tanto impaciente.

—¿Qué nos importa? ¡Valiente pregunta de mono! Mr. Coats es vecino de la vieja, y de seguro que nos estorba ese inspector nocturno. Para apartarlo de su observatorio tengo ideada una linda trapisonda, que te comunicaré cuando estemos sobre el terreno. ¡No, no! Ahora no, Frank.—En cuanto al perro de Mary Allen, el caso es mucho más serio.

—¡Eso no vale nada! Con llevar buenas armas, todo está arreglado.

—¡Quita de ahí, hombre! ¡Bonita fórmula! De ese modo hacemos ruido, ladra el perro, nos oyen, ¡y nos quedamos sin las doscientas esterlinas!

—Entonces, ¿cómo sacarnos de encima el perrito ese sin que ladre?

—Ladrará.

—¡John! ¿Qué dices?

—Sí, ladrará...; pero ladrará a un gato.

—Creo que te burlas otra vez de mí, John.

—No me burlo, Frank—contestó riendo su compañero.—¡El gato serás tú!

—¡Vamos, John! Me parece que tienes más descompuesta la cabeza que míster Coats.

—¡Respétame y escúchame, Frank!—exclamó solemnemente su amigo.—Tú eres un artista; eso lo sé yo, Frank. Imitas a la perfección a todos los animales de dos y cuatro patas. ¿No relinchas como un caballo, muges como una vaca, ladras como un perro, chillas y ríes como una mujer, cantas como gallo y gruñes como un cerdo? ¿No eres un artista así?

—Verdad es—respondió con modestia Frank.

—Pues si es verdad eso, nada tiene de extraño que yo le haya dado aplicación útil a una habilidad tuya. Nosotros, Frank, no podemos conse-



guir, de ningún modo, que el perro de Mary Allen permanezca mudo: ladrará al sentirnos, porque tiene muy buen olfato y mejor oído. Sería muy difícil que no lo hiciese; y entre una contingencia problemática y una amenaza cierta, es más prudente dedicarse a convertir la amenaza, que son los ladridos, en una verdadera protección.

—¿Protección los ladridos?...

—Sí, los ladridos, Frank. Que un perro ladre a un gato, es cosa naturalísima: a nadie sorprende ni alarma. ¿Verdad? Tú imitas los maullidos del gato mejor que un gato, si posible es. Convenido esto, he aquí mi plan: una vez llegados a casa de Mary Allen, enderezamos hacia la tapia que circunda el huerto. Esta tapia tiene algunos pequeños agujeros: tú, desde afuera, te acercas a ellos y maúllas allí con todas tus fuerzas. Segurísimo que el dogo, al oírte, se precipitará hacia aquel sitio, creyendo habérselas con un gato auténtico. Tú entonces arrecias la sinfonía, y mientras el can ladra enfurecido, yo salto la tapia y lo remato en pocas vueltas.

—¿Y crees tú que el dogo—interrumpió risueñamente Frank—me considerará tan gato verdadero como para no verte a ti y dejarse matar así no más?

—Que te considere a ti gato de carne y hueso o no, lo mismo da, Frank: la cuestión es que tú maúlles bien fuerte, y él ladre y ladre. Lo que nosotros deseamos es únicamente que, aquellos que puedan sentir el alboroto, crean que todo se reduce a una simple pelea de perro y gato; y protegidos por esta creencia errónea, ¡adelante! nos despachamos a gusto. ¡Mira! Me comprometo a acabar con aquel perrazo de un solo golpe de barra. ¡De un solo golpe!

Y John, entusiasmado, descargó ambos puños sobre la mesa y pidió dos nuevas copas de "gin". Frank guardó silencio un momento; luego dijo tranquilamente:

—Quiero hacerte una pregunta, John; es pura curiosidad. ¿Cómo has sabido tú eso de las doscientas esterlinas?

John sonrió y se repantigó en su asiento.

—¡Mira tú lo que vale ser un buen mozo!—dijo jactanciosamente.—Todo lo he sabido por Annie, por la doncella, que es mi novia. ¡Una buena muchacha! Ella me puso al corriente de lo que había menester, sin imaginarse ¡por supuesto! qué clase de favor le vamos a hacer nosotros a su ama. Con paciencia y con astucia, le he sacado cuanto pormenor necesitamos para realizar el negocio. La vieja Mary Allen quiere mucho a mi novia y le confía todos sus secretos, y Annie, que es muy comunicativa, y cree que yo soy una persona de gran respeto, me los transmitió en seguida como un angelito. Así es, Frank, cómo me he enterado que las doscientas libras están dentro de una bolsita de terciopelo, y ésta en el primer cajón de una cómoda de caoba, muy antigua, que adorna el dormitorio de Mary Allen y su sobrina Ketty.

—¡Pero el cajón tendrá llave?

—No tiene llave, Frank, no tendrá.

—¡Muy raro es, John, que haya una vieja rica tan confiada!

—Se explica... ya verás como se explica la confianza de la vieja. Ese dinero no debe estar allí sino hasta mañana. Y oye por qué. Hace seis u ocho meses Ketty riñó con su tía y se fué a vivir a casa de otra pariente; pero Mary Allen, que está lela con su sobrina, logró atraerla nuevamente a su lado; y desde hace tres días, Ketty está con la vieja Mary; la cual, loca de contenta por este acontecimiento, resolvió premiar el retorno de su sobrina, regalándole a esta mocosa en el día de su cumpleaños (que es mañana y carga ya con los diez y ocho) esas doscientas libras esterlinas, que serán nuestras, Frank. ¡Vamos, una bobería de la vieja! Su proyecto es que cuando se levante Ketty, encuentre abierto el cajón y se sorprenda con aquel hallazgo tan bonitamente acondicionado en una bolsa de terciopelo. ¡Sí, bonito hallazgo! ¡Puro viento!

Y John se echó a reír abiertamente.

—Y para operar mejor,—prosiguió, siempre risueño—"he enfermado" al padre de Annie. ¡La pobrecita lo ha creído moribundo y se ha marchado temblando para su casa! Las noticias que le hice mandar por un compañero nuestro desde el pueblo donde vive su familia dieron el resultado apetecido.

—¿De modo, querido John, que todo está dispuesto para desempeñar nuestro trabajo?

—Todo está en orden, Frank: sólo espero tu auxilio y tu compañía. ¿Aceptas, capitán?

—¡Acepto, general!

—¡Hasta mañaana, maestro Busby!

—¡Maestro Pickes, hasta mañana!

II

A pesar de sus expansiones amistosas, John y Frank se profesaban mutua animadversión y enconadísima envidia. Así es que, una vez que se separaron, en la imaginación de ambos surgió la misma idea de traición y pérfido disimulo; ambos revolvían en su magín los medios de astucia y truhanería que mejor llevaran a la posesión efectiva del fruto total del robo, esto es, de las doscientas libras esterlinas, sin verse obligados al doloroso trance de dividirlas en dos porciones.

Y era de creerse que el ambicioso expediente fué hallado por ambos, según fueron de extremosas las manifestaciones de compañerismo que John y Frank se prodigaron al encontrarse frente a frente la noche del asalto.

Echáronse a andar; a los diez minutos estaban junto a la casa de Mary Allen.

—Mira, Frank: aquélla es la casa de Mr. Coats.

—¿Aquélla? Pues las ventanas están cerradas.

—¡Chit! Calla.

—¿Qué?

—¡Mira! Allí está... Ya abrió la ventana... No le veo la cara, pero bien se ve que está en mangas de camisa.

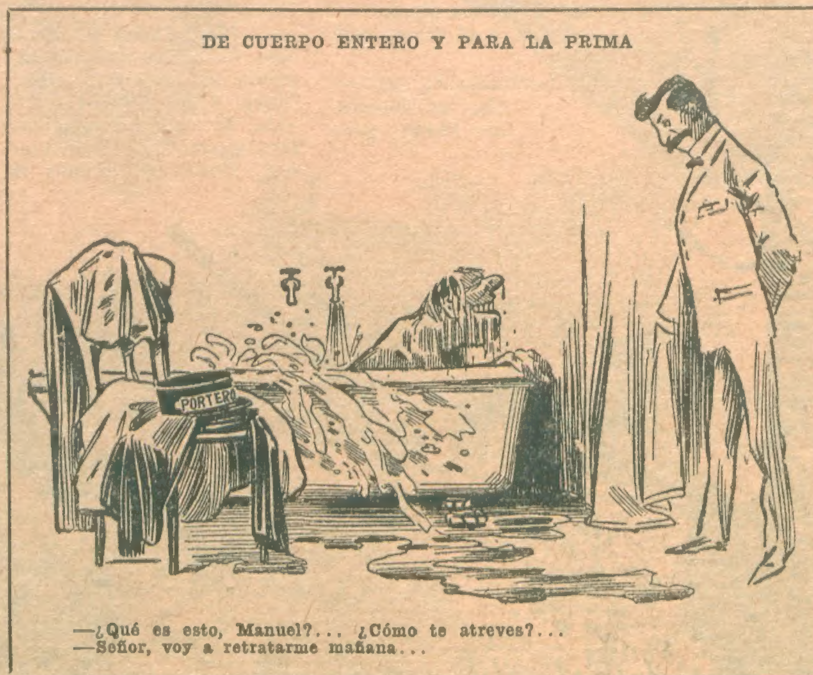
—Tienes razón; allí está: ¡que el demonio lo confunda!... Pero no importa: ya lo espantaremos de ahí... Ven acá, Frank; voy a recurrir nuevamente a tus habilidades de artista. Mira cómo. Mr. Coats vive en una casa que tiene dos ventanas; una da a la casa de Mary Allen, otra a la Hagendock Street, que es muy obscura. Bueno. Yo te ato una muñeca con un cordel, y tú vas andando hacia esa calle. Una vez allí ríes y chillas como una señorita graciosa a quien le hacen cosquillas.

Mr. Coats, como es muy enamorado, y más que enamorado curioso, al sentir la risa de una señorita en la calle, y de noche, y tarde, y a obscuras, se sorprenderá e inmediatamente correrá hacia la otra ventana que da a la calle. Yo, entonces, que observaré todos los movimientos de Mr. Coats, desde un sitio apropiado, tiraré a tiempo el cordel, a fin de que tú regreses oportunamente y no vaya a pescarte aquel demonio de loco; el cual, devorado por la curiosidad que le producirán las bonitas risas lanzadas misteriosamente en la obscuridad de la noche, de fijo ha de quedarse observando más tiempo del que nosotros necesitamos para escabechar al perro y entrar en casa de Mary Allen. ¿Qué te parece mi proyecto, Frank?

Este sonrió, pensando que su compañero aprovechaba demasiado sus habilidades artísticas.

Con todo, aceptó; y apenas se oyeron las risas y chillidos de mujer, admirablemente imitados por Frank, Mr. Coats desapareció de la ventana.

DE CUERPO ENTERO Y PARA LA PRIMA



—¿Qué es esto, Manuel?... ¿Cómo te atreves?...
—Señor, voy a retratarme mañana...

John tiró del cordel, y en seguida estuvieron juntos los dos ladrones.

—¡Al perro!—dijo precipitadamente Frank.

—¡Al perro!—contestó John.—¡Duro y firme a maullar! Conviértete en gato por un minuto.

Y John, mientras hablaba, esgrimía en la mano derecha una enorme barra de hierro, que llevara oculta momentos ha bajo el pantalón.

Inmediatamente, y apenas Frank lanzó el primer maullido junto a la tapia escuchóse tras ella un sordo gruñir.

—¡Ya pica, Frank! ¡Más fuerte!

Rápida y decididamente, John saltó el muro y se lanzó a retaguardia del animal enardecido; éste volvióse velozmente y se abalanzó contra él; pero John, con asombrosa sangre fría, levantó la barra y la descargó con todas sus fuerzas sobre el cráneo de la temible bestia. Se sintió un crujir de huesos, y el dogo cayó sin exhalar una queja.

Pareció reinar un silencio profundo. Sólo se oía la respiración fatigosa del bandido. Luego, contra el muro, el roce de un cuerpo. John levantó la cabeza y miró: era Frank que trasponía el muro con infinitas precauciones. John hízole un vivo ademán.

—Aquí me tienes—respondióle Frank; y, a paso sigiloso, dirigiéronse de inmediato hacia la casa. Los árboles agitábanse en dulcísimo rumor. La luna, destilando su luz a través de las nubes, derramaba una leve claridad.

Sin hacer ruido, muy hábilmente, John forzó la puerta y entraron ambos malhechores. Un ambiente de paz les envolvió el rostro. Estaban casi a obscuras. La débil claridad que iluminaba la segunda pieza, donde ardía una lamparilla de aceite, sólo dejábales ver la puerta de comunicación con la tercera. Ahí dormían confiadamente la pobre anciana y su joven sobrina. Oíanse sus respiraciones tranquilas.

Lentamente, John dirigióse hacia la presa codiciada. Iba adelante y sonreía. Frank, a un paso de él, también sonreía. Los dos ladrones gozábanse anticipadamente de la traición que, tal vez sin imaginarlo, habían concebido con idéntica y astuta felonía.

Una vez dentro, febril, afanosamente, sus manos se enderezaron temblorosas hacia la cómoda, y buscaban, buscaban... De pronto, se oyó una voz: Ketty, soñando, hablaba. Frank, sobresaltado, dispúsose a huir, mientras John, más dueño de sus nervios, maniobraba en el cajón; y cuando Frank volvía sobre sus pasos y metía a su vez la mano, oyóse nuevamente la voz de Ketty y un suspiro prolongado y ruidoso de Mary Allen.

¡Entonces sí que fué John el que empujó a Frank para escapar, quien, por cierto, no llevaba menos prisa! En un segundo estuvieron fuera. Parecían hallarse extrañamente perplejos.

—¡Negocio perdido!—dijo Frank con desaliento.

—¡Nos quedamos sin las amarillas! —respondió John con visible contrariedad.—Hermano Frank: ¡perdóname!—añadió luego tristemente.—¡He sido un imbécil!

—¡Quita de ahí, hombre!—replicó Frank.—Siempre somos amigos, ¡y venga un abrazo!

Se estrecharon; pero, inmediatamente, cual si obedecieran a un singular impulso repulsivo, ambos huyeron: uno, por el fondo de la casa; otro, por el frente...

III

...Después de haber andado un buen trecho de camino, John se detuvo, y sonriendo diabólicamente, sacó del pantalón una pequeña bolsa de terciopelo y la acarició con delicia. Luego, cuidadosamente, la abrió, sacó algunas monedas... y lanzó un grito de rabia y se dió un puñetazo tremendo en la frente. ¡Eran falsas, falsas! ¡La bolsa estaba llena de monedas falsas y de trozos de plomo!

No lejos de allí, reproducíase la misma escena. ¡También Frank, él también, había encontrado en la bolsa que creyera llena de esterlinas, monedas falsas y trozos de metal!

¿Qué había pasado? Pues que ambos pícaros, intentando engañarse recíprocamente, habían imaginado la misma treta y se habían llevado el mismo chasco. Sus intenciones eran sustituir, cuanto antes, la bolsa traidora que cada uno llevaba, por la buena, por la legítima, por la auténtica; pero, al poner en práctica su estratagema, por una chistosísima coincidencia de movimientos, se burlaron mutuamente en el cambio.

Contribuyó muy mucho a facilitar su engaño, el hecho de no hallarse en el cajón de la cómoda la bolsa con las doscientas esterlinas. Antes de acostarse, Mary Allen, queriendo adelantar la sorpresa de su sobrina, habíala colocado sobre la mesa de noche de la misma Ketty.

¡Y muy adornada con una grandísima moña de seda!

Dib. de Rojas.

El ciego

Por

Catulle MENDES

I

Amalia, la enamorada esposa, estaba en los brazos de Leonardo, el fiel compañero de su vida, quien ciego de su niñez, sólo podía verla con los ojos del alma.

—¡Adorarte y no contemplarte—exclama Leonardo.—Si yo te hubiese conocido en aquellos primeros años de mi vida, cuando aún podía contemplar el azul de los cielos, el resplandor de las miradas, los rojizos matices de las rosas y de los labios, tendría fijos en mi memoria todos los ragos de tu belleza, y tu imagen se destacaría eternamente sobre la negra noche que rodea mis pupilas. Pero cuando mi corazón se abrió al amor, ya estaban cerrados mis ojos a la luz, y nunca, nunca podré admirar los tesoros de la hermosura que poseo y desconozco. Amalia mía, fuente de todas mis venturas y del dolor que me agobia y me mata, refiéreme tú, con ese celestial acento que para siempre supo hacerme esclavo tuyo, las perfecciones de tu idolatrado ser! Descríbemelas una por una, detallada y minuciosamente, y acaso el encanto de tu voz realice el milagro de que yo llegue a imaginarte tal cual eres.

—No me atrevo a intentarlo—contestaba ella con encantadora modestia.

—¡No te atreves! Di que no me amas como yo te amo y que no quieres complacerme.

—Interrogame y trataré de contestarte.

Y a cada pregunta de Leonardo sobre el color de los cabellos de Amalia, sobre la claridad y pureza de sus ojos, sobre los contornos de su cuerpo, contestaba ella con frases en que se mezclaban por partes iguales la sinceridad y el pudor y que colmaba al pobre ciego de nuevo orgullo y de nunca desesperada amargura.

La idea de la hermosura de Amalia, crecía, se agigantaba en su espíritu y su confusión y su impotencia al tratar de precisarla con líneas y colores, eran a cada instante mayores.

II

El amor de los dos esposos no era de los que se extinguen ni de los que se disminuyen, ni siquiera de los que con el tiempo se modifican. Era siempre el mismo.

En ella producía una felicidad sin límites el constante entusiasmo, la misma amargura de no poder realizar su absurdo deseo.

Llegó en esto a la ciudad en donde habitaban Leonardo y Amalia un médico famoso, ya en todos los países del mundo, por sus extraordinarias curaciones.

Devolver la vista a los ciegos, el oído a los cerdos y la palabra a los mudos era la cosa más sencilla para aquel sabio incomparable.

Se aseguraba que nunca dejaba de curar radicalmente a cuantas persona acudían a su consulta, y Leonardo sintiéndose penetrado de la fe que animaba a todos, abrió el pecho a la esperanza y resolvió ponerse en manos del doctor.

—Curadme—le dijo.—Devolvedme la vista y tomad en cambio entera mi fortuna. Haced que contemple al fin la más bella de las mujeres nacidas, a quien adoro mil veces más que mi propia existencia. Y Leonardo siguió hablando y dando cuenta al famoso doctor de sus deseos, y de sus angustias, dejándole ver entero, con el instintivo afán de conmoverle y de decidirle más y más a procurar su curación, el profundo y agitado fondo de su alma.

El doctor escuchó a Leonardo con interés, y con pena le respondió amargamente:

—¡Dios me libre de abrir tus ojos a la luz, y Dios te libre de conseguir jamás tu deseo! ¡Amas como nadie ha amado jamás en el mundo y anhelas ver el objeto de tu amor!... ¡Eres un niño! El cielo te ha concedido el supremo bien de alcanzar la posesión sin agotar tus alegrías y pretendes sustituir a tu ilusión hermosísima la verdad siempre árida y fría. ¿No comprendes, desventurado, que a causa de ese misterio que para ti está envuelta tu amada, la imaginas mil veces más bella de lo que realmente puede ser, aunque sea, como tú crees, la mujer más perfecta del universo? El momento de verla sería siempre para ti una espantosa decepción, porque el sueño, aun el susceptible de ser realizado, no está libre aún de ser desencanto, sino a condición de no llegar a realizarse jamás. Confórmate con tu ceguera y acostúmbrate a considerarla como el origen de tu felicidad, el eterno entusiasmo en el amor, y compadece al resto de los mortales, condenados a ver la imperfecta belleza de los seres y las cosas, sin que las lágrimas que tan a menudo nos hacen derramar, nublen por completo nunca la claridad de nuestras miradas.

Balada de la luna llena

(Del libro "Canciones de la tarde", que aparecerá en breve).

Luna que alumbras esta noche
la mansedumbre de los campos,
deja tu beso de lirismo
sobre mis ojos asombrados.

Tu luz resbala por el césped,
bruñe la copa de los árboles,
proyecta lampos en la senda
y por el cielo azul se esparce.

Ahora mis ojos te contemplan
entre dos copas de cipreses;
la noche es clara y mi tristeza
a tu caricia suave crece.

Un silencio claro y profundo,
con los perfumes de las plantas,
entra sutil hasta el retiro
hosco y quimérico del alma.

Dime tú, luna, ¿por la senda
regresará mi nueva amiga?
Hace ya rato que la espero
con ansiedad tan infinita...

Tú nos has visto, no hace mucho,
en amoroso y tierno abrazo,
por esta misma senda blanca,
parloteadores como pájaros.

Dime, ¿es posible que no vuelva?
Yo ya mañana estaré lejos;
mis manos guardan su perfume
y aún siento el goce de sus besos.

Luna que alumbras esta noche
la mansedumbre de los campos,
este fugaz amor ingenuo,
¿será también amor amargo?

Oh, luna llena, todo daña,
tú no me niegas nunca un beso:
eres mi novia más constante
y más que nunca ahora te quiero.

Fermín Estrella Gutiérrez.

ILUSIÓN



—Te digo, Alfredo, que este puente era mucho más ancho cuando lo pasamos hace treinta años.

Matrimonios a prueba durante tres años, pero solamente entre campesinos

El periódico oficial del Gobierno ruso, "Pravda", dice que después de la nacionalización de las mujeres en aquel país y de que los matrimonios puramente civiles han conducido a un verdadero fracaso, ahora se está sintiendo, sobre todo, en el interior de Rusia, la dificultad de conseguir el divorcio, a causa de los trámites oficinescos necesarios.

En consecuencia, anuncia que se va a ensayar un nuevo procedimiento, conducente a legalizar las uniones en términos más severos y que redunden en beneficio de los cónyuges y les asegure la felicidad deseada.

La prueba se llevará a cabo en los distritos rurales, alejados de las grandes poblaciones, y, por tanto, de los centros donde se substancian las demandas de divorcio. Si los resultados fueran favorables, entonces se estudiaría la manera de extender el sistema a otros puntos y acaso a todo el país.

La idea del nuevo método ha surgido de la declaración de algunos demandantes de divorcio, al manifestar que solamente por la experiencia podían dos personas determinar si les era posible vivir juntas toda la vida.

El periódico soviético publica a continuación la fórmula que se exigirá en los matrimonios a la moderna, imaginados por los comunistas para uso de los aldeanos:

"Primero. Yo, el ciudadano Sergei Kowaljew, comparezco y digo que me comprometo a considerar a Anna Romanenka como mi esposa legal a partir del día... de 1925.

Segundo. Yo, la ciudadana Anna Romanenka, aquí presente, declaro por mi consentimiento libre ser esposa de Sergei Kowaljew durante tres años.

Tercero. Yo, Sergei Kowaljew, consideraré durante tres años como a mi esposa a la Romanenka, y me obligo a tratarla en concepto de tal durante el período arriba mencionado."

El diario de los soviets estima que la idea debe ponerse cuanto antes en práctica, porque contribuirá extraordinariamente a mejorar las condiciones morales, harto quebrantadas en estos últimos tiempos, de los campesinos rusos.



La emoción cautiva

Por Ernesto MORALES

HOLOCAUSTO

Si el sol entrega, lírico, su pródigo tesoro;
los árboles sus frutas de gemas, y las lianas
sus milagrosas flores de púrpura y de oro
para la indiferencia y estolidez humanas.

¿Por qué, corazón mío, torpe carne que un día
volverás a la tierra, por qué no dar lo mismo:
todas tus ilusiones, tu pena, tu alegría,
toda la incomprendida pasión de tu lirismo?

FUTURO

Será, ¿cuándo?, en un día limpio de primavera,
ya no estará animada la arcilla de mi cuerpo,
y pasarán dos bellas mujeres por la casa
donde nació a la vida la arcilla de mi cuerpo.

Una, de melancólica mirada, será rubia;
quizá una estrofa mía le llevará el recuerdo.
Dirá con voz muy tenue: Aquí nació un poeta
que ya murió.
—¿Su nombre?—¡Su nombre no recuerdo!

DESALIENTO

A veces cuando me hallo
frente a las cuatro vías,
que en mi pueblito ponen
cuatro brillantes líneas;
pienso... pienso en la absurda
comedia de mi vida:
dolores, esperanzas,
quimeras, injusticias;
la diaria labor llena
de minucias oblicuas,
hurtándole a mi alma
su emoción y sus rimas...
Pienso... pienso: Una noche
me he de echar en las vías,
que ponen en mi pueblo
cuatro brillantes líneas,
y esperaré la muerte...
¡Qué cosa tan sencilla!

CONSEJO

Aromando la estancia,
frágil, bella y pomposa,
levanta en un florero su esbeltez una rosa
cuyo cuerpo es de seda, cuya alma es de fragancia.

Diafanidad prístina
de flor, me haces sereno,
pues me aconsejas: Hombre, sé puro, claro y bueno
irguiendo la corola de tu alma cristalina.

REVELACION

Tumbado muellemente sobre el heno,
hundida la mirada en la llanura,
y aspirando un aroma de frescura
me he sentido vivir: soy sano y bueno.

Hubiera derramado de amor lleno
mi salud sobre toda criatura,
y toda la bondad y la ternura
de que mi corazón se hallaba pleno.

Y comprendí la poesía toda
que en los rubios panales de una oda
de fray Luis de León se hallara presa,
recién cuando tumbado muellemente,
púseme muy humilde, humildemente,
a dialogar con la Naturaleza.

JARDINILLO DE MI CASA

Cuán pequeñito eres y humilde,
oh, jardinillo de mi casa!
En ti no esplende flora exótica
ni surtidores de perlada
voz a los céfiros murmuran
los madrigales de sus aguas.
En ti un aroma de jazmines
el ámbito vernal embriaga;
en ti hay vulgares florecillas,
y en ti hay verdor de humildes plantas.
Pero al tornar de los afanes
de mi cargosa labor diaria,
con qué alegría tan intensa
contemplo el verde de tus plantas,
y aspiro el vaho de tus flores
oh, jardinillo de mi casa!



Señor Ernesto Morales.

ARAÑITA

Con obstinada persistencia,
esta arañita de jardín
teje su tela. (Lindo encaje
para tus hadas, Maeterlinck)
Y el raudo viento que en las frondas
pasa cual ave hacia el confín,
rompe su tela a la arañita,
¡y ella la vuelve a construir!...

¡Ah, qué lección me das tan noble,
leve arañita de jardín!

ESCENA AÚN NO VIVIDA

A veces, como a modo de un juego, un loco juego,
doyme a construir escenas de cuando estés conmigo.
He aquí una: Noche de invierno. (En esas noches,
no sé porqué, es más grato saberse bien querido).
Bajo la luz serena, tú coses; van tus manos,
como dos avecillas que están haciendo el nido;
van, ligeras y hábiles sobre la blanca tela,
dejando un primoroso bordado en que los hilos
se cruzan de manera tan sutil que parecen
palabras componiendo la música de un ritmo.
Yo cerca tuyo,—entonces no tendré como ahora
esta cara así triste—yo leeré algún libro,
será un libro de versos, un libro de elegías
en donde bellas frases formen como un tejido.
De pronto, subyugado por la lectura, exclamo:
¡Qué hermoso! Y tú: ¡A ver, lee! Yo, entonces, [te recito
el verso; y será un verso que hable de amor, un [verso
con aroma a descanso, con sabor a cariño...
Callo. Y afuera el viento se oye rugir, desgaja
los árboles, los buenos árboles del pueblito.
Callas tú. Y en la hora inefable escuchamos
nuestros dos corazones latir con igual ritmo...
A veces, como un juego, doyme a construir escenas,
y así comienzo todas: Cuando ella esté conmigo...

CASO...

Paseábamos ayer por la ribera;
el sol que nos brindaba su caricia
y el paisaje jocundo,
llenaba nuestro espíritu de albricias.

Pasó por nuestro lado
una joven pareja; ella, bonita,
en la maternal comba de su vientre
anunciaba de un hijo la primicia.

Yo te miré sonriendo y vi encenderse
un rubor adorable en tus mejillas.

VÉRTIGO

Fué un instante... El crepúsculo ponía
sus sombras en tu sala:
esa pequeña sala tuya, llena
de flores, de acuarelas y de caras
graves en los retratos
que ornaban las paredes. ¡Ah! tu sala,
parecía más bien un oratorio
para decir de amor bellas palabras.

Fué un instante, no más, un bello instante;
tu mano se crispó... yo te besaba...
y saliste, salimos... Luego, afuera,
lejos del oratorio de tu sala,
fuiste otra vez aquella mujercita
de grave rostro y de cortés palabra.

DIÁLOGO

Tú me dijiste:—Amigo,
defíneme el Amor.
Hubo una larga pausa... nos miramos,
nos miramos muy hondo... Luego yo:
—¿Sabes ahora, amiga?
Y arrebolada tú por la emoción:
—Sí—dijiste muy quedo,
temblándote la voz.

MAÑANA DE SOL

Al abrir la ventana
en este amanecer de primavera,
todo el azul de la vernal mañana
entróseme en bullente torrentera.

Con el sol en la frente,
un instante sentí honda alegría;
mas después, despaciosa, dulcemente,
oí que hablaba mi melancolía.

Y pensé en lo que pude ser: Ahora
no tendría esta cara de flor mustia,
no tendría este espíritu que llora,
no sufriría el peso de esta angustia.

Sería yo, pensé, fuerte y enhiesto,
tendría de mi raza la estatura,
gallardo en el arresto
de mi musculatura.

Y, en vez del triste verso
que, hombre de ciudad, largo medito,
daría, alegre, mi cantar disperso,
espontáneo y salvaje como un grito.

Y en vez de estar hundido en la oficina,
bajo la luz eléctrica doblado,
libre aspirara el aura matutina
mi rudo pecho por el sol tostado.

Y ahora, pienso: ¿Qué es mi rostro pálido
esta mañana azul toda belleza,
y qué mi cuerpo escuálido?...
¡Bah, ripios son en la Naturaleza!

Por eso esta mañana,
con el sol en el pecho oí la pía
voz de esta hermana
enferma y dulce: la Melancolía.

Escenas campesinas de otros tiempos

Por Juan C. JARA

La hierra era para el criollo campesino, algo así como la vendimia para los agricultores europeos; una fiesta cuya llegada se recibía con verdaderos transportes de júbilo. Allí era el punto de reunión de los paisanos de varias leguas a la redonda; allí la ostentación de la increíble destreza en el manejo del lazo, a cual más admirable y prodigioso, por su matemática precisión.

El gaucho acostumbraba llegar a la hierra al paso lento y mesurado del mejor caballo que poseía para esta clase de tareas, con el lazo atado a los tientos, como luciendo su pingo y el apero que lo engalana.

Lo refrenaba a una distancia prudente del lugar de la hierra, como para gozar mejor del espectáculo, cruzaba la pierna sobre su "flete" y así permanecía un rato como espectador, saboreando en fruiciones silenciosas las ágiles y viriles escenas que se desarrollaban ante sus ojos en el corral.

Cuando, de repente, algún toro bravío o potro chúcaro se escapaba del rodeo le tocaba entrar en juego; y picando apenas su caballo con las "lloronas", pegábale una embestida al animal fugitivo y desatando súbitamente el lazo, armábalo en seguida, para arrojarlo después, con precisión maravillosa, atisbando el momento que pasara con más velocidad y a una distancia conveniente, tirándole un pial de volcao.

Conseguía su objeto, impidiendo que el animal se escapara y volvía tranquilo a enrollar su cuerda.

Brindábasele entonces algunos tragos, en recompensa de su hazaña, en medio de las felicitaciones de los circunstantes, de cuyo grupo desprendíase uno de ellos, exclamando: Eitugtucú reyuhey hápebe cuymbaé, reyurá poraytè avé el agénope che robayá: "haga gorgoritos y mande al buche hasta que guste, paisano, por el lindo pial que ha echao en el ajeno, cuñao".

Para la realización de estas hazañas, disponían de caballos especialmente adiestrados al efecto.

Las diferentes tareas del campo, requerían los amaestramientos correspondientes de las cabalgaduras; y, cuanto más especializadas fueran aquéllas, mejor servicio desempeñaban éstas.

Así solían tener algunos especiales con el objeto de parar rodeo y apartar hacienda, para apadrinar al domador, para la hierra, y por fin, para las carreras, etc.

Cumpliéndose en esto, como en todo, aquel principio de sociología formulado por Spencer, según el cual: a una mayor especialización de las funciones sociales, corresponde un mejoramiento correlativo del trabajo producido.

El caballo era una parte integrante del argentino de los campos; era para él lo que la corbata para los que viven en el seno de las ciudades.

En aquellos tiempos, cada paisano, por pobre que fuese, tenía su "tropillita", si era posible de un solo pelo; y era para él motivo de tristezas infinitas, cuando en algunas de las frecuentes revueltas políticas de nuestro país, se la arreaban los revolucionarios o los del gobierno, quedándose de a pie y sin ella; así como constituía uno de los más puros títulos de su felicidad el poseerla.

El caballo era para el hombre de campo, el noble compañero que le ayudaba a vencer las dificultades de una situación apurada o a concurrir a largas distancias para gozar de los escasos placeres que le ofrecía la vida campesina, en las hierras, las carreras y las corridas de sortija; y sobre todo, en aquellas sencillas y patriarcales fiestas campestres realizadas en un rancho cualquiera, bajo la tradicional enramada que solía servirle de apéndice y que era el local preferido para el baile, no obstante su carencia absoluta de reparo y de estar libremente sacudida por los vientos y agitada por el pampero que en sus tiernos coloquios con las hojas, parecía asociarse en esa forma a las escenas confidenciales producidas bajo de ella.

A mi parecer, en estos antecedentes estriba el secreto de ese profundo y tradicional cariño, que el gaucho profesa a su caballo.

En otros tiempos, era algo muy digno de verse, el entusiasmo con que solían bailar los paisanos, aquellos aires criollos conocidos con los nombres de pericones, gatos y huellas, que fueron siempre sus bailes predilectos, y que ellos lo hacían con el garbo insuperable y característico de ese tipo noble y varonil de las campañas argentinas, vestidos con las mejores galas del traje nacional.

Formábase éste de calzoncillo cribado, chiripá, tirador, chaqueta, botas de potro y espuelas nazarenas, que ellos gustaban lucir en sus reuniones y fiestas. En confirmación de estas ideas, vamos a permitirnos transcribir una estrofa del "Lázaro", de Ricardo Gutiérrez, en la que el poeta argentino nos presenta, como pintado, en esta inspirada octava real, el tipo del gaucho a que me refiero, dice así:

"Es arrogante y varonil su traza
en la movilidad de su apostura;
la raza de los nobles no es su raza,
pero es noble y gallarda su figura;
porte que no envilece ni disfraza
la rara y desenvuelta vestidura
que lleva con descuido soberano
el intrépido gaucho americano."

Paso a transcribir, ahora, una estrofa en guaraní, de aquellas muy usuales en la provincia de Corrientes al bailar el pericón, y que pone de relieve el pintoresco lenguaje del gaucho correntino, saturado de esa intención picaresca, que caracteriza a todos los del país.

Dice así:

¡Oñe momuig he poraba...
ha ó purûgruig bebuiba
che cuñá... el pericompe
oyero... cûg bugié ohina!

Cuya traducción va en seguida:

¡Muévese mi china... en el baile
al cadencioso compás
del pericón nacional
con un sabroso... donaire!

Advierto a los lectores, que esta traducción tiene el pecado de todas las de su género; y es el de no poder expresar, con igual colorido y vivacidad de espíritu, lo que el original significa.

Pero, con todo, creo será difícil encontrar una traducción más aproximada de la que presento, guardando el ritmo correspondiente con el modelo.

Un anciano raptado por una viuda

Se lo lleva en auto y le obliga a casarse con ella, y a regalarle medio millón de dólares

El asunto de todas las conversaciones actualmente en Wáshington, es el rapto de Jackson Barnett, el famoso jefe indio, a quien se considera como el hombre más rico de su raza, pues su fortuna asciende a cinco millones de dólares, y que cuenta setenta y cinco años de edad.

Según las referencias que se tienen acerca del suceso, parece que una mujer que ocupaba un soberbio automóvil se paró cerca de Jackson Barnett en ocasión de ir éste paseando por los alrededores de dicha capital, y cogiéndole rápidamente entre sus brazos lo depositó en el interior del carruaje, que salió a gran velocidad por una carretera y no se detuvo hasta trasponer el espacio de tres estados más.

El anciano quedó tan sorprendido del hecho, que en bastante tiempo no pudo recobrar la serenidad. Cuando lo consiguió ya estaba a muchos kilómetros del lugar en que había sido asaltado, y se vió junto a una mujer bellísima y elegantemente vestida, que le dijo:

—No tema usted nada. Le haré el menor daño posible. Deseo casarme con usted, y que después de la ceremonia me reconozca el crédito de 500.000 dólares, que es objeto del litigio que sostenemos.

Entre tanto el automóvil continuaba corriendo a cuarta velocidad, y por fin se detuvo ante la iglesia de un pueblo, donde se hallaban congregados el pastor y otras varias personas, sin duda convocadas al efecto.

El asombro de Jackson Barnett subió de punto y se dejó casar sin proferir la menor protesta.

Los testigos de la ceremonia le indicaron que firmase algunos documentos, y aunque vaciló un instante, las súplicas de la Diana cazadora, que lo envolvía en su mejor sonrisa, le indujeron a obedecer.

Entonces dijo uno de los presentes:

—Es usted un marido muy complaciente, puesto que regala a su mujer 500.000 dólares. Bien los vale.

Acto seguido su nueva esposa le dió un abrazo de reconocimiento, y juntos en el mismo automóvil, se encaminaron a una estación del ferrocarril, donde tomaron un rápido que los condujo a Wáshington.

Se dice que la raptora es una viuda a quien había conocido hace tiempo Jackson Barnett, y a la cual prometió un regalo de 200.000 dólares, que nunca se hizo efectivo.

El asunto ha sido llevado a los tribunales por la familia de Barnett, la cual alega que éste no está en el pleno uso de sus facultades intelectuales, y que, por tanto, el matrimonio, contraído además por fuerza, es completamente ilegal.

El defensor de la viuda casada replica que Jackson Barnett fué por su libre voluntad hasta la población en que contrajo matrimonio, y que más de 20 personas atestiguan que el millonario no opuso la más ligera resistencia, ni la menor objeción al celebrarse la ceremonia y firmar el legado de 500.000 dólares a favor de su esposa.

Para "Fray Mocho".

Pedagogía festiva

Por Juan Manuel COTTA

XII

Moralismo estéril.

—¿Tú afuera y llorando... Baldomero?

El chico no podía contestarme y ahogado en sollozos seguía:

—Ji... ji, ji, ji...

De repente, desde allá, con los ojos brillosos, frescos como los de una pantera y la boca desdoblada en una especie de mueca, me gritó la maestra, una cuarentona cruel como la más vil madrastra:

—Por insolente, por bandido, señor...

—Pero, Baldomero, —insistí. — Tú insolente; tú, el buenito, el mosquita muerta, el que yo distingo tanto y a quien le doy a veces pastillas ricas que parecen para la tos? Hijo, ¿qué demonio te ha impulsado?

El chico se ahogaba. No podía hablar. El llanto le caía como lluvia. Se desesperaba. Sufría, y me miraba con una expresión de humillado como si me rogase que penetrara en su almita para que le juzgara ecuánime.

Llamé a la señorita y le dije:

—¿Qué ha ocurrido?

—Que es un insolente, señor.

—Jamás lo hubiera creído.

—Yo tampoco. Su inteligencia, su conducta, su aseo, todo ha sido siempre ejemplar.

—¿Se podría saber, señorita, cuál ha sido la falta?

—Oh, señor, cállese...

—Pero, señorita. Los maestros necesitamos encarar las cosas con la verdad por delante...

—Señor. Bastará con mi palabra...

—Muy respetable, sí. Mas, acostumbro a opinar por mi cuenta.

—Bien, señor; pero yo no puedo repetir lo que ha dicho en plena clase de ciencias naturales el sinvergüencita.

—Señorita, por favor. Sugiérame la causa, siquiera, para proceder.

—Mi pudor no lo permite...

—Extrema, usted. Los educadores, frente a los niños, debemos ser como el artista y los médicos frente al desnudo: sin malicia, sin asco... Además creo que ya hemos pasado la edad de los rubores...

—Me ofende...

—¡Ni se le ocurra, señorita!

—Puede ser...

—¡Bien! Retírese. Yo indagaré.

Me fuí al grado, porque no era posible obtener palabra de la mujer hiena ni del infeliz niño sumido en un estado lastimoso de desesperación.

Cumplidamente le pedí a la señorita que entregara la clase y se retirase.

Fingiendo despreocupación por todo, revisé el tópico y pregunté:

—¿Qué daban recién?

—Reproducción de las especies,— gritó un chiquillo.

—¿Aprendieron todo eso ustedes? —les dije.

—Sí, señor,—me respondieron.

—Veamos: ¿Qué sabe usted, María?

—Que las plantas se reproducen por semillas, las aves, peces y otros animales por huevos y los animales... los animales mamíferos... son vivíparos.

En seguida me di cuenta donde estaba el escollo de la cuestión, y dije:

—Me alegraré mucho si todos han aprovechado así la clase que les ha dado su inteligente maestra.

—Todos no, señor,—gritó Roberto.

—¿No?—fingí sorprenderme, pero seguro de tener ya en mi interrogatorio el hilo de la cuestión.

—Todos menos Baldomero.

—¿Cómo? ¿No estaba hace un rato aquí Baldomero?

—Sí, pero la señorita lo echó porque dijo una mala palabra.

—¡Una mala palabra!

—Sí, señor...

Antes de que yo lo interrogara, el chicuelo se despachó así:

—...Porque le preguntó a la señorita de dónde salíamos nosotros, que éramos mamíferos también.

Yo me turbé, pero no por ningún rubor, sino de indignación contra la maestra pueril y retrógrada.

—Que venga Baldomero,—grité.

Tres chicos corrieron. El muchacho entró cayéndose de temor.

—Venga para acá, amigo,—le dije.

Todos me comían con los ojos porque sabían lo que podía ocurrirle al que hubiera faltado al respeto.

—Venga para acá, amigo,—insistí.

La señorita le entendió otra cosa fea. Llámenla...

Otros diez chicos volaron en su busca.

—Señorita,—le dije a la hiena solterona acorralándola con mis argumentos. — Acabo de comprobar que usted oyó mal, y sé que como es usted tan buena y cultísima, perdonará a Baldomero.

Confundida y halagada al mismo tiempo, la vieja respondió:

—Como no, como no, sí, señor, lo perdono; como no...

El chico corrió y le besó las manos. Alguno de los otros lagrimeó de emoción. Yo, entonces, de pie, hablé así, haciendo temblar a la vieja estéril que luego se quedó rígida como un figurón hierático tallado en granito morado:

—Baldomero es noble y bueno; su pregunta ingenua lo revela todo un pensador y un inocente. Lo que dijo no es mala palabra. Nosotros, querido Baldomero, como el árbol de la semilla que está en los surcos de la tierra, salimos, — habiendo sido menos que semillas en un principio,—del sacrosanto seno de nuestras madres. Y somos vivíparos, como los corderitos que habrás visto nacer más de una vez en el campo. Las madres que nos dan al mundo y que por nosotros sufren, son por eso, santas...

Había en la clase un silencio religioso. Baldomero no pudo más y soltó el llanto. Luego dijo:

—Eso quería saber. Porque mi madre murió, según me han dicho, cuando me trajeron de París...

—No; no...—corregí.—Tu bendita madre murió cuando te arrancaron de su seno para darte a la luz del mundo. ¿Comprendes?

El chico abrió los ojos y redobló el lloro, acaso comprendiendo recién la verdad, para rendir un culto eterno a la memoria de la pobrecita que lo pariera amorosa a costa de su amada existencia.

XIII

Entre colegas.

Maniquí nos tenía una rabia atroz de colega. ¿Qué le habíamos hecho? Nada. Nos tenía rabia porque sí; acaso por aquello de que "no hay peor enemigo que el del oficio".

Como conocía el manejo de las planillas y de los registros, aseguraba que teníamos haciendo número a más de un chiquillo retirado dos o tres meses antes por cualquier causa.

—¿Cómo sabía eso?—me preguntó cierta vez una subalterna.

—No quiero calumniarlo,—le dije.

El caso era que Maniquí se desquitaba diciendo lo que no andaba tan lejos de la mentira.

El pobre era ni más ni menos que un espíritu femenino encastillado en las rudas formas del hombre las que lo ruborizaban. Maniquí,—no era este su nombre,—le decíamos las lenguas largas a causa de su impecable corrección suntuaria de muñeco de tienda que luce el último tijeretazo de la moda.

Maniquí no fumaba, ni jugaba, ni bebía vermouth. No había hecho mal a nadie. Era el vaso con agua cristalina del símil sarmientesco. Ni siquiera se había enamorado. No había hecho nada, nada... Era un hombre modelo para su cargo, solían decir las beatas del barrio. Yo no aceptaba eso. Un ente, sí. Un hombre, no. Yo lo encontraba algo ambiguo. Me parecía que se ocupaba demasiado del paso que debía usar en la calle y de los milímetros que debía levantar el sombrero al saludar. Y no estaba tan errado yo. En sus clases de moral se iba a las formas del urbanismo olvidando la esencia de las cosas. Así, a un hambriento le había aconsejado la manera de tomar el tenedor y dejar deslizar el cuchillo sobre el estofado que aquel no había visto nunca, olvidándose de hacerle sentir por la práctica o el ejemplo el anhelo de trabajo que conduce a la posesión del ideal o del bien material.

Maniquí era una exterioridad, ceñida a la última receta pedagógica y a la última trivialidad de los centros sociales que frecuentaba. Carecía del sentido palpitante de la vida. Flotaba demasiado en el vacío.

No era un hombre modelo para su cargo. Sus labiecitos finos y relamidos no se habían consagrado a ningún dios macho ni siquiera por un beso hurtado, ni por un insulto lanzado ni por una bofetada recibida en viril lucha.

Nosotros no le aborrecíamos. Le juzgábamos, no más, sin compasión. Algo de esto debió haberle llegado alguna vez; porque el cuasi hombre nos odiaba de veras. No resultábamos para él la imagen pedagógica de sus conceptos. Sabía que usábamos pantalones con rodilleras, teníamos hogar con hijos y pelábamos a veces alguna costilla a mano limpia...

En su transitoria categoría zoológica de monotrema, Maniquí era una especie de eslabón maliciosamente clasificado así por las muchachas jóvenes que no habían conseguido foguearlo con sus pupilas durante los entreactos cinematográficos.

Él, que no nos perdonaba falta, callándonos todos los méritos que pudiéramos tener, fué quien esgrimió con más arte lo que dimos en llamar "elogios de colega". Sus simbólicas tijeras eran al fin y al cabo, movidas por fibras masculinas.

Por "a" o por "b", o por un coscorrón fuera de reglamento en una ocasión de crisis nerviosa aliada de crisis económica, — se nos iba cualquier día el mejor alumno. Maniquí, con su diligencia proverbial, lo aceptaba en su escuela y lo anotaba durante veinte días en un grado atrasado, para removerlo luego con los aplausos de los papás ofendidos que admitían la infalibilidad pedagógica del colega neutro.

Esto, sin embargo, no nos hacía arder mucho las orejas, porque nos confesábamos con honradez aceptando que la culpabilidad era nuestra al haberle ofrecido el punto de partida en una incontinencia que el demonio había atizado.

Lo que nos hacía vibrar un instante, era la publicación que Maniquí daba en determinados corros y círculos cada vez que desde nuestra escuela le caía uno de esos alumnos malísimos que llevan maculada la sangre cuando menos por la dosis de alcohol que bebieran sus tatarabuelos.

Allí era lo bueno. Maniquí no tenía inconveniente en decir a los interesados: "Le han embrutecido su hijo. Será un fracasado toda la vida. Una víctima del error científico. A no ser que yo pueda remediar en parte el mal"...

Maniquí solía, algunas veces, ser vencedor. Durante los tres o cuatro años que tenía al chicuelo que nosotros habíamos descompaginado, la maravilla se producía. No era en este caso más que la desaparición de una de las tantas crisis infantiles que la higiene, o el azar o el tiempo se llevaba.

Cuando lo ancestral no cedía, Maniquí, en secreto, aconsejaba al padre que llevara su hijo al campo, para después no admitírselo por exceso de número o cualquier otra causa fútil que los reglamentos, a los cuales se ceñía devotamente, no se lo permitían.

Maniquí, que así las gastaba, se ganó una inspección porque jamás se le halló registros con números tachados, cuadernos sin forrar ni otras cosas muy estimadas que son para los

técnicos preciosas revelaciones de un valor aún no publicado.

Yo no le seguí más en su obra. Pero supongo que habrá ido o irá por ahí, llenando fórmulas con el alma fría, enseñando a dar toques reglamentarios de campana y poniendo en práctica otras cosas de igual importancia para el progreso cultural del país.

EL REY DE LOS PINTORES

Francisco de Zurbarán

y sus obras

Cuéntase de uno de aquellos Austrias cuyos muchos defectos se hallaban en parte compensados por la virtud de ser grandes protectores de las artes, que uno de sus mayores placeres era visitar a los pintores que para la casa real trabajaban, mientras estaban pintando, como queriendo darles a entender la admiración y aprecio que les profesaba. En una de estas ocasiones, el artista, un pintor de edad madura que estaba haciendo diez cuadros mitológicos con destino al Buen Retiro, entre dos pinceladas volvióse a mirar al regio visitante, como buscando en su rostro alguna muestra de aprobación, y es fama que el monarca, comprendiendo sin duda su pensamiento, púsole familiarmente la mano en el hombro a la vez que sonriente le decía:

—En verdad que si sois el pintor de los reyes, sois también el rey de los pintores.

Quien así hablaba era el rey Felipe IV. El pintor se llamaba Francisco de Zurbarán.

La justa admiración y no menos merecido entusiasmo con que propios y extraños han hablado siempre de Murillo y de Velázquez, ha hecho que junto a estos dos colosos del arte español quedasen como empequeñecidos otros pintores españoles igualmente dignos de fama, los cuales podrían figurar al lado de aquellos dos sin que por eso el mérito de los mismos se obscureciese. Uno de estos pintores es Zurbarán, o Sorvarán, a quien ahora se ha hecho justicia celebrando la exposición de sus obras.

El Caravaggio español, que así se ha llamado a Zurbarán por haber en sus obras, según parece, algo del estilo del pintor italiano a quien se dió aquel nombre, no supo tal vez agrupar las figuras como Velázquez; acaso no acertó a darles aquella especie de encantadora vaporosidad que nos subyuga en las obras de Murillo; fácil sería también que en los pliegues de sus ropajes se advirtiese algo de abuso del maniquí; pero con todo eso, fué Zurbarán un dibujante sin rival y un colorista de primera clase, y las cabezas de sus frailes y de sus santos son cabezas a las que no se puede sacar ningún defecto.

No son de extrañar estos méritos cuando se sabe que Zurbarán, después de recibir las lecciones de un pintor cuyo nombre se ignora, pero a quien se supone discípulo de Morales, estudió en la escuela del licenciado Juan de las Roelas, del que llegó a ser el mejor discípulo. Esta excelente educación, unida al natural talento artístico de Zurbarán, no podía menos de dar buenos frutos.

Como otros muchos genios, así de las artes como de las ciencias, el artista no hubiese seguido sus inclinaciones a haberse dejado llevar de los deseos de sus padres. El día de su bautizo, 7 de noviembre de 1598, Luis de Zurbarán e Isabel Márquez, labradores acomodados de Fuente de Cantos (Badajoz), pensaban probablemente en aquel niño con que Dios bendijera su unión llegase con el tiempo a ser lo que ellos: un labrador, sin más aspiraciones que ver sus graneros llenos y sus cosechas prósperas.

Tales fueron siempre los anhelos paternos, por lo menos hasta que la decidida vocación del joven les tornó en convencimiento de que su porvenir estaba en el arte.

Veintiséis años tenía de edad Francisco de Zurbarán, cuando el marqués de Malagón le encargó los hermosos lienzos para la capilla de San Pedro, en la Catedral de Sevilla, y próximamente por la misma época pintó su admirable "Apoteosis de Santo Tomás de Aquino" para el colegio del mismo santo en la capital andaluza, cuadro que, como muchos otros tesoros artísticos, fué sacado de España y llevado a Francia, donde estuvo ocupando sitio preferente en el Louvre hasta que nos fué restituído. De este cuadro, que hoy se admira en el Museo Provincial de Sevilla, se ha dicho que es, no uno de los mejores, sino el mejor que su autor hizo; como dibujo, son muy contadas las obras de pintores españoles que pueden comparársele. En él figuran Carlos V y el arzobispo Diego de Deza, y se asegura que la cabeza de Santo Tomás es un retrato del prebendario Núñez de Escobar, y la de otra de las figuras el del pintor mismo.

No menos notables que esta obra, pero de composición más sencilla, son los tres cuadros que más tarde hizo aquél para la Cartuja sevillana de Santa María de las Cuevas, uno de los más hermosos monasterios que ha tenido España, así por la belleza de su arquitectura gótica y plateresca, como por sus riquezas en joyas, libros, tallados y obras pictóricas. Representan dichos tres cuadros a San Bruno con el Papa Urbano II el uno, a la Virgen cobijando bajo su manto a los cartujos el otro, y el tercero a San Hugo visitando un refectorio, cuadro que se conoce con el nombre de "El milagro del santo voto". En todos tres se desenvuelve libremente la especialidad artística de Zurbarán: la pintura que podríamos llamar monástica.

Zurbarán fué, en efecto, el pintor de los frailes, como lo fué Velázquez de los reyes y sus bufones, como lo fueron Tiziano de los nobles de Venecia y Rafael de las Madonas. Los frailes de Zurbarán no son modelos disfrazados con un hábito; son frailes de verdad retratados en medio de las sombras del claustro; frailes que saben envolverse en los blancos hábitos y cubrirse con la picuda cogulla como no podría hacerlo ningún modelo. Natural es que sus cuadros de frailes, que para el monasterio de Guadalupe, la Cartuja de Jerez y otros conventos e iglesias fueron hechos, sean los que más atraen y retienen a quien los contempla. No es esto decir que en otros géneros no haya sobresalido también Zurbarán. La "Adoración de los Reyes", de la catedral de Cádiz; la delicadísima figura del Niño Jesús dormido sobre su cruz, que se conserva en el Museo de Madrid; el crucifijo del convento de San Pablo, que no pintado, sino de relieve parece, y las imágenes de Santa Matilde, Santa Dorotea y Santa Inés, del Hospital de la Sangre de Sevilla, para las que acaso sirvieron de modelo algunas bellas damas de la nobleza andaluza, son prueba de la perfección con que el pintor trató todos los asuntos religiosos, mientras "Los trabajos de Hércules", que pertenecen a la casa real, indican su habilidad para los asuntos de la antigua mitología.

Cuando se hallaba pintando la serie de cuadros últimamente nombrada, fué cuando mereció Zurbarán el elogio del rey de que se habló al principio.

Por indicaciones de Velázquez se le hizo ir a la corte en 1650; pero es indudable que ya antes había estado en ella y había sido nombrado pintor real, pues en la firma de un cuadro pintado en 1633 ya se añadió este título.

En 1662, esto es, doce años después de su instalación en Madrid, allí dejó de existir Francisco de Zurbarán.



El hombre de los ojos verdes

Un cuento

de Camilo MAUCLAIR

Clarisse Elten llegaba todos los días a las 12, después de haber almorzado rápidamente, a una gran sala del palacio de Pitti: el guardián, que la conocía, le daba los buenos días y sacaba de un armario su caballete y su tela. Ella preparaba su paleta, se instalaba sobre un escabel, en el ángulo de una ventana y se ponía a trabajar.

Por la ventana, sólo con inclinarse un poco, hubiese podido ver techos rosados, una plaza dorada por el sol, la curva admirable del Duomo, algunos cipreses recortados del jardín Boboli y, por entre el espacio de dos moros, todo un rincón de Florencia. La sala estaba llena de obras maestras, los visitantes pasaban y volvían a pasar, y algunos se detenían con simpatía. Pero Clarisse Elten no veía ni oía nada; porque se empecinaba en copiar el retrato del hombre de los ojos verdes, vestido de negro, que estaba ante ella.

Era pálido, con una corta barba castaña, una boca seria que plegaban el desdén y la amargura, cabellos castaños que caían sobre una frente baja, y dos pupilas de ónyx verde claras y fijas. Un ribete blanco y una pequeña alhaja de oro, al cuello, interrumpían solamente la uniforme negrura de su capa de paño, de donde emergía una mano larga, delgada, nerviosa, de anular ceñido por una sortija cuyo adorno era de piedra verde. Clarisse Elten, desde hacía largos días, trataba de reproducir esta figura muda y altiva. Tenía un talento precoz, que sorprendía a sus maestros, y había ya establecido, con energía, todos los valores de la obra. El fondo y el traje estaban perfectamente, la mano llena de expresión y de fidelidad, aún el rostro estaba pintado y dibujado en la manera y estilo del original. Pero la mirada se escapaba aún. Se hubiese dicho que el retrato no quería dejársela robar: y era un duelo de almas, extraño, entre este señor taciturno y esta francesita rubia, bonita, voluntariosa, que exigía su secreto con una obstinación de enamorada.

Clarisse Elten amaba, a través de los siglos y de la tela pintada, a este personaje misterioso a quien un florentino de genio había representado antaño. Trataba de vencerlo por el amor. Era virgen ignorante de la vida en absoluto fuera de la pasión de arte que la exaltaba y la devoraba. Había venido a Florencia con un tío y una tía que la dejaban libre, le permitían consagrarse por entero a su vocación. Jamás había mirado con interés un rostro masculino: y, bruscamente, el retrato del palacio Pitti había cristalizado sus sueños inconscientes, sus veleidades, sus ternuras y sus inquietudes. En las noches, soñaba con él en su pequeño cuarto sobre el Lungarno, y cuando salía del museo, a la hora del cierre, volvía lentamente, sin ver las vitrinas del Ponte-Vecchio, las mil luces reflejadas, la silueta grandiosa de la Signorina, y sin escuchar las canciones de bellos ritmos que repercutían bajo las arcadas. El hombre de los ojos verdes no quería dar sus ojos, y ello la apenaba.

Al día siguiente comenzaba de nuevo en su esfuerzo, con mano que la tensión nerviosa de toda su persona impedía ser segura. Por instantes, creía vencer; después era tan sólo una nueva decepción.

Una tarde, hizo frío bruscamente. El viento de los Apeninos llegó, silbó en los cipreses, gimió en las callejuelas y se engolfó entre los muelles tristes del río. Agitada, Clarisse Elten no se percató de que en la sala el guardián se ocupaba en reavivar los braseros de cobre: y las losas de mármol helaron sus pies sin que se diera cuenta. Sentía un gran descorazonamiento. Se fué sin abrigo, tiritando, por los muelles, con un dolor agudo en las sienes y en el pecho.

El fuego de su vasta pieza no la proporcionó mayor calor que las bebidas calientes que le prepararon. Deliró un poco en la noche, y al día siguiente se sintió seriamente enferma. Sus parientes, atemorizados, llamaron al médico. Este habló de fiebre maligna, y la partida fué decidida inmediatamente. Envuelta en frazadas, Clarisse, inconsciente, fué llevada a la estación, instalada en un vagón del rápido, que en la noche partía hacia Génova y Niza.

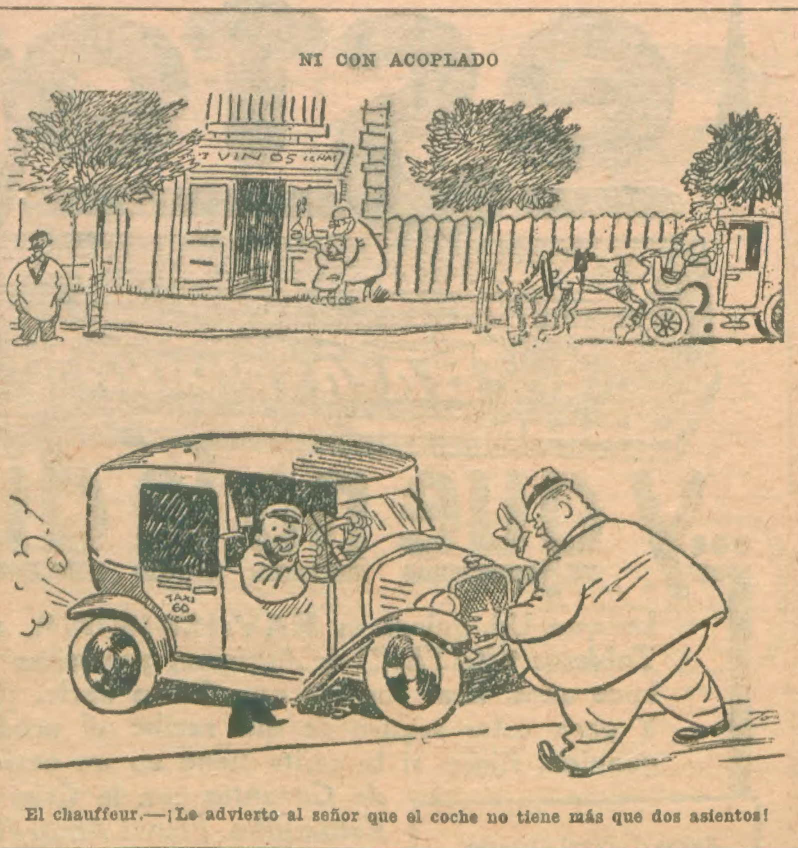
Después de algunas horas de somnolencia, la joven despertó. En el compartimiento, se había bajado la luz de las lámparas, y ella entreveía, desde su rincón, una parte del pasillo iluminado. Vió entonces avanzar un hombre que se detuvo allí, y miró ante él, hacia las tinieblas, a través de los cristales. Tenía un tinte mate, una corta barba castaña, una boca desdeñosa. Estaba con la cabeza descubierta, envuelto en una gran capa negra a la italiana. En un movimiento que hizo, Clarise vió en su cuello un ribete blanco y el brilo de oro de un gran álfiler, medalla o alhaja. Tembló sobresaltada, y se incorporó para tratar de discernir los ojos del viajero. Entonces, lentamente, éste se volvió hacia ella y la contempló. Tenía ojos de ónyx verde, claros y fijos.

Clarisse dió un grito ahogado. Su tía, que dormitaba enfrente, se sobresaltó y le tomó de la mano. El hombre desapareció, y Clarisse desfalleciente sintió que a la buena señora le daba a beber una cucharada de poción calmante. Volvió a reclinarse, agotada, y se durmió.

En la mañana, bajo el claro sol de la estación de Vintimilla, tuvo que cambiar de vagón, atravesar la aduana, vacilante, aunque reanimada por el aire de la costa. Se esforzó por sonreír y serenar a su tío y a su tía. Entre el laberinto de los bagajes, rozaron grandes cajones en los que estaba inscrita la mención: "Cuadros". Estos cajones provenían de Italia. Clarisse suspiró y dijo:

—¿Y mi copia? ¿y mis cajas? ¡Ay!

NI CON ACOPLADO



El chauffeur.—¡Le advierto al señor que el coche no tiene más que dos asientos!

Su tio le respondió con dulzura:

—Las haremos traer, querida mía. O, mejor, así que te hayas restablecido, volveremos allá y terminarás tu trabajo; porque no has sufrido sino un accidente, la fiebre del Arno... Era preciso partir, ya estás mejor. Volveremos...

Cuando el tren se ponía en movimiento, en dirección a París, Clarisse Elten percibió sobre el andén al hombre de los ojos verdes que la miraba. Estaba de pie, inmóvil, apoyando sobre un bulto una mano larga, delgada, nerviosa. En el dedo anular brillaba una piedra verde. La joven vió distintamente al hombre vestido de negro que quitaba de su dedo el anillo, y hacía ademán de mostrárselo, con una sonrisa singularmente imperiosa. Entró al compartimiento muy pálida.

En París guardó cama durante dos semanas, paro permaneció languideciendo, obsesionada por sueños vagos. Se repuso al fin, y entonces suplicó que volviesen a Florencia, aunque no fuese sino por algunos días. Se accedió a su súplica, pues estaba restablecida, y la estación adorable del aire tibio y de las flores comenzaba ya en la Toscana, cuando en París el clima era aún riguroso.

Clarisse Elten prometió ser prudente, no volver a trabajar demasiado, acabar su copia tranquilamente, sin apuro.

El tren la llevó, pasando por Génova, por Pisa, y al fin volvió a ver, saliendo de la estación, la severa Santa-María-Novella, el Baptisterio y la masa imponente del palacio Pitti.

Entró en él una exquisita mañana de abril, con el corazón trémulo, pero fuerte y alegre. Divisó al guardián, que la reconoció, la saludó amablemente, y sonrió. Pero, antes de abrir el armario en que guardaba telas y caballetes, designó con un gesto de pesadumbre amable, la muralla de que pendía habitualmente el retrato del hombre de los ojos verdes.

El sitio estaba vacío; Clarisse Elten se estremeció y preguntó "¿Donde está?"

—¿La signora partió sin duda en viaje a París? Y bien, el retrato ha ido también allá. Ha sido prestado para una exposición del gran maestro Bronzino, su autor. Aún no ha vuelto.

—Y ¿cuándo partió?

—El diez y seis de marzo. Me parece que fué al día siguiente mismo de aquel en que la signora ha venido por última vez a trabajar en su copia. He sido yo en persona quien ha llevado el cajón a la estación, esa misma tarde.

Así diciendo, el guardián abrió el armario. Tomó de allí un pequeño paquete envuelto en papel blanco.

—Y olvidaba esto, — dijo, — que debe pertenecer a la signora. Es en el sitio mismo en que ella trabajaba donde lo he encontrado: y lo he guardado, no sabiendo adónde ir a devolverlo.

El hombre tendióle un anillo cuyo adorno consistía en una piedra verde. Clarisse Elten tembló violentamente, estuvo a punto de exclamar: "¡Si no es mío!" Mas, luego, repentinamente, se arrepintió, balbuceó una vaga aquiescencia, y puso en su dedo el anillo misterioso, una sortija florentina sin valor, pero de forma bella y antigua, la prenda de sus esponsales con el Ensueño.








Mozart a través de la anécdota

Alrededor de Wolfgang Amadeus Mozart, el maestro hoy hace cien años admirado y adorado por todos, se levanta un cúmulo de anécdotas que pintan su vida con rasgos muchas veces contradictorios. Los mismos especialistas en investigaciones mozartianas experimentarán con frecuencia dificultades para orientarse en esta babilonia anecdótica y para distinguir entre lo real y lo inverosímil. Cuando entre los sucesos, cuya memoria guarda una tradición, se deslizan datos erróneos, refiérense estos por lo común a circunstancias externas y concomitantes de mayor o menor pequeñez. La esencia, la característica de los hechos se conserva plasmada con veracidad casi constante en la tradición o anécdota que corre de boca en boca.

Mozart compuso la obertura del "Don Juan" en una sola noche, la precedente al estreno de la ópera; así lo dice un relato muy conocido, cuyas variantes tocan únicamente pormenores de poca monta y concuerdan unánimes en un hecho: que Mozart acabó la obra en una noche y que tenía plena confianza en sí mismo cuando puso mano a la obertura. La anécdota ha idealizado frecuentemente la figura de Mozart; pero esto no es extraño, antes muy natural dada la extraordinaria admiración que se le tributa.

El carácter amabilísimo de Mozart halla múltiple interpretación en las anécdotas; la bondad, la poca práctica del mundo y lo delicado e infantil de aquel hombre que parecía el genio de la música injerto en un niño, son trazos que se destacan junto con la plena seguridad y absoluta confianza que desde temprana edad puso en sus dotes. El Mozart de seis años—era en 1762 en la corte vienesa—dijo a Wagenseil, el célebre maestro de María Teresa y sus hijos: "Voy a tocar un concierto suyo; usted tiene que doblarme las hojas". En todo mostraba la desaprensión de un niño. No acostumbrado a andar sobre el parqué encerado del castillo, resbaló un día y cayó; la archiduquesa María Antonieta, desventurada reina de Francia más tarde, lo alzó cariñosamente y desde entonces tuvo el artista gran predilección por ella. "Usted es muy buena, le dijo, me voy a casar con usted." Preguntado por qué, respondió: "Por agradecimiento quiero casarme con ella: fué muy buena conmigo, mientras que su hermana no se preocupó de mí." Cuando vió a la emperatriz saltó impávido a su regazo y le dió apretados besos. Un año después tocaba Mozart en Versalles ante la Pompadour; parado sobre una mesa, a la que lo había hecho subir la cortesana, se inclinó para besarla; como ella no lo permitiese, exclamó indignado: "¿Quién es esta que no quiere que yo la bese? ¡A mí me ha besado la emperatriz!"

Con cariño ternísimo amaba Mozart a su padre, para quien compuso una pequeña melodía que cantaban los dos todas las noches antes de acostarse. El padre llevaba el bajo y el hijo de pie sobre una silla le besaba la punta de las narices; hasta los diez años repitió el niño esta escena noche por noche. Decía que cuando su padre llegase a viejo la encerraría en un estuche cubierto por delante con un vidrio para que se cuidase de las corrientes; quiso tenerlo a su lado y amarle siempre.

Durante su estancia en Roma, el año 1769 oyó Mozart en la Capilla Sixtina el Miserere de Gregorio Allegri. Para conservar el secreto de la célebre obra estaba prohibido a los cantores bajo pena de excomunión tomar copia de la partitura. Mozart, después de haberla escuchado una vez atentamente pudo escribirla de memoria con las cuatro, cinco y hasta nueve voces que tiene el coro de la difícil composición. Esta nueva trascendió por la ciudad con gran rapidez y el asombro creció aun más, cuando Mozart tocó la obra en presencia del cantor Christofori, quien confirmó la exacta concordancia.

"El rapto del Serrallo" no gustó en su estreno (1782) al emperador José II. "Son muchas notas, querido Mozart", le reprochó. "Ni una más ni una menos de las necesarias, Majestad", contestó Mozart. "Bueno, eso lo sabréis vos mejor", decidió cuerdamente José.

Mozart dirigía en persona los ensayos para el estreno de "Don Juan" en Praga (1787). La primera vez la Bondini en su papel de Zerlina, hacia el final del primer acto, cuando Don Juan pone sus manos en ella, ni gritó como debía en el momento preciso. La escena fué ensayada varias veces inútilmente; Mozart entonces abandonó la orquesta, subió al escenario y la hizo repetir de nuevo. Cuando llegó la coyuntura apretó tan súbito y fuerte el brazo de la actriz, que la hizo prorrumpir en un grito de espanto. "Así, así se grita", le dijo Mozart muy satisfecho.

El libretista de "La flauta mágica", Schikaneder, cantó el Papageno en las primeras representaciones vienesas (1791). En una de ellas y mientras cantaba: "Una muchacha o una mujer..." con los largos intermedios de las campanillas, Mozart, que entre bastidores llevaba el acompañamiento, se complacía por broma en prolongar estas partes, para obligar a Schikaneder a repetir sus bailes; el actor perdió al fin la paciencia, asestó un golpazo al instrumento que fingía tocar y exclamó: "¡Calla ese pico!"

Mozart tenía en poca estima a los talentos precoces. En uno de sus viajes se vió en el trance de escuchar al hijo de un aficionado al arte. El muchacho, de doce años, tocaba muy bien el piano y Mozart no pudo menos de reconocerlo. "Sí, señor maestro de capilla", dijo el pequeño artista, "pero yo de buena gana querría también componer; dígame por favor cómo se hace eso".—"Oh, tienes para ello que aprender mucho todavía y ser mayorcito".—"Pero usted componía también a los doce años".—"Es cierto", dijo Mozart, "pero yo no preguntaba a nadie cómo se las arregla uno para ser compositor."

Mozart salía por las mañanas a las cinco a pasear a caballo; cuando su esposa estaba enferma o delicada salía solo; pero nunca sin dejarle escritas algunas líneas de cariñosa atención: "Buenos días, mi niña; deseo que hayas pasado una buena noche, que no hayas sufrido molestia alguna; no te levantes de prisa, no te resfríes, no te agaches ni te estires demasiado, no te disgustes con los criados, no tropieces en el umbral. Deja los disgustos caseros para cuando yo vuelva. ¡Que no te vaya a pasar algo! Volveré a tal o cual hora", y otras cosas en este estilo.

Un día que el mayordomo mayor de palacio llamó la atención del emperador sobre el alboroto y las libertades que se permitía Mozart en la mesa, contestó José al palatino: "¡Dejadme en paz a Mozart! Cualquier día puedo reemplazar a un general, pero a Mozart no."

El editor Hofmeister procuraba convencer a Mozart de que debía dar un estilo más popular a sus composiciones, pues de lo contrario no podría pagarle ninguna. Mozart le replicó un día: "Pues bien, no ganaré nada y sufriré hambre. Me importa un comino."

Un tupido manto de leyendas ha caído sobre la última obra de Mozart, el "Réquiem", que su muerte acaecida el 5 de diciembre de 1791 dejó inconcluso. En julio del mismo año recibió una visita misteriosa: era un hombre de aspecto muy grave y serio que venía a encargarle compusiese un réquiem. El precio de cien ducados puesto por Mozart fué inmediatamente aceptado y pagado por el desconocido que prometió una nueva recompensa cuando recibiera el manuscrito íntegro. Mozart se comprometía a no inquirir jamás el nombre de su comitente. Con tesón febril se dedicó el maestro a este trabajo que le absorbía los días y las noches con algunas interrupciones que le imponían otras labores. El desconocido (un criado del conde de Walsegg-Stuppach, como se supo más tarde), volvió varias veces a preguntar de un modo misterioso por la composición.

Hasta en su última enfermedad se ocupaba la ardiente imaginación de Mozart con el Réquiem y el día de su muerte hizo que le trajesen la partitura al lecho. Benedikt Schack cantaba el soprano, Hofer el tenor, Gerl el bajo y Mozart mismo el barítono. Comenzaron "Lacrimosa dies illa...", pero después de algunas frases cerró el maestro la partitura: no podía más. El presentimiento de que no llegaría a acabar el Réquiem y la certidumbre de haber compuesto su responso, se apoderaron de su espíritu con tal vehemencia, que rompió a llorar.

Lacrimosa dies illa,
Qua resurget ex favilla
Judicandus homo reus

la penúltima estrofa en la grandiosa visión del "Dies irae", marca el final de la vida y la obra de Wolfgang Amadeus Mozart.

AMA MUCHO

Ama mucho, mujer, en tu candor,
que el cariño es cual música bendita.
La vida es un jazmín que se marchita
si le falta el cuidado del Amor.

Conságrate al poeta de tu anhelo.
Sé su brújula, un pájaro, un narciso,
y transfórmate en luna, si es preciso,
para hacerle soñar que está en el cielo.

Vuela siempre, sé lírica, sé grande.
No permitas que alguno te comande,
y sigue en el querer tu trayectoria...

Ama mucho al motivo de tu herida,
que el Amor es el faro de la vida
porque alumbra el camino de la gloria.

Arturo MARTINI.



El arte escénico en el Extremo Oriente. — Comedias y comediantes

Entre los pueblos del extremo oriente, como en todas partes, el arte dramático ha sido una de las primeras consecuencias de la civilización naciente.

En Cochinchina, lo mismo que en China, el número de teatros es considerable. Muchos potentados poseen en su domicilio un salón destinado a las representaciones dramáticas.

Todas las compañías teatrales son ambulantes. Según su grado de celebridad se las solicita más o menos, bien por los mandarines gobernadores de ciudades o por los poseedores de teatros particulares.



Grupo de artistas de un teatro de Cochinchina.

Los trajes son, generalmente, apropiados a los personajes y siempre de una rara magnificencia.

A pesar de la afición de los pueblos del Extremo Oriente por las representaciones dramáticas, la profesión de cómico es poco estimada, por lo menos en la Cochinchina y en la China.

Y no es propiamente la profesión lo que hace, a veces, que los actores sean mal mirados. La razón que los envilece a los ojos del público es que, casi siempre, son de baja condición. Con frecuencia los directores artísticos reclutan sus elementos entre los hijos de esclavos a quienes instruyen, según sus cualidades, para cantantes, actores o mimos.

Una compañía se compone de ocho a diez personas, que son los esclavos del director.

Cuando una de estas compañías da una representación en casa de un señor opulento, este hace colocar en el centro de un salón una mesa, en torno a la cual los invitados disfrutan de un suntuoso festín. Al comenzar el banquete, la compañía se presenta, vestida con sus más lujosos trajes.

El director y sus artistas ejecutan ante el dueño de la mansión las reverencias de costumbre. Este indica al director el huésped principal del festín y se le presenta un catálogo con todas las obras del repertorio.

El invitado principal, en honor de quien se realiza la fiesta, elige y la representación da comienzo después de una sinfonía ejecutada por flautas, trompetas, tambores, gongs y tantanes.

Cada personaje al aparecer por primera vez en la escena se da a conocer a los espectadores.

Por ejemplo, declara :

—Yo soy el muy augusto emperador que venció a todos sus enemigos.

O bien:

—Yo soy el bachiller pobre, pero lleno de talento que logra, como van a ver ustedes, alcanzar los más altos destinos.

Los papeles femeninos son representados los mismo por mujeres que por muchachos. Esto se debe a que hay provincias en las que los gobernadores han prohibido a las mujeres presentarse en escena.

En las obras que se representan y que ofrecen con frecuencia un real interés, es necesario señalar una particularidad curiosa e importante. Mientras que todos los personajes, menos uno, hablan en prosa, éste, que es el primer actor y el héroe de la obra, habla siempre en verso.

Las piezas son de diversos géneros. Hay dramas históricos, mitológicos, budistas, domésticos, judiciales, o comedias de intriga y aún de carácter.

Los bailes-pantomimas representan casi siempre escenas de la naturaleza, como "Los trabajos del campo", "Las alegrías de la siega", "Las fatigas de la guerra" y "Los placeres de la paz".



Figura principal de una compañía de teatro en China.

En el Extremo Oriente circula esta máxima referente al arte:

"El que comprende la música, es capaz de gobernar".

P A R I S I N A S

Una astucia roja

Meditación previa. — *Posiblemente las historias de ladrones no importan sino a la pequeña minoría de los bienamados de la fortuna. El robo es seguramente la aplicación práctica de unos principios exaltadamente demagógicos. Realmente, la riqueza está repartida por el mundo de un modo torpe, como la felicidad.*

Afortunadamente para la conservación del orden viejo. los gendarmes y la guardia civil cuidan de que se respeten las tablas de la ley.

A voz en grito. — *La gente se regocija cuando los ladrones caen en los abismos de la desgracia. Y hoy París ha sido teatro de una de estas historias. Hay, pues, que proclamar el triunfo de los gendarmes. Los ladrones que acaban de poner fin a sus aventuras en unos calabozos húmedos y sombríos y desoladores eran unas gentes muy bien organizadas. Sabían trabajar con la misma desenvoltura que en París en toda latitud terrestre y marítima. Ellos solos constituían una raza y un pueblo nómadas, aislado en el turbión de las grandes ciudades, en las que se sabían rodear sin dejarse absorber. como los islotes perdidos en el silencio de los mares.*

En la sombría agrupación hay hombres y mujeres. es decir. contacto sentimental, como en el mundo honesto. Entre estos ladrones se hablan todas las lenguas y se saben respetar todas las costumbres que hemos de suponer malas, es decir, de los usos difícilmente tolerables. La agrupación había conseguido ya hacerse dueña, por los modos que son de imaginar, de más de cuatro millones de francos. Por ventura para las buenas costumbres, la policía de París ha interrumpido con su victoria la inquietud de los capitalistas y la prosperidad de estos ladrones. Hay, pues, que pregonar a voz en cuello el triunfo de un mandamiento de la ley de Dios y el de un artículo del Código Penal que es su traslado jurídico. París se estremece de júbilo. La justicia deja caer sus felicitaciones sobre los agentes como una palma heroica

En voz baja... — *Todo esto ha ocurrido hoy. Ayer también se tuvo noticia de otro robo. Pero este otro robo hay que comentarlo en voz baja. Es un robo de carácter político. Se sabía, en efecto. que circulan por Europa miles de millones en billetes del Banco de Inglaterra rotundamente falsos. Pero esta falsificación es una maravilla. Para comprobar la primera sospecha fué menester someter los billetes a contrastes dificilísimos. Se trata. en realidad, de una obra definitiva. Tales billetes han sido hechos por una fábrica de moneda que dispone de toda suerte de artilugios para tal elaboración.*

Al fin ha podido saberse toda la verdad. Los billetes falsos han salido del Gobierno de los soviets. Es un modo inédito de llevar la anarquía a Europa y un prodigio de la finanza rusa para pagar a sus acreedores con su propio dinero. Cuando creíamos, pues, que la pintoresca agrupación de bandidos internacionales era muy difícil sobrepasar, he aquí que nos viene de Rusia una fórmula nueva de enriquecer, no a un grupo de hombres, sino a un erario público. Con esta fórmula es posible la solución de todos los problemas económicos de un país, que son los verdaderamente graves. Y como el Estado no delinque, no sufre la moral. He aquí que el Gobierno de los soviets, luego de haber hecho una reversión en las leyes humanas, enseña al mundo el modo de burlar los mandamientos, inmovilizando a los gendarmes y a la guardia civil, enemigos de estas transgresiones perturbadoras.

Resueltamente, la nueva civilización viene de Rusia.

Ceferino R. AVECILLA.

LA "PINTADA"

Por Roberto MOLINA

Tanit el joven y temible gigante de la montuosa comarca, hacía algún tiempo que permanecía alejado y oculto en lo profundo de aquel bosque milenario y misterioso. Los habitantes de los poblados próximos recordaban con espanto las hazañas del monstruo invencible. Poseído de un diabólico espíritu destructor, habíales incendiado las cosechas, apaleaba a los viandantes que osaban cruzar las veredas de la montaña y apoderábase impunemente de los ganados. Y cuantas veces los lugareños intentaron reunidos dar la batalla al joven salvaje, les derrotó aquel hombre extraordinario, que más parecía un dios mitológico, por la maravilla de su invulnerabilidad y por su audacia y esfuerzo insuperables.

Pero hacía algún tiempo que Tanit no molestaba a nadie. Cierto pastor le vió sentado al pie de un árbol, callado, con ese resignado gesto del hombre que sufre y que medita. Unos arrieros contaban habérseles aparecido, saludándoles con sonrisa cordial, y hasta una vieja refería que habíase echado a sus plantas, humillado y lloroso. Una noche, en fin, resonaron en el silencio temeroso de los campos lejanos y profundos gritos de angustia: el monstruo suspiraba. ¿Acaso estaba enfermo o despertaba en la obscura conciencia del hombre primitivo algún remordimiento por sus crímenes? Así discurrían los habitantes de los poblados que rodeaban la montaña. Desconfiados y medrosos, consideraban aventurado y temerario acercarse a la guarida de Tanit, contra la opinión de algunas mujeres, olvidadas ahora de no lejanos días de zozobra, y acaso movidas a compasión—esa bella cualidad tan femenina.

Porque en ellas se había operado un extraño fenómeno de sugestión, como de admiración, que no excluía sin embargo el odio hacia el azote de la comarca: era esa dominadora atracción del peligro y ese instintivo homenaje a la fuerza, al ímpetu, cuando se manifiestan de una manera muy externa y teatral.

Pero al fin iba a ser libertados por una mujer que arrastraba con el recuerdo de su culpa un rumor de menosprecio y de vergüenza.

Llamábase Rosa la "Pintada", linda lugareña que había estado en la ciudad algún tiempo y que regresaba al hogar de sus padres con un recuerdo amargo de la urbe, porque el amor y la malicia habían tendido ante sus ojos ingenuos de aldeana esa peligrosa red de ilusiones que es lazo de la voluntad y trampa en que la inocencia sucumbe.

Las viejas habían visitado a Tanit y regresaron exclamando:

—El monstruo padece de amores; nuestro enemigo se ha humanizado por el amor, y pide una mujer. ¿Quién será la infeliz que se resigne a ser su esposa? Preciso es deliberar y acceder pronto a su ruego, antes que él, enfurecido, venga una noche a saquear nuestros hogares.

Todos callaban y se estremecían de espanto. Lloraban las madres y palidecían las muchachas. De pronto se alzó una voz entre el tumulto: ¡La "Pintada"! Todos la señalaron, y ella, sin reprimir un gesto de horror, dijo, tras breve vacilación:

—Iré.

Parecíale a ella que aquel rasgo heroico que salvaría a todos iba a redimirla de su vergüenza. Ella, sin conocerle, sentía horror hacia el monstruo, aún más que las otras aldeanas, porque había pasado su adolescencia en la ciudad, y la enamoraba el hombre educado y limpio, tan diferente del lugareño de manos encallecidas en el laboreo de la tierra.

Dócilmente, valientemente, emprendió el camino que los ancianos le indicaron. Había concebido una idea, y tenía fe en sí misma.

Cuando a la mañana siguiente apareció diciendo que Tanit ya no existía, dudaron. Convencidos más tarde, apartábanse de ella, avergonzados de deber a una mujer su liberación. Arrepentida entonces de su crimen, y sintiendo más que nunca su soledad, huyó de nuevo.

Pero había de fructificar su rasgo heroico. La "Pintada" había dejado un recuerdo perdurable, y con él las generaciones siguientes forjaron una áurea leyenda, como la de Judit.

Casi la habían divinizado aquellos infelices, que ignoraban el trágico fin de Rosa, muerta de frío y de hambre en la gran ciudad lejana.

MOTIVOS DE TERNURA

(Del libro en prensa "Las rutas de Simbad)

Cuando te hablo de amores..

Cuando te hablo de amores, tú doblegas la frente
y tus labios incuban un helado mutismo.
Te miro y no me miras. Y mi frase doliente
parece que cayera al fondo de un abismo.

En tus ojos florecen las pasiones dormidas.
En tus labios gravitan los dolores eternos.
Son tus carnes triunfantes primaveras floridas.
Es tu espíritu el alma de los vástagos tiernos.

Mi dolor se dilata cuando estoy a tu lado.
Hay un beso de muerte sobre cada palabra.
Soy orfebre que labra su sepulcro dorado,
y eres tú el simbolismo que en la tapa se labra.

Cuando te hablo de amores, yo no sé qué ancestrales
voces, llenan mis venas de violentos antojos
y me dicen de ciegos desvaríos sensuales...
Y te oprimo las manos y te miro los ojos...

Iremos por la senda

Iremos por la senda de los tiernos amores —
con las manos muy juntas, con el ánima unida;
y en la calma nocturna fundiremos las flores
que, sobre nuestros labios, se entregan a la vida.

Iremos quedamente, lo mismo que traviesos
infantes que planearan sublimes travesuras;
habrá un rumor de sedas y un cántico de besos,
y lánguidas caricias y líricas ternuras.

Iremos, amor mío, igual que mariposas
buscando el dulce néctar sobre fibras tempranas.
—Mis labios son claveles, y son los tuyos rosas—
¡Nuestras bocas maduras son dos flores hermanas!

Iremos, para siempre... Mas, ¿existe la gloria?
¿Qué seremos mañana? "¡Un puñado de huesos!"
Y de quien sobreviva, ¿quedará en la memoria
el lírico y doliente recuerdo de los besos?...

Eduardo María de Ocampo





Esta emoción...

Esta emoción que me asaltó de pronto,
cuando estaba mi espíritu perdido
en la contemplación de un sueño vago,
¿quién me la dió? Señor, ¿de dónde vino?

Fué un estremecimiento subitáneo
como el tañido de un cordaje íntimo;
me tocó el corazón y fué un sollozo,
mas lo sentí llegar como un suspiro...

Mas lo sentí llegar como el susurro
de una frase dulcísima; lo mismo
que un arrullo de amor, que despertara
todo mi sentimiento adormecido.

Suerte de palomita mensajera
que llegó a mi ventana de improviso...
yo percibí el rumor del aleteo;
el mensaje no sé de dónde vino.

No sé quién me lo dió, pero tenía
tal unción en el alma al recibirlo,
que percibí en la muda sugerencia
la majestuosidad de lo divino.

Aislé mi corazón del torpe halago
de los cinco sentidos,
y me entregué sereno, humilde y puro,
para la comunión del infinito.

Alberto Larran de Vere



El aprovisionamiento de un transatlántico

Los pasajeros de un grande, moderno transatlántico encuentran muy lógico que en él se hallen rodeados de todo lo necesario para garantizarles a bordo una vida agradable y divertida. No piensan en el enorme trabajo, en la extensa e ingeniosa organización que se requieren para poder ofrecerles todo aquello que les hace pasar los días de la travesía en alegre diversión y dorada holganza. Bien pocos reflexionan sobre la constante y febril actividad en que se agita una enorme tripulación o sobre la intensa labor de tantos talentos que se ingeniaron para asegurar el bienestar y la comodidad de los viajeros. Estos pocos sabrán desde luego cuánta inintermitente energía se necesita para conducir la nave felizmente al puerto de destino. Pero aún ellos quedarán asombrados ante el gigantesco trabajo y el inmenso personal que se ocupa en la preparación de las comidas cotidianas. Si, por ejemplo, en uno de los magníficos vapores de la Línea "Hapag", en el "Albert Ballin" o su buque gemelo "Deutschland" nos pica la curiosidad de pedir datos sobre este particular se nos responderá que la mayor parte de la tripulación—de 440 hombres unos 250—trabajan en el pañol de víveres, la cocina, la panadería y los comedores del buque. Un gran transatlántico como el "Albert Ballin" o el "Deutschland" tiene sitio para 1.600 pasajeros, lo que en caso dado le impone la obligación de cuidar del sustento de más de 2.000 personas. Con un viaje de ida y vuelta desde Hamburgo a Nueva York, que dura 20 días, se precisan sólo para los pasajeros 32.000 desayunos, almuerzos y comidas, lo que viene a igualar el consumo diario de una ciudad importante.

A la vanguardia del cortejo de provisiones marcha una piara de bien engordados cerdos, que abastecen el buque con 7.500 libras de carne de marrano. Sigue un rebaño de terneras que suministran otras 8.000 libras de carne. Continúa la procesión el ganado bovino, que aporta 31.000 libras más. Luego vienen los carneros y corderos seguidos de una manada de ciervos y corzos. No hay que pasar por alto la volatería integrada por más de 5 toneladas de patos, gansos, gallinas, capones, pavos y palomas. También la fauna marina y fluvial está representada con 10.000 libras de pescado de mar y de agua dulce, 500 libras de camarones y 90 libras de caviar. Las gallinas, a parte de tener que suministrar 3.200 libras de carne están obligadas a poner en cada uno de estos viajes la respetable cantidad de 55.000 huevos. El ganado vacuno proporciona al navío 11.200 litros de leche y nata, sin contar las enormes cantidades de leche que a bordo se convierten en 6.000 libras de mantequilla y 4.000 libras de queso. Los cerdos participan en el aprovisionamiento del buque no sólo con carne fresca, sino también con 150 quintales de jamón, tocino y embutido. Ya que el hombre no está acostumbrado a alimentarse exclusivamente de carne, huevos, leche, mantequilla y queso hay que poner a contribución también los frutos del campo y de los huertos. En cada viaje se precisan 1.000 quintales de patatas, 325 quintales de verduras frescas, 220 libras de legumbres secadas. Además se embarcan unas 4.000 libras de harina, que la fuerza fermentadora de 600 libras de levadura convierte, tanto en tierra como a bordo, en pan, bollos y deliciosas tortas. El consumo de azúcar asciende a 9.000, el de chocolate a 600 libras. Los países meridionales y tropicales suministran para un viaje de esta especie 37.000 libras de fruta, 3.500 libras de café y 200 de te. Las fábricas de hielo 20 toneladas de hielo. No hay que olvidar las bebidas. Tres mil doscientas botellas conservan el precioso líquido de las uvas alemanas y extranjeras. Las cervecerías suministran 14.100 litros de cerveza en barriles y 2.300 en botellas. Las fábricas de licores traen 700 botellas de sus más refinados productos y las de agua mineral 8.700 botellas de seltz y gaseosas. Contando aún 1.400 toneladas de agua potable que en gran parte se destina para la cocina, se sabrá, poco más o menos, lo que se consume en un viaje del "Albert Ballin" o del "Deutschland". En total 400.000 libras de víveres y 20.000 litros de bebidas.



TIRO A LA PALOMA

CONCURSOS DEL GUN-CLUB



El señor Ferrán González Guerrico, que ganó el premio aniversario.



Los participantes en las diversas pruebas del programa, antes de intervenir en las misn.



Tres tiradores, entre los cuales se destaca el inimitable Parra, el popular bufo, transitoriamente alejado del escenario.



Un cuarteto. Junto a Parra, Alberto Vaccarezza, el aplaudido sainetero nacional. Les acompañan Héctor Pini y Luis Lago García.



A pleno aire libre. Una pose después del suculento almuerzo.



ACTUALIDAD CINEMATOGRAFICA



Louise Fazenda, protagonista con William (Buster) Collier en "La tragedia del faro", de la cual es héroe el perro "Rin-Tin-Tín", película que el viernes 3 de julio estrenará la Sociedad General.



Patsy Ruth Miller y House Peters, protagonista de "Domando mujeres", cinedrama Jewel que la Universal dará a conocer el 2 del próximo julio.



Mae Murray, en su notable interpretación de "Circe, la encantadora", cinedrama que está distribuyendo Max Glücksmann.



B. Bronson, H. Brenon, director, y pieles rojas auténticos que intervienen en "Peter Pan", filmación de la célebre de Barries, que estrenará la Paramount.



Viola Dana, como protagonista de la película "El traje iluminado", que desde el sábado último distribuye la Corporación.



Dorothy Dalton y Charles de Roche, que, con T. Kosloff y T. Marshall interpretan la "La ley de los que no tienen leyes", que está distribuyendo Max Glücksmann.



Escena de "La amargura del pecado", cinedrama interpretado por I. Rich, G. Fawcet, M. Moore, J. Marlowe y J. Roche, que la General estrenó el viernes último.



DEMOSTRACION EN HONOR DEL DOCTOR MARTIN M. TORINO





Con motivo de la terminación de su mandato senatorial, el doctor Martín M. Torino, fué objeto de un homenaje de adhesión y simpatía a su labor parlamentaria, por parte de un numeroso grupo de amigos y correligionarios políticos. — A la izquierda: el doctor Torino haciendo uso de la palabra durante el acto. A la derecha: vista parcial del escenario del salón teatro Cangallo 1362, ocupado por el doctor Torino, a quien acompañan los doctores Barroetaveña, Matienzo, Gómez, Larlús, Castellanos, Zavala y otros caballeros de significación política, social y comercial.



Un aspecto del salón teatro Cangallo 1362, mientras se realizaba el acto en honor del doctor Torino.



El doctor Carlos F. Gómez, presidente de la comisión organizadora del homenaje, ofreciendo la demostración.



El doctor Torino y los miembros de la comisión organizadora de la demostración, escuchando, de pie, el himno nacional, con cuya ejecución se inició el acto.





Cabecera de la mesa en el banquete que un grupo de amigos ofreciora al ex senador, doctor Martín M. Torino, en el restaurant Harrods.

INAUGURACION DEL NUEVO INDICADOR DE TRENES DE LA ESTACION RETIRO DEL FERROCARRIL CENTRAL ARGENTINO





Vista parcial de la concurrencia al servirse el lunch con que fué festejada la inauguración del nuevo indicador ferroviario.

Un gran triunfo de nuestra policía



Señor Alfredo Horton Fernández, inspector general, jefe de la División Judicial de la Policía de la Capital

En los diarios y revistas norteamericanos, llegados por el último correo, encontramos amplias informaciones sobre el Congreso Internacional de Policía que se ha celebrado en Nueva York, en el cual han logrado destacarse—personal y oficialmente—los delegados argentinos, inspector general jefe de la División Judicial, don Alfredo Horton Fernández y el comisario jefe de Identificaciones, don César Etcheverry.

Por primera vez se han visto reunidos, en las sesiones públicas y privadas, los delegados de cuarenta y cuatro naciones y también los de todos los estados de la Unión, pues la idea de Mr. Enright fué recibida con aplauso en todas partes, esperándose, fundadamente, que de esos convenios y estudios entre las policías del universo, allí representadas por sus hombres más expertos, saldrán medio eficaces para luchar contra los delincuentes, pues del intercambio de medios que ellos emplean surgirán, lógicamente, los recursos para perseguirlos, defendiendo a la sociedad, que es la víctima de los mismos.

Mr. Enright, como lo afirmó al clausurar las sesiones del Congreso, tiene motivos sobrados para sentirse satisfecho con la cooperación y entusiasmo con que su iniciativa fuera acogida por los gobiernos, tanto en los países europeos como en los sudamericanos, que han sorprendido a la mayoría de los delegados, por la precisión de los métodos y la eficacia de sus sistemas, tanto en la prevención como en la identificación de elementos perniciosos.

Complacidos dejamos constancia del singular lucimiento de la delegación argentina, pues a su trabajo se le adjudicó el gran premio por considerarlo el de mayor importancia general, lo que refleja un honor grande para la capital de la República que, una vez más, ha ratificado tener a su servicio a funcionarios de tal capacidad que ella se impone fuera de nuestro territorio y en forma asaz elocuente.

De más estará decir que el premio acordado a la policía de la capital fué considerado como propio por las delegaciones sudamericanas, entre las cuales se destacan nuestros compatriotas, vencedores en buena ley, sobre todo por la cantidad y calidad de las delegaciones.

Más de una vez se había dicho, sin que todos lo creyeran, que Buenos Aires tenía la mejor policía del mundo. Gracias a los señores Horton Fernández y Etcheverry esa afirmación tiene ahora un fundamento indiscutible, por lo que cabe felicitar al gobierno que tan hábilmente los designó.

NOTAS DEPORTIVAS



Ensayándose para presentarse ante el rey Jorge V. — Soldados del arma de caballería en las pruebas de tándem, para actuar en el concurso de equitación, en el Olympia.



Una nueva estrella de la natación. Ms. Lillian B. Fergus, de 16 años de edad, natural de Alanuda (California), ganadora del campeonato para menores, en Pasadena.



Sansovino, ganando por una cabeza; el vencedor del último Derby inglés, bate a Dioplin, un ganador de las Guineas. Final del Spring Stakes en Lingfield (Inglaterra).



Sir Thomas Lipton, abriendo la correspondencia que recibió en su mansión de Southgate (Inglaterra), el día que cumplió 75 años de edad. Entre las felicitaciones había una de la reina Alejandra de Inglaterra.



Una interesante escena de baseball, tomada durante un partido realizado en Atlanta entre el equipo de la Universidad de Georgia y el de la Escuela de Tecnología del mismo punto. La pelota llega en el momento en que ha sido sacada la fotografía, a manos del "catcher".



Un hercules italiano. Uno de los soldados de guarnición en Tripolitania, demostrando la fuerza de sus músculos.





Campeones de Francia. El equipo de basketball, de Mulhouse, ganador del torneo nacional efectuado en París.



Mike Mc Tigue, campeón de peso ligero-pesado (a la izquierda), entrenándose en Quarters in Lummit (Nueva Jersey), para su combate en el Yankee Stadium, con Milk Fund.



Mc Tigue, campeón mundial de peso ligero-pesado, entrenándose en su campo de Nueva Jersey.



BUENOS AIRES. — En el centro "La Paternal", de aficionados al ajedrez, el campeón Roberto Grau, jugando una partidas simultáneas con los socios de dicho centro.

DEMOSTRACION AL SEÑOR GUILLERMO ALVAREZ



Concurrentes al banquete ofrecido al señor Guillermo Alvarez, ex secretario privado del doctor Celesia, durante la presidencia que este caballero desempeñó en el Consejo Nacional de Educación. Hicieron uso de la palabra los señores Arancibia y Federico Perez.

Fot. Kanasagua.

De la temporada invernal en el Sierras Hotel de Alta Gracia



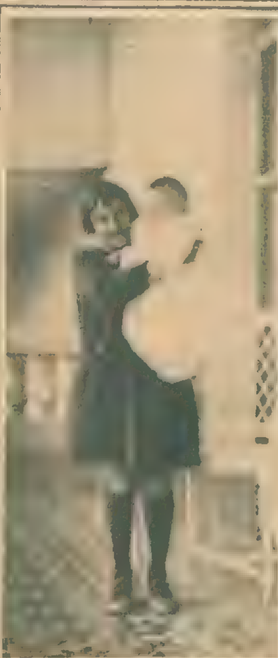
Señora de Miguens.



Señoritas de Caride, Glenway y Leoni.



Señor Miguens.



Niños del doctor Caride.



Señora de Cichero e hijo, y señor Iturralde.

Caricaturas de Guastavino



Doctor Arturo Capdevila, autor de "La casa de los fantasmas", obra escénica recientemente estrenada, con éxito, por la compañía de Camila Quiroga, en el teatro Ateneo



El conocido escultor argentino, señor Zonza Briano, que acaba de exponer varias de sus obras en el Salón de Los Amigos del Arte.



Aurorita Peris, *cuadro "Las del cacao"*.



Dos rosas de the.



Elena Antúnez, *"La Nicotina"*.

"La Caja de Pandora"

(Revista cómico lírica, de gran fantasía, en prosa y verso, original de ERNESTO MARSILI y MIGUEL FELIX DE MADRID, con música original del maestro ISAIAS A. PITTALUGA.)

Esta obra, que ha cumplido ya el ciclo de 50 representaciones, en el teatro de la Comedia, ha tenido franca aceptación de parte del público.





Rosario Agueda,
la del Prólogo.

PROLOGO

(Recitado por Rosario AGUEDA)

Según los viejos anales
que el paganismo atesora,
de la Caja de Pandora
salieron todos los males.
Fué, Pandora, una mujer
de gran hechizo y renombre
que, para perder al hombre,
hizo Júpiter nacer.
Y tan bella resultó,
que a cada deidad pagana,
una gracia sobrehumana
para ella le exigió.
Luego, por ser su intención
turbar la quietud terrena,
le otorgó una caja llena
de medios de perdición.
El crimen, la deslealtad,
la calumnia, la embriaguez,
la venganza, la vejez,
ocuparon la mitad;
el engaño, el adulterio,
el juego, el robo y la injuria,
llenaron, con la lujuria,
la mitad de otro hemisferio.
Y, por último, la danza
brincando sin dirección,
apenas dejó un rincón
para la pobre Esperanza.
Por ello, desde aquel día,
pese al dolor y su saña,
ella alienta, ella acompaña
al hombre hasta la agonía.
Así, con este regalo
que tanta perfidia encierra,
vino Pandora a la tierra
a sembrar todo lo malo.
Y apenas su caja abrió
mil curiosos se asomaron,
y los males se escaparon
y la virtud se perdió.
Tal es, señores, el cuento
de la Caja de Pandora
que será reabierta ahora
para vuestro esparcimiento.
Aproveche, pues, la ideal
ocasión que va a tener,
el que quiera conocer
los orígenes del mal...



Carmen Mir,
"Rosa de fuego".



Lola Ramos,
Eva.

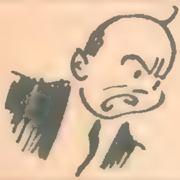


Clara Fernández,
Pandora.

Las fumadoras:
Dora Hermida, Julia Wilson, Celia Sánchez, Rosa Ayala, Manolita Fernández, Adelina Ramos y Pilar García.

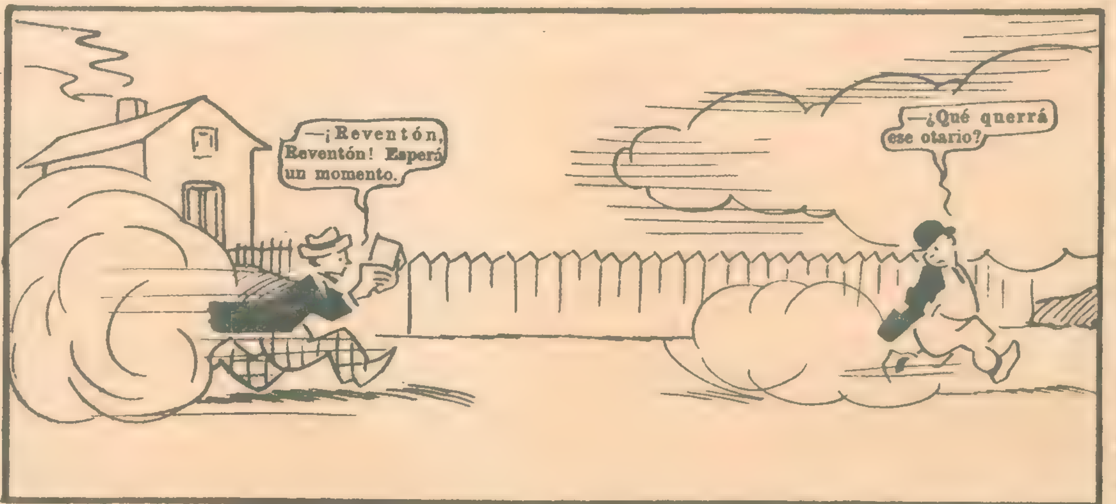


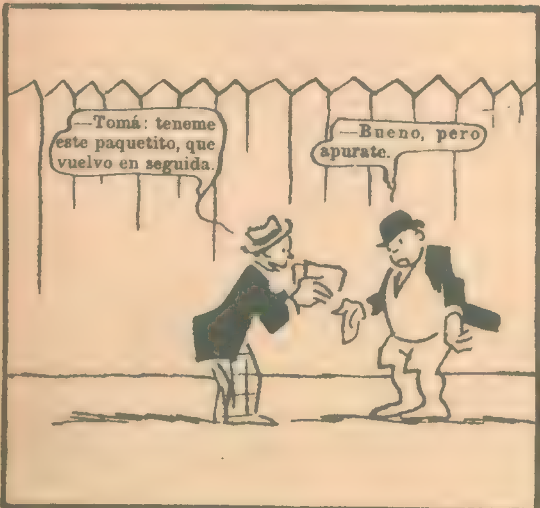
PAGINA INFANTIL



Aventuras de Pipirí, *por Blay*







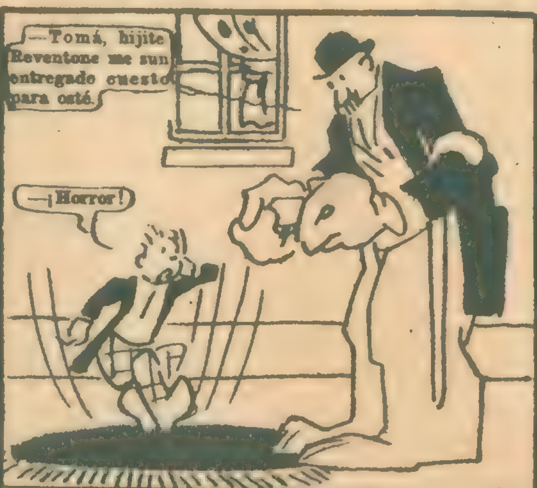


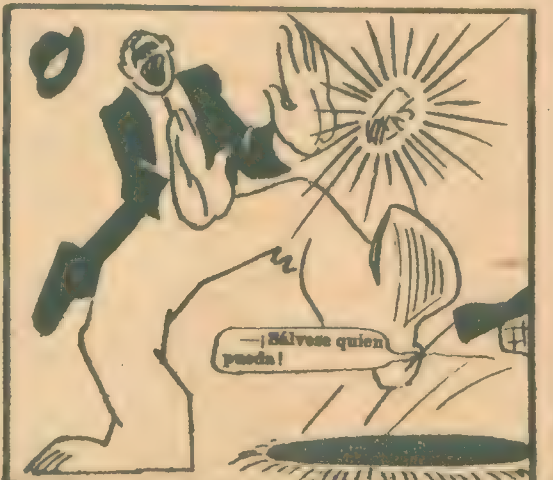














Nota de la Redacción.—Conforme habíamos anunciado a nuestros lectores, a continuación publicamos "Juguete del placer", novela en base de la cual la Paramount Films presentará una superproducción extraordinaria, interpretada por la más grande de las figuras artísticas del momento: Gloria Swanson. FRAY MOCHO, en esta oportunidad, quiere felicitarse públicamente del honor que le ha cabido al publicar una primicia de tanta importancia; y, promete a los lectores, mantenerles informados de los progresos que se realicen en la obra y el día de su estreno en Buenos Aires, que será muy en breve.

JUGUETE DEL PLACER

Por EL CABALLERO DEL SILENCIO

Ilustraciones fotodramáticas

Había programa de biógrafo para esa noche; pero, cuando José Endara llegó en busca de su novia, Teresita Aguirre, a la casa de pensión en que ésta vivía, en vez de encontrarle lista y esperándole, le halló sentada en medio de la cama, llorando a moco tendido y tirándose de las puntas de las medias a través de las cuales se escapaban, por sendos fenomenales agujeros, los dedos rojos por la acción del frío.

Y ahí fué Troya.

José, el buen José, que sólo vivía para su novia y para los experimentos que en materia de un nuevo carburador para automóviles Ford realizaba día y noche, al ver a Teresita sumida en tan honda desesperación, se arrojó de rodillas junto a la cama, y con voz que la emoción enronquecía, le lanzó una serie formidable de preguntas:

—¿Qué pasa?... ¿Qué hay?... ¿Por qué lloras, vidita mía?... ¿Querés decirme qué hay, Teresa?... ¡Habla, por Dios!

Y la vanidad femenina de Teresita debió sentirse halagada por la profunda inquietud de su novio, porque, antes de responder, escondió los pies cubiertos por las medias rotas debajo de las almohadas, y por encima del espaldar echó una mirada al espejo del ropero. Luego, segura, al parecer, de su aspecto, contestó y díjole a José:

—¡Ay!... ¿Qué querés, José?... Estoy harta de esta vida. Parada desde las 8 hasta las 8, aguantando las groserías de todo el mundo, y sin otro porvenir que la miseria el día que le baje el copete a alguna de esas viejas presumidas y me echen a la calle, después de haberme sacado el jugo durante tres años seguidos... Luego, lo que gano, no me alcanza para nada... Vivo apuro tras apuro...

—Pero, vidita —repúsole él, más calmado y sentándose al borde de la cama,—bien sabes que sólo vivo para vos y que no tenés más que...

—¡Sí, ya sé!—le interrumpió ella. —Ya sé lo que me vas a decir: que cuando hayas perfeccionado el bendito carburador ese, nos casaremos y nos instalaremos en un chalet de la avenida Alvear y tendremos mucamos y automóvil y nos levantaremos a las 12 del día, ¿no es cierto? ¡Pero si eso es lo que me desespera más que nada! Andamos sin tener ni con qué vestirnos, y soñando en tesoros ocultos... Y eso que nó nos hace falta un bocado, gracias a Dios, porque vos en el garage y yo en la tienda, nos matamos trabajando para otros...

—Pero, Teresa, hay que tener paciencia y conformarse ya que llegará el día...—comenzó a decir José; pero, su novia, cada vez más enojada, le interrumpió de nuevo para gritar:

—¡Sí!... ¡El día del carburador!... El día en que te metan al hospicio por loco—. Y agregó luego:—Mirá, José: haceme el favor de irte y no volver más. No puedo convencerme de que el hombre en quien confiaba en la vida, se haya chiflado hasta ese grado... Para penas, bastante tengo con las mías... ¡Andate!

—Pero, vidita—insistió el hombre de los experimentos, a punto de llorar, tal era el dolor que le habían producido las palabras de su novia; pero, estaba escrito que aquella noche Teresita no le dejaría hablar.

—¡Nada, nada!... Haceme el favor de irte y no te vuelvas a acordar de que ya vivo, ¿me oyes?... ¡Andate!... ¡Adiós!... — volvió a gritarle la muchacha; y, escondiendo la cara entre las almohadas, se puso a patalear como si fuera víctima de un ataque de nervios. Y como José, inventor en ciernes, era hombre extremadamente prudente, tomó el sombrero de sobre la cama y entre triste y enojado, se marchó sin volver a decir una palabra.



Teresita, encarnada por Gloria Swanson.

Cuando Teresita, que seguía pataleando, oyó el portazo, se incorporó sobre la cama y mientras dos lágrimas le corrían por las mejillas, alcanzó a gritar:

—¡José!... ¡Escucha, José!...



—¡Somos ricos, felices, vidita!...

Pero, José... estaba ya en la calle.

II

Al día siguiente hubo una formidable liquidación de retazos y saldos en los "Grandes Establecimientos de Blanco y Tienda, A la Ciudad del Cabo"; y Teresita Aguirre, ojerosa y tristona por lo sucedido la noche anterior, se vió llamada al orden varias veces por el jefe de la sección, pues la avalancha de "pichincheros" desencadenada por sendos avisos aparecidos esa mañana en "La Prensa" y en "La Nación", más de uno dejó sentada queja "por la insolencia de esa chica que se imagina, sin duda, que las cosas las dan aquí por caridad".

Pero, la catástrofe sobrevino cuando, a eso de las 4 de la tarde, dos damas de arraigados principios de economía comenzaron a discutir sobre la prioridad de derechos de adquisición de un retazo de cinta de moaré roja, sin que ninguna de las dos se aviniera a aflojar el extremo del que se habían apoderado, y Teresita, tijera en mano, solucionó el conflicto "ad portas" mediante un tajo dado sin previo aviso en el medio mismo del artículo codiciado, quedando cada una de las "pichincheras" con un trozo de cinta en la mano y ambas estupefactas por la osadía de la "empleadilla".

Y, como era de esperarse, habiendo el jefe recibido la centésima queja contra Teresita, la joven fué llamada a la gerencia, y tras breves pero elocuentes palabras, enterada de que el prestigio de "A la Ciudad del Cabo" quedaría en ruinas de continuar la culpable en el establecimiento, recibió orden de pasar por la Caja, cobrar y retirarse definitivamente.

Y no hubo nada más que hablar. Bañada en lágrimas, muerta de vergüenza—válganos lo expresivo de la frase—Teresita se encontró en la calle. Y se ahogaba; la pena le ahogaba. Tenía necesidad de respirar aire fresco; de huir de esas moles que amenazaban derrumbarse y aplastarle bajo su peso.

Pasó un tranvía que iba a Palermo; y, sin saber lo que hacía, se metió en él. Al llegar al parque, descendió como un autómata y se puso a caminar, hasta caer rendida en un banco, junto a los lagos.

Cuando volvió en sí, obscurecía; y, junto a ella, en el mismo banco, estaba sentado un hombre cuya presencia no había notado hasta entonces.

Le miraba. Y ella también le miró. Él sonrió; y, ella, también hubo de hacer una mueca parecida a la de él. Un movimiento reflejo quizá; pero que fué bastante.

—Dicen que la soledad de dos es compañía—insinuó él, tergiversando una célebre frase.

—¿Me hablaba?—le preguntó ella, sin darse cabal cuenta aún de lo que sucedía.

—Decía—prosiguió él, acercándose—que, al parecer, nos hemos reunido dos seres solitarios y tristes...

—Francamente, no le entiendo...

—Pues seré franco. ¿Me lo permite?... Hace una hora que le observo y que he llegado al convencimiento de que usted se encuentra bajo el influjo de una gran pena... ¿No es verdad?...

Y su acento era tan franco y sincero, que Teresita se sintió impresionada.

—Es cierto—le contestó—. Acabo de pasar por uno de los momentos más amargos de mi vida.

Y al recordar lo sucedido en la tienda, el llanto volvió a embargarle, oportunidad que el joven galán aprovechó sabiamente.

—¡Por Dios, chiquilla, déjese de llorar!—le suplicó con acento cariñoso, mientras le tomaba suavemente de la mano—. Es cierto que no nos conocemos; pero, ¿acaso no podré ayudarle, o por lo menos servirle de consuelo en este trance? Le habla un caballero; y le suplico que por lo menos hable y me diga qué es lo que le pasa...

Y la aparente bondad de aquella alma, conmovió profundamente a la de Teresita, quien, haciendo un esfuerzo, se secó las lágrimas y entrecortadamente le relató la tragedia del retazo de cinta roja de moaré.

—¡Bah!... ¿Y eso es todo?—no



pudo menos de exclamar el desconocido— ¿Se lamenta de que le hayan despedido de un sitio en el que le tenían esclavizada? ¡Pero, hágame el favor!... Claro que la cosa es seria; pero, no es para morirse—. Y luego, agregó, como si súbitamente inspirado:—Vea: sin ir más lejos, yo mismo puedo ofrecerle un empleo mejor que el que acaba de perder...

—¿No?—gritó Teresita, creyendo haber oído mal—. ¿Es cierto?, ¿dónde?, ¿cómo?—y en un arrebato de alegría, se tomó de las solapas del saco, atrayéndole hacia sí.

—¡Calma!...—le insinuó él, sonriente, pero sin hacer el menor esfuerzo por librarse del grato lazo—. Ante todo, vamos a cenar, porque ya es tarde. ¿Supongo que usted aceptará mi invitación, no es verdad?

—Pero, es que...

—¡Nada! Usted necesita distraerse y yo me encargo de que lo logre...

—Pero si ni siquiera le conozco... —protestó Teresita.

—¡Bah! ¿No es más que por eso? Pues, señorita, permítame que me dé a conocer: soy Raúl de la Fuente, escultor de profesión, y el más solitario de los hombres... ¿Y usted?

—¿Yo? Pues yo soy Teresita Aguirre, ex vendedora de tienda y la más solitaria de las mujeres — contestó ella, parodiando su frase y visiblemente animada ya; y los dos lanzaron la carcajada.

—Y ahora que nos conocemos, ¿vamos?—insistió él.

—Vamos—le repuso ella.

Y los dos se perdieron entre la obscuridad.

III

No pasó mucho tiempo antes de que Teresita Aguirre se convirtiera en la modelo más famosa de Buenos Aires y en la envidia de todos los amigos de Raúl de la Fuente. Olvidadas sus penas y sus miserias, la ex vendedora de "A la Ciudad del Cabo", parecía más bella que nunca y con su natural elegancia, deslumbraba a los concurrentes a los mejores teatros y restorantes, a los que de la Fuente se complacía en llevarle por halagar su vanidad de hombre y de artista.

El escultor, en cambio, había desmejorado. Le consumía la pasión; una pasión abrasadora y sin esperanzas, porque Teresita, la muñeca de lujo, la alegre Teresita, ante sus requerimientos amorosos, se mostraba fría como una estatua de hielo: y cuando de la Fuente, en la intimidad del taller, amenazaba propasarse en sus manifestaciones, ella le juraba que, de no ceñirse a transportar sus formas exquisitas al barro húmedo y maleable, le abandonaría sin previo aviso.

Y por eso, la vida del artista se había convertido en un infierno: temía, dejándose llevar de la pasión, perder para siempre a la mujer amada; y, junto a ella, la existencia era un tormento.

Pero, el hombre es fuego; la mujer, estopa, y viene el diablo... y sopla..

Y una mañana, cuando de la Fuente, arrepentido, llegaba a implorar el perdón de Teresita por los excesos cometidos la víspera, encontró el taller solitario y pegada al caballete una breve nota de la modelo.

"Me voy—le decía—porque usted no ha cumplido con su palabra. Quise ser su amiga; pero, no lo he logrado. Usted tiene la culpa de todo. — Teresa."

IV

Y, desde aquel día, Teresita rodó por cabarets y restorantes; y su miseria, su soledad, jamás despertaron una gota de compasión en el alma de los hombres. Muñeca de lujo, juguete del placer, querían que fuera; y, en su cruel empeño, fueron borrando una a una todas las bellas cualidades de la mujer.

Y ella se resistía; pero, con la miseria a la puerta, acostumbrada ya a la vida fácil de la mujer galante, poco poco iba cediendo terreno y estaba a punto de caer inmolada en aras de la pasión salvaje de los hombres.

Y, comprendiéndolo, una mañana plena de sol y de belleza, hizo un esfuerzo sobre sí misma; luchó contra el espíritu del mal que se había posesionado de su ser, y venciéndolo, se encaminó serena, como la mujer pura y buena que era, en pos del hombre amado, dispuesta a rendir su orgullo como holocausto al verdadero amor.

—¿El señor Endara?—preguntó a la mujer que salió a atenderle.

—¿El señor Endara?—repitió ella, como si haciendo memoria; y luego agregó:—¡Ah, sí!... El mecánico... Hace mucho tiempo, señorita, que se fué. Creo que a los Estados Unidos. Le llamaron por un asunto de un invento, si no me equivoco...

Lela, destrozado el corazón, Teresita se alejó tambaleándose de aquella casa, mientras la mujer le miraba estupefacta, desde la puerta de calle, sin comprender la tragedia que sus palabras habían provocado en el alma de la joven.

Suavemente, como en los buenos tiempos, José empujó la puerta de la habitación de Teresita y se metió en ella sin hacer el menor ruido.

Y sus labios se entreabrían ya para dejar escapar un grito de suprema alegría, cuando de pie, en el centro de la pieza, sumida en la penumbra del atardecer, vió a la joven, que lenta pero firmemente, alzaba hasta la frente el brazo armado de un revólver.

Quiso gritar; pero no pudo, y, en su desesperación, sólo alcanzó a lanzarse sobre ella y arrancarle el arma.

Luego, cuando Teresita volvió en sí, él, ufano, estrechándole amorosamente, le murmuró al oído:

—Vidita; ¡hemos triunfado!...

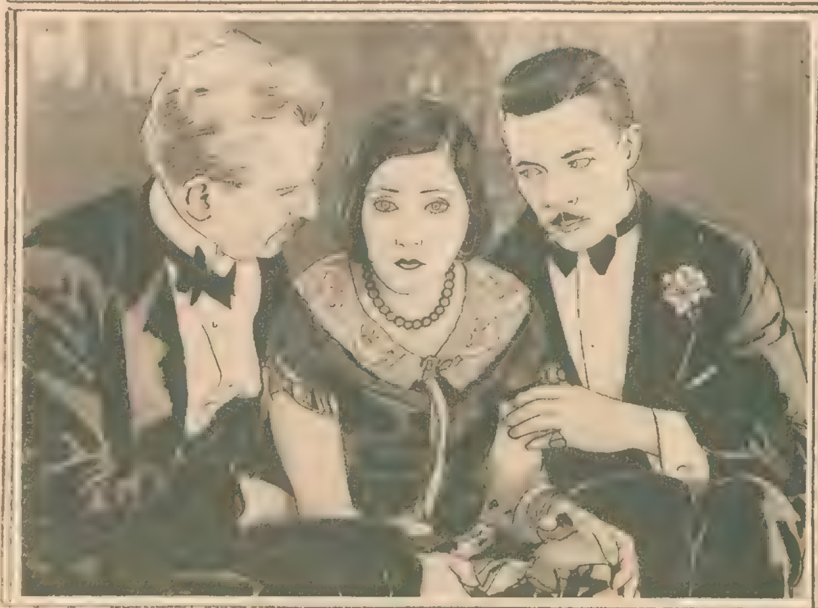
—¡Mi José!... ¡Mi José adorado!...—suspiró ella.

Y él continuó:

—Sí; somos ricos, felices: he vendido mi carburador, Teresita...

—Sí; somos ricos, felices: has vuelto a mi lado, ¡y tan a tiempo! —repitió ella.

Y, entonces... entonces fué la magna fiesta del retorno...



Y Teresita rodó de mano en mano y de cabaret en cabaret...

Fots. Paramount.

FRAY MOCHO EN EL PARAGUAY



ASUNCIÓN.—Aspecto que presentaba la sala del teatro Nacional, durante el homenaje tributado a nuestro colaborador señor Juan E. O'Leary, con motivo de haber sido recientemente nombrado, por el gobierno de su país, cónsul general del Paraguay, en Madrid.



El desfile de las congregaciones religiosas que tomaron parte en la procesión del Corpus Christi.



El grueso de la procesión del Corpus Christi, a su paso por las calles de Asunción.

Fots. Hipólito J. Carrón.

A beneficio de la "Societá Italiana Pro Asili d'Infanzia"



El presidente de la República, doctor Marcelo T. de Alvear y su señora esposa, doña Regina Pacini de Alvear, acompañados de las señoras que integran la comisión de la asociación italiana "Pro Asili d'Infanzia", durante la función realizada en el teatro Politeama a beneficio de dicha institución, a la cual asistió el primer magistrado.



Un aspecto de la sala del Politeama mientras se efectuaba la representación de "Marcia Nuziale", por la compañía Melato-Betrone.

GENTE MENUDA



Ricardito Garzón Gordillo.



Lucía Antonia Montalbo.



Aníbal I. Envent.

Retratos de actualidad



Ingeniero Diego F. Outes, recientemente nombrado director interino de la Dirección General de Riegos, Desagües y Defensas del ministerio de Obras Públicas de la Nación.



Doctor Mariano Echazú, últimamente designado defensor de pobres y ausentes, de la provincia de Buenos Aires.

Necrología



Señora Carmen Serafina Manes de De Pascuale.



Señor Jorge Ricardo Seguí, aventajado estudiante del tercer año del Colegio Nacional de Buenos Aires, fallecido el 18 del corriente, siendo muy sentido por sus condiscípulos y profesores.



NOTAS DE ARTE. — El pintor Masini



El pintor Carlos Ramón Masini, nacido en Montevideo el 3 de junio de 1873, inició sus estudios de dibujo y pintura como discípulo del pintor Manuel Correa, en el año 1887.

En 1894, fué pensionado por el gobierno de su país para proseguir sus estudios en Europa. Se radicó en Florencia y concurrió a las Exposiciones I. de Barcelona y de Copenhague, en los años 1896 y 1897, respectivamente, con sus cuadros "El cumpleaños del nieto" y "La vejez", el primero de los cuales hállase hoy en el Museo de Bellas Artes de Montevideo.

"General Aparicio Saravia".

El pintor uruguayo Carlos Ramón Masini.



EXPOSICION ABRAHAM LUBKIN



"Tarde primaveral".



"Vida penosa".

Algunos de los cuadros exhibidos en el Salón Asociación Hebraica, Suipacha 1008. —



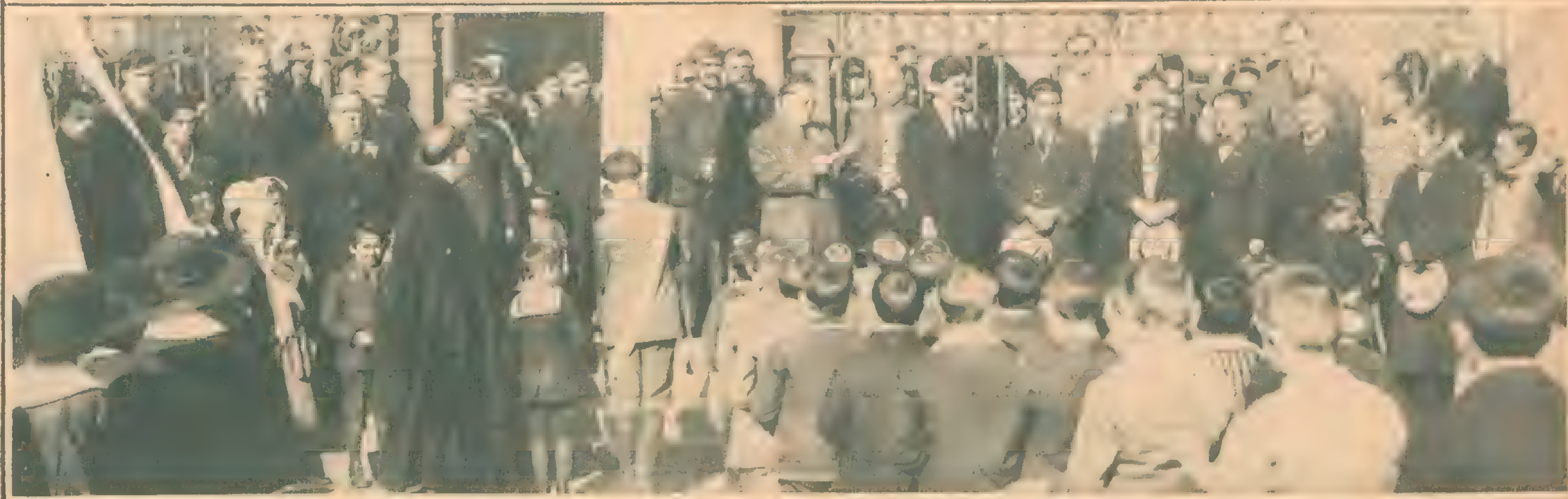
Abraham Lubkin.



"Final de feria".



D E L   I N T E R I O R



A. CASTELLANOS.—El director de la escuela fiscal, señor C. Maronna, pronunciando una alocución patriótica ante un grupo de alumnos y las autoridades locales, en ocasión de las últimas fiestas mayas.



Alumnos del colegio de San Francisco que cantaron el himno nacional durante las fiestas del 25 de mayo.



SAN RAFAEL.—Un aspecto de la plaza de San Martín, momentos antes de oficiarse la misa de campaña en conmemoración del aniversario patrio.



El capitán Mandraccio del 7.º de caballería, pronunciando un discurso patriótico durante las fiestas del 25 de mayo.



TIGRE.—Estado en que quedó un ómnibus, después de chocar con una chata, en la calle Almirante Brown, en cuyo accidente resultó gravemente herido el conductor de aquél.



SANTA ROSA (PAMPA).—Parte de la numerosa concurrencia que asistió al acto conmemorativo del aniversario patrio, realizado en la plaza Mitre.

Fots. Della Mattia, Pi, González y Quiroza.





DEL CAMPILLO (F. C. P.) — Parte de la concurrencia que asistió al acto de la bendición del nuevo edificio del Hospital de la localidad.



Una de las amplias salas de operaciones del citado establecimiento.

Fots. Della Mattia.



BALNEARIA (CÓRDOBA). — Público que asistió a la bendición e inauguración del edificio de la Sociedad Italiana Principe Umberto.



Vista parcial de los comensales que tomaron parte en el banquete ofrecido por la mencionada institución, festejando la inauguración del edificio social.



Concurrentes al pic nic organizado por los alumnos de la escuela que dirigen las señoritas Fabian.

Fots. Jordán

FIESTA DE BENEFICENCIA



CAPITAL FEDERAL. — Grupo de artistas que prestaron su concurso en el festival realizado en el Orfeón Español, a beneficio de varias familias.





Meca, una fortaleza ibérica

La llanura de La Mancha, pedregosa y sin árboles, envía desde la ciudad de Albacete un jirón estrecho a las estribaciones de la sierra costera. Ya al morir, pero todavía a 90 kilómetros del mar Mediterráneo, se levanta en medio del altiplano (850 metros) un cono de empinadas laderas, cuyo puntiagudo vértice hiende los aires a 1209 metros de altura: el Mugrón. Cien metros más abajo se deriva una estrecha y áspera serranía hacia el nordeste; ya a 6 kilómetros del Mugrón se separa de ella una sierra lateral hacia occidente, se eleva en la parte septentrional 250 metros sobre el valle y corona su cima con gigantescas almenas de rocas, unidas a la sierra misma por una estrecha lengua a modo de tejado.

Este complejo rocoso, aplanado en su parte superior, tiene aquí una longitud de 800 metros y mide en su parte más ancha 300 metros; la parte media, que es la de mayor anchura, forma una cúspide pétrea de suave curvatura (1044 metros). Anchos y llanos son los espacios que la separan de la cima oriental (1053 metros) y de la occidental (1044 metros), pedregosa ésta, rocosa aquélla.

De esta cima bajan las peñas en todas direcciones y forman inaccesibles paredes de 60 metros de elevación. Unicamente en la parte oriental del borde que mira al septentrión se suavizan, dividen y escalonan estos despeñaderos que circundan una pequeña y semicircular cavidad, limitada en su parte inferior por paredes lisas y verticales. Los antiguos iberos, que buscaban siempre para sus viviendas altos e inaccesibles montes que dominasen el terreno, eligieron esto peñón para levantar sobre él una poderosa e inexpugnable fortaleza.

La soledad y el silencio, el sublime paisaje con tintes de una paleta multicroma, el horizonte sin fin, las majestuosas sierras y cumbres estampan una impresión grandiosa en el alma del visitante de estas ruinas, testimonios de una cultura antiquísima.

Hacia el sur y sudeste limitan la vista el Mugrón y sus estribaciones nordorientales; los flancos de la montaña están cubiertos de brezos y miserable vegetación de color verde obscuro surcada en trechos por fajas horizontales de piedra roja, amarilla o blanca y salpicada de escombros y cascajo. En el lado nordeste de la fortaleza baja la sierra principal en ancho declive casi hasta el valle y permite atisbar al otro lado en un ancho y verde valle, el del poniente. Está cultivado; un arroyo que nace al borde de La Mancha y no pierde jamás su caudal, le da la vida. Cerca de la pintoresca aldea de Alpera (850 metros) no sólo hace brotar vergeles sino mueve también los molinos. Según el grado que alcanza el cultivo, cambia el valle de colores y es alternativamente rojo, moreno o amarillo; hay encinas, álamos, pinos y también árboles frutales, pero no olivos; solitarios, en grupos o en filas se encuentran estos árboles repartidos por el valle. Al pie de los montes fronterizos se avizora una cinta blanca, es una carretera muy bien cuidada. Hecha excepción del pueblo de Alpera no se ven sino cortijos de blancos frontis y rojos tejados, la nota que presta alguna alegría al severo aspecto de la comarca. Uno entre estos cortijos, el de Meca, ha dado su nombre a la fortaleza ibérica.

Al otro lado del valle corre una cadena de montañas en la misma dirección; sus laderas muestran igual aspecto que las del Mugrón; viene luego otra sierra y otra y otra que se esfuman y se pierden en la lontananza azul; más allá del valle del Júcar va la sierra Martés a unirse con la llanura de Valencia. No encuentra barreras la mirada dirigida hacia el poniente, donde está la inmensa llanura de la Mancha con una población muy escasa; los tonos amarillentos se convierten al agrandarse las distancias en suave violado y se confunden con el azul de la límpida bóveda celeste allá lejos donde los ojos creen ver Albacete. Uno que otro cerro aislado, como el Monpichel y el Cisnal, éste cerca de Bonete, interrumpen la monótona cara de la "tierra desierta", en árabe "Mancha".

En el lado este del monte en que está emplazada la fortaleza hasta la meseta misma crecen tupidos bosques de "juniperus sabina". Un cielo azul, casi siempre sin nubes, abarca el paisaje sobre el que se cierne constantemente un fuerte viento norte cargado de finísima arena que pule la roca viva. Grajos alpinos y palomas silvestres vuelan a su alrededor; abubillas y urracas hacen en ella su nido y las grietas aposentan a grandes lagartijas y serpientes inocuas. La escasa vegetación sirve de pasto a vacas y ovejas, y en otros tiempos estuvo cultivada la meseta.

Los tiestos y demás vestigios de la civilización indican que los iberos de los siglos IV y V a. de J. edificaron en esta altura una imponente fortaleza. La historia y la tradición no han conservado memoria de ella, tampoco de sus fundadores y habitantes, ni cuándo fué erigida o cómo arrasada, y esta última pregunta no la pueden resolver ni siquiera los restos que existen. Meca era conocida y fué visitada por los investigadores desde el siglo XVIII, pero a base científica se la escudriñó recientemente, en 1921. No se ha encontrado un solo pedazo que delatase procedencia romana, lo que induce a suponer que la obra fué destruída en las primeras expediciones romanas o quizá ya antes por los cartagineses, quienes—eso está ya probado—penetraron hasta estas comarcas. ¿Fueron entonces pasados a cuchillo sus moradores o abandonaron su nido de águilas sin aceptar la batalla? No se sabe; lo cierto es que desde aquel tiempo nadie lo habita. El pueblo atribuye la misteriosa creación a los moros y llama a la más grande de las cuevas abiertas en la roca "la cueva del moro". Ni el más pequeño rastro de moriscos se ha hallado que pudiese apuntalar esta hipótesis, pero no cabe dudar que el azadón y la piqueta arrancarían al suelo sus secretos y le harían devolver interesantísimos productos culturales.

Lo que se levanta hoy a ras de tierra de la que fué fortaleza causa increíble admiración. Las defensas son aquí las obras de menor valía, pues se limitan a los dos sitios por donde sería posible el acceso: el uno es la cavidad semicircular, aquí y al pie de la roca resquebrajada construyeron los iberos una fortísima muralla casi en semicírculo que terminaba en el poniente en una alta peña de corte vertical, cerca de la cual se abre la puerta de entrada; de este muro no quedan sino los cimientos, firmes como antes en la tierra. El otro punto vulnerable es la cresta estrecha, que al comunicar con la sierra principal se abaja hasta el nivel de las bruscas peñas y facilita así la subida por ambos lados. Por esta razón los iberos desprendieron en el medio de la estribación roqueña que sube en lenta pendiente hasta la cresta, donde se levanta hoy día una meseta rocosa de forma triangular y perfectamente plana, que conserva aún las huellas del trabajo. De aquí asciende sólo y en línea recta un peñasco de 16 metros de ancho y 8 de alto a encontrarse con la cima oriental. En el borde superior se conservan todavía los restos de una potentísima trinchera flanqueada por dos murallones que bajan hasta las peñas; sobre una roca de apenas medio metro de ancho se abría aquí un estrecho y bien fortificado portillo portillo para dar paso a las huestes que de adentro salían al ataque. El borde occidental de la meseta con la cima aplanada está cerrado en su parte media por una poderosa muralla y formaba así una acrópolis. La cima occidental, por naturaleza en declive hacia el centro, formaba con sus rocas y grietas ya en sí otra acrópolis. Por ahora no se han podido encontrar vestigios de fortificaciones artificiales en la parte central.

Como queda dicho, no son estas obras de defensa lo que más excita la admiración, sino los cambios efectuados en la meseta misma para hacer de la roca una vivienda humana. Lo que describimos a continuación podía reconocerse sin necesidad de tener que acudir al azadón.

El arreglo del interior de las viviendas muestra con evidencia que se tenían en cuenta dos hechos: que la fuente que nace en la hondonada occidental de la meseta se agota en tiempos de sequía y que el viento norte que corre en invierno es molesto en grado sumo. Por tales motivos estaban construídos los edificios principales a lo largo de la parte sur, la más abrigada de la meseta. Aquí el suelo tiene a trechos una anchura de 30 hasta 40 metros y son más anchas aún ciertas partes de las paredes alisadas casi como un entarimado: en estos y otros numerosos puntos, serán doscientos, hay pozos labrados en la roca; el más largo tiene 30 metros. En parte habrán servido de cisternas, al menos aquellos en los cuales desembocan canales; pequeñas muescas en las orillas servían probablemente para sostener las maderas con que se cubrían estos hoyos.

En la meseta misma hay muchas rocas bajas talladas verticalmente y alisadas; son bancos para el reposo; los hay también labrados en la peña viva, así como concavidades que eran verosímilmente pesebres. La obra más maravillosa, sin embargo, es el camino que después de formar una gran curva conduce desde la puerta de la muralla apostada sobre la cima (916 metros) a la hondonada occidental de la meseta (1036 metros). Es una galería de 2 hasta tres metros de ancho abierta en la peña; sus paredes son verticales, su extensión 200 metros, en algunos sitios se hunde hasta 5 metros, en otros está provisto de escalones. En la meseta misma va el camino por medio de ella de este a oeste. En este trecho y a 0,8 metros una de otra hay cavadas en la roca dos huellas de carros que se acentúan en las curvas; esto revela la intención de formar artificialmente las huellas. Todos estos datos demuestran irrebatiblemente que la población de aquellas épocas tenía las instalaciones necesarias para el tráfico de vehículos pesados

La fuente en la hondonada occidental de la meseta pierde su agua en verano, pero pocas centenas de metros más abajo del coloso roqueño mana perenne otra de agua fresca y cristalina. La roca cortada a pico encima de ella tiene peldaños y agarraderos cómodos labrados en la piedra, indudablemente por los iberos. Hoy la fuente vierte sus aguas en una taza y cerca de los viejos agarraderos hay una empinada escalera trazada oblicuamente en la roca.

En la plana media de la meseta se encuentran numerosas murallas destruídas, que permiten sin dificultad reconstruir la topografía de la antigua ciudad. Investigaciones bien planeadas y hechas con el azadón presentarían, de eso no cabe duda, el cuadro urbano más claro aún y sacarían a luz, particularmente de los pozos cegados, muchos e importantes hallazgos de material de guerra y de paz. El área de la ciudad comprende 15 hectáreas y ofrecía campo a 10 mil personas con sus animales domésticos.

El año 1921 levantaron dos investigadores alemanes un plan de la ciudad y sus alrededores en escala 1:1000, pero sin apelar a excavaciones. El tiempo y el dinero eran escasos y el plano pasó a poder de la Mancomunidad de Cataluña en Barcelona.

No será inoportuno mencionar que en las montañas que se levantan frente a la fortaleza ibérica y al nordeste del pueblo de Alpera hay dos cavernas, mejor dicho avances de la peña, con pinturas murales de la época paleolítica muy bien conservadas. Representan casi todas las escenas de caza: cazadores con arco y flecha, ciervos, rengíferos, cabras silvestres, perros y zorras. Los hombres no llevan seña alguna de vestido, si se exceptúa un adorno de plumas en la cabeza, pero las dos mujeres que los acompañan, llevan larga y transparente vestimenta.

Noche...

¡¡Y ya se ha hecho de noche para siempre en mi alma!!...
Y aquella vida hermosa que lo llenaba todo,
es ahora una vida recubierta de lodo,
sin luz, sin ilusiones, sin sueños y sin calma...

Y mis ojos no tienen ni siquiera el consuelo
de mirar otros ojos con su vieja ternura...
Mis ojos son ahora espejos de locura
que van siempre espantados y fijos en el suelo.

¿Qué has hecho de mi vida, tú, mujer miserable,
yo que te había dado todo mi corazón?...
¡Señor, Señor!, ¿por qué haces que prenda la pasión
en nosotros, por una mujer tan despreciable?...

¡Nunca he de perdonarte, mujer infame y cruel!...
Y aquel amor tan santo es ahora un odio inmundo
que envenena mi alma... ¡Yo que soñaba un mundo
embriagador y dulce lo mismo que la miel!

Con maldades y astucias me has robado la palma
de la paz y la dicha que albergaba mi pecho...
¡Y es peor que la muerte!... ¡No siento ni el despecho!...
¡¡Y es que se ha hecho de noche para siempre en mi alma!!...

Madrid, 1925. **Antonio GUARDIOLA.**

El fin del mundo antiguo...

Por Emilio GEBHART

El viejo Tiberio había subido solo, después de la comida al más alto terrado del palacio de Caprea. La noche era suave; una noche de abril embalsamada por las fragancias frescas de la tierra. La brisa llevaba a la isla el hálito delicioso de los naranjos y limoneros de Sorrento. La luna, casi llena, hacía relumbrar las arrugas del mar. A lo lejos Nápoles chispeaba y las grandes montañas se alzaban gloriosamente con sus velos azulados.

Caprea dormía. El golfo estaba mudo. El emperador no oía más que el roce regular contra las rocas de las olas adormecidas, o el paso cadencioso del centurión de guardia a lo largo de los corredores desiertos. Envuelto por la paz profunda del cielo y del mar, arrullado por las caricias de la naturaleza, Tiberio sintió de pronto que crecía en él un temor vago.

Tiberio, de codos en el balcón de su terrado, contemplaba las luces de Nápoles, el lomo sombrío del Vesubio, el reflejo indeciso de Herculano, de Pompeya y de Stabies, el fanal solitario que se balanceaba sobre el cabo Miseno. A media noche avistó, del lado de la gran ciudad, un punto negro que bajaba hacia Caprea.

Luego, reconoció el golpeteo pesado de los remos que parecían hacer saltar de chispas. La barca abordó en el muelle del pequeño puerto. Un hombre salió de ella, y, sin detenerse, empezó a trepar por la escalinata, tallada en roca, que conducía al palacio.

Momentos después, el desconocido visitante, escoltado por un oficial, se presentaba ante el emperador.

Era un egipcio corpulento, ¡de semblante triste, ojos graves, palabra quejumbrosa. Estaba medio desnudo, y tenía la frente estrechamente ajustada por una faja de lana blanca, cuyas puntas le caían de cada lado, sobre los hombros. Había declarado que tenía que comunicar un mensaje al César.

—Habla—le dijo el emperador.

Y el desconocido comenzó, en una lengua mixta de griego y de latín:

—Yo soy Thamos, el piloto de Alejandría. Hace más de veinte años que dirijo los navíos que, desde Egipto, se hacen a la vela hacia todos los puertos del mundo. He visto, en mis viajes, asombrosas maravillas. He oído, en las costas de Sicilia, el canto de las sirenas; a lo largo de las orillas del mar Cimerio, he visto, flotando en medio de la niebla, los espectros leves de hombres muertos hace innumerables años. En las aguas de Citerea o de Pajos he visto mecerse el cuerpo sagrado de Afrodita, y muchas veces he encontrado, de noche, el bajel negro de Serapis, cargado de almas, que anda por alta mar sin gobernante, sin velas y sin remos. Y nunca mi corazón había flaqueado. Nunca mi brazo había temblado. Pero la otra noche, el milagro fué realmente terrible; algo que hasta ahora no había sucedido nunca. Navegábamos a la vista de la Elide y de las altas cumbres de la Arcadia. El mar estaba muy tranquilo, el cielo muy puro y la noche bajaba de las montañas. Los pasajeros conversaban familiarmente sobre cubierta. De repente, sonó una voz, una voz que no era humana en nada y que parecía venir de la costa, de muy lejos:

—¡Thamos! ¡Thamos!

Al principio no respondí. Creía estar siendo juguete de un sueño.

—¡Thamos!—repitió la voz, más imperiosa.—¡Thamos! ¿me oyes?

Me alcé cuan alto era junto a la barra del timón, y, dirigiéndome a la costa, grité:

—¿Qué quieres de mí? ¡Estoy pronto!

—¡Thamos! ¡Anda a ver al emperador de Roma y llévale esta noticia: ¡El gran Pan ha muerto!

Tres veces repitió la voz, en tono cada vez más lastimero:

—¡El gran Pan ha muerto!

Y en seguida se oyó en todas partes, en el cielo y en la costa, algo así como un sollozo monótono e inmenso, un canto fúnebre que duró hasta el día. He ahí lo que hemos oído y la noticia que prometí anunciar al emperador.

Tiberio había palidecido. Guardó silencio por algunos instantes. Fijaba sus miradas en los ojos de Thamos. El egipcio era, quizá, un visionario. Pero, con seguridad, no había mentido.

—Ven conmigo,—le dijo el emperador.—Quiero consultar a Trasilo. Es un gran astrólogo, a quien mi padre Augusto amaba por su ciencia. Le contarás lo que acabas de comunicarme.

Thamos repitió el relato de su aventura. A los rayos de la luna, el egipcio, inmóvil con su cuerpo bronceado, la faz rígida, hacía recordar vagamente, a los dioses de su país. Trasilo, un viejito vestido con una túnica oriental cuajada de oro y de púrpura, dirigía miradas furtivas a Tiberio. Este, con la cabeza cubierta con la falda de su toga blanca, orlada por una banda escarlata, y de espaldas al parapeto de la torre, esperaba ansioso las palabras del astrólogo.

—Esto—dijo Trasilo—es un gran misterio. Y es posible que la voz, que venía del lado de donde sale el sol, no haya gritado a Thamos más que la mitad de la verdad oscura. Los signos que aparecen sobre el Asia son siempre difíciles de explicar y tienen siempre símbolo amenazador.

—¿Debo temer algún movimiento de los pueblos sometidos a Roma?—preguntó Tiberio.—¿O es que amenaza alguna raza bárbara a mis fronteras?

—Nada de eso, señor. Te lo he dicho ya muchas veces. La paz de Augusto, afianzada por tus victorias, dura todavía. Las Galias son felices. En Burdeos, en Masalia, en Lion, en Antun, los jóvenes galos escriben en versos latinos y recitan hermosos pasajes de Cicerón. En Lutecia se apasionan por los histriones, las mimas, los mágicos y las bailarinas. La Alemania se harta de bebidas fermentadas y se duermen al son de músicas atroces. El Egipto arrulla a sus momias y canta, en torno de los bueyes sagrados, embalsamados desde hace tres mil años, elegías lúgubres. Que el César se tranquilice. Esta admirable paz romana se prolongará...

Trasilo simuló entonces estar contemplando las estrellas, pero su mirada se deslizaba furtivamente hasta el rostro de Tiberio medio velado por la orla sangrienta de su toga blanca.

—...Sí; se perpetuará, por lo menos, hasta la víspera de mi muerte. Mas lo que toca al día siguiente de esa fecha funesta, los astros se muestran indecisos todavía.

El emperador se sonrió con una breve sonrisa irónica. Después dijo:

—Si los dioses mueren, los imperios tienen que morir también. Porque los príncipes serán impotentes para gobernar el rebaño de los hombres cuando nazcan las espinas sobre las ruinas de los templos.

—Los dioses pueden morir,—replicó Trasilo,—pero Dios es eterno. Todos los dioses han muerto; los dioses de la Etruria, de la Fenicia, de la Grecia, los dioses de Roma. Los poetas los han muerto al celebrar su vida. El Olimpo no es ya más que una necrópolis. El gran Pan, la fecunda Naturaleza, fuente de todos los seres, sobrevivía aún... y he aquí que se anuncia al mundo su agonía. La Naturaleza no es ya divina, porque era demasiado indiferente ante el dolor y también ante la alegría de los hombres, sus hijos.

—Necesitamos entonces un dios nuevo,—murmuró Tiberio,—un dios que proteja la ley y que imponga la obediencia.

—Necesitamos—replicó Trasilo—un dios que consuele a las multitudes oprimidas por la ley y que no obedecen sino con lágrimas.

—Tus palabras son duras, Trasilo. Pero quiero que leas en el cielo, sin más demora, el secreto del porvenir.

—El día de Venus ha comenzado hace una hora. La región donde brilla la gran estrella de la diosa, es la que conviene observar.

El astrólogo dirigió hacia el astro de luces de oro un espejo de acero en el que estaba grabada, entre líneas geométricas y signos extraños, la carta del imperio romano. Después trazó sobre una mesa cubierta de finísima arena figuras mágicas que el capricho del viento confundía las unas con las otras. Tiberio seguía, con una inquietud visible, la operación de su adivino. Thamos, perdido en la bruma de sus recuerdos, pensaba en cosas muy lejanas y no oía más que el monótono zumbido del mar.

De pronto, Trasilo exclamó:

—Al Asia positivamente es donde se inclina la revelación de los astros. Se fija sobre la Judea. Arriba de Jerusalén, la ciudad santa de los judíos, se manifiesta con un brillo extraordinario...

El emperador y el astrólogo, inclinados sobre la mesa profética, atentos a los estremecimientos de la arena, confundían su aliento. Bruscamente Trasilo preguntó:

—¿Responde el César de su procurador Poncio Pilatos? ¿Es ese hombre digno legado del imperio?

—Conoce la ley...—dijo Tiberio.

—Hace pedazos la ley,—replicó Trasilo;—acaba de ceder a la sinagoga un juicio de lesa majestad imperial; acaba de entregar a la ferocidad de los sacerdotes al acusado, proclamado inocente por él mismo. Y este crimen de un magistrado romano tendrá consecuencias nunca vistas. La cobardía de Pilatos será fatal para las viejas religiones. Si; el dios Pan ha muerto verdaderamente...

—¿Y el imperio?—preguntó Tiberio con voz ansiosa.—¿Y los emperadores?

—En cuanto a ellos, a su suerte futura,—respondió el prudente astrólogo—el cielo está mudo esta noche. He aquí que una ráfaga acaba de arrastrar al mar la arena profética.

El libro, pues, se ha cerrado y mis ojos no puden ya leer en él nada.

—En fin, mi pobre Trasilo; ¡que los dioses se encarguen de ese asunto! Pero el suplicio de un inocente no afecta absolutamente en nada a la buena policía de mis provincias.

—Así es,—dijo el viejo astrólogo con altiva amargura,—y, por otra parte, esos individuos no hacen más que cumplir su destino natural. ¿No ha tenido siempre presente el invencible César esta sentencia de mi maestro, el divino Platón? "Que el justo sea flagelado, encadenado, torturado, crucificado". ¿Qué importan una cruz más, plantada en el imperio romano?

Tiberio bajó muy pensativo de la torre.

Tendió al egipcio una bolsa de oro y le ordenó que regresase a Alejandría.

—Si estimas tu vida en algo, Thamos, olvida para siempre, en cuanto pises el umbral de mi casa, las palabras que has sorprendido.

Esa misma mañana, en Stabies, los sacerdotes de Isis habían sorprendido a un joven esclavo sirio que al entrar en el santuario de la diosa no había hecho las abluciones prescriptas por el ritual. Al sentir las primeras perturbaciones de la naturaleza, obligaron a los magistrados a condenar a ese hombre para calmar la cólera divina, y el populacho empezaba ya a reunirse a lo largo de la costa para gozar con el suplicio del impío. Tiberio divisó, clavada en la arena, una gran cruz negra, y el pensamiento triste de Platón volvió a su mente. Y en medio de un estremecimiento de terror sagrado que no podía dominar, tuvo una inspiración súbita de piedad, la única que hasta ese día había ennoblecido su conciencia.

—Soltad a ese desgraciado,—gritó de lejos a los agentes de la justicia,—sea cual fuere su crimen, le hago gracia de su pena.

A los sacerdotes fanáticos, que le mostraban con las manos el cielo surcado de relámpagos y el mar tenebroso, y a la multitud que aullaba desatontadamente: "¡que le crucifiquen!" dijo.

—No, he perdonado; esa cruz quedará libre. ¡Cómo desearía que, en estos momentos, la clemencia del César pudiera detener el brazo de todos los verdugos del Imperio! Se embarcó en su chalupa, a la que hizo subir el esclavo, que le abrazó las rodillas y se tendió a sus pies.

Los sacerdotes y el pueblo de Stabies siguieron con los ojos por mucho tiempo, la nave melodiosa que se hundía en el crepúsculo, de vuelta a los peñascos de Caprea.

Y esa misma noche, el joven Calígula declaraba a sus familiares que su tío abuelo Tiberio había caído en la demencia, y que un emperador loco sería para la humanidad una desgracia enorme.

Antigüedad del uso del corcho

Fué conocido el corcho desde una época anterior a la Era cristiana Teofrasto, más de tres siglos antes de Jesucristo, habla de los alcornoques de los Pirineos en su "Historia natural de las plantas".

En las excavaciones de Pompeya se encontraron ánforas con tapones de corcho, lo cual ya indica el uso que en aquella época se hacía de esta substancia.

PAPEL Y TINTA

(Prólogo del libro "Después del estreno. — Comentarios teatrales", por Octavio Palazzolo, recientemente aparecido).

Reúno en este volumen algunas de las opiniones publicadas en "La Vanguardia" después de cada estreno, y me limito a reproducir las relativas al teatro local

Al escribir estas crónicas periodísticas no pensé jamás en que algún día habría de llevarlas al libro. Realicé mi labor dentro de las exigencias del diarismo moderno, pero tratando siempre de sustraerme a la precipitación que hace caer irremisiblemente en lo superficial. No limité mi tarea al juego mecánico, al compromiso de las cuatro frases obligadas y circunstanciales en que, por su índole especial, se debate generalmente el comentario periodístico. Escribo en un órgano de ideas con las cuales estoy plenamente identificado, y me ha guiado siempre el anhelo de guardar armónica relación con ese carácter. Es este mi mejor título y el mejor antecedente de que puedo vanagloriarme

Podría pensarse que mi labor lleva, entonces, el sello sectario, al cual he subordinado mi pensamiento; que en la obra de arte me interesó más el fondo que la forma en cuanto el fondo se hallara más próximo a mi sentir personal, o más cerca de mi posición ideológica. Veamos hasta dónde podría aceptar semejante imputación.

Quien se dé a la delicada tarea de juzgar la producción artística, sostengo que ha de ser un espíritu que aliente ideales, porque es lo único que atestigua una capacidad comprensiva. En los dominios del arte ha de perseguirse a la vez una orientación estética, más noble y efectiva cuanto más vasto sea el panorama que abarque, porque sin encerrarse en fórmulas estrechas, rígidas, preestablecidas, se estará habilitado para percibir todos los matices. Embanderarse en determinada escuela es proclamar la negación de las que les son adversas. De ahí, entonces, la amplitud de criterio, la parte simpática y social de la crítica.

En el plano de las ideas, la situación espiritual no varía, a condición de permanecer atento a sospechosas desviaciones. Comprender un problema en todos los aspectos proporciona elementos suficientes y hasta decisivos para atesorar el contenido, el fondo moral o social de la obra de arte. Tengo para mí que la creación artística más efectiva es aquella que logra hermanar sólidamente el contenido y la forma, aunque no excluyo, sino mediante grandes reservas, la fórmula no siempre bien comprendida del arte por el arte

La forma se debate en la búsqueda de expresiones nuevas; he aquí su gran fuerza. ¿Cómo ha de negarse la misma expansión a la idea que la engendra? Parapetarse en el preconcepto, en el dogma estrecho, sería negarse a la evidencia de la renovación eterna, pretender paralizar vanamente la dinámica evolutiva o contemplar sin conmoverse las palpitaciones de lo que vive.

El artista es un producto del medio social. Su obra, pues, si ha de ser verdadera no podrá dejar de reflejarlo. Lo esencial es que sepa plasmar sus ideas en las formas del arte, ser artista en definitiva.

Y siempre ha de mover nuestra desconfianza el que pretenda aislarse en alturas solitarias, blasonando de tonto aristocratismo. Son estos, por lo común, cultores de un arte enfermizo, sin significado ni consistencia, forjado para deleite de núcleos reducidos en los cuales prima el "snobismo", espíritus impermeables a lo bello de la Naturaleza, rígidos ante el dolor y que sólo se conmueven o simulan conmoverse ante los dolores ficticios.

Si las mistificaciones son pródigas en el arte, en el teatro lo son más aún. Desde el teatro se llega más directamente al corazón de las multitudes, y su influencia es mayor. El teatro es instrumento inestimable en la vida de los pueblos, porque al reflejar sus costumbres, sus pasiones, puede, al traducirlas mejorarlas o pervertirlas. Una sala de espectáculos, por el género de teatro que cultive y por el favor que el público le dispense, podría darnos en un momento dado la expresión más aproximada de la fisonomía moral u orientación artística de un pueblo. El teatro vulgariza muchos problemas que el libro abarcará con amplitud, pero sin llegar a influir tan honda y firmemente en las mayorías porque carece del poderoso auxiliar de la representación. Es el teatro, en mi opinión, una de las manifestaciones más difíciles del arte, que si atrae a muchos, pocos son quienes saben cultivarlos con acierto, aunque es también el más propicio al encumbramiento de los advenedizos.

Hace algunos años, cuando me inicié en el periodismo, no creía ya en cierta crítica periodística, y, aunque suene a paradoja, aspiraba a ejercerla... Diré por qué. En mi carácter de espectador infaltable a los estrenos, comprobaba diariamente al leer los comentarios periodísticos, gran disparidad entre lo que había visto y lo que el diario relataba. No se trataba de apreciaciones diversas entre varios cronistas porque sustentaran ideas contradictorias, cosa aceptable e interesantísima por cuanto podía haber proporcionado preciosos elementos comparativos y de ilustración. Sucedía algo para mí inconcebible. Se había presentado una obra mala, sin defensa posible, de esos bodrios que no admiten atenuantes. Sin embargo, el diario A y el diario B registraban al siguiente día un elogio, un aplauso que a poco regateaban a otras producciones de algún mérito. Más tarde comprendí el valor de esas opiniones tan absurdas, al descubrir el secreto que las inspiraba: supe de órganos periodísticos cuyo movimiento administrativo servía de índice a sus opiniones ¡Y era complicada esa red de intereses! A mí me tocó iniciarme en la época del elogio recíproco, hace casi una década. Fué cuando las páginas de teatros en su casi totalidad se hallaban a cargo de ciertos autores, cuando esos "comediógrafos" detentaban los carteles con producciones de cien noches.

Semejante estado de cosas hízome rechazar toda idea de crear vínculos espirituales con esos elementos, comprendiendo, frente a ese espectáculo de perversión profesional, de corruptela, la necesidad de adoptar aposturas de combate, porque a la categoría inferior de la producción se unía el relajamiento de la crítica. Con pasión si se quiere, pero sin llegar al enceguecimiento, traté de puntualizar méritos, defectos, errores, prácticas viciosas. Hasta donde lo he conseguido lo dirán las crónicas que reúno ahora, nacidas en el instante en que el estreno de la obra los provocaba; tienen por eso el carácter de las cosas que tratan de reflejar el momento vivido; y en la selección realizada, pretenden esbozar el perfil del autor y su obra. He recopilado de mi labor de varios años las páginas más estrictamente ajustadas a esas condiciones, que bien podrían ser, en cierto modo, la modesta contribución al estudio de nuestro teatro de quien no tuvo más vinculación efectiva que la de un gran amor y un gran anhelo de incesante progreso.

Pienso intentar el estudio detenido de la obra total de algunos dramaturgos nuestros, de aquellos cuya producción atesora aspectos interesantes y que no perdería su significado al parangonarse con lo bueno del teatro extranjero.

Crítica de combate más que crítica negativa; he aquí el carácter de las páginas del presente volumen.

O. P.

LA LEY SECA EN NORTE AMERICA

El oler a vino, cerveza o whisky se considerará como un delito

Por las calles de las poblaciones pertenecientes al Estado de Indiana nadie en lo sucesivo podrá respirar. No es la causa el que huela a podrido en Dinamarca o en Indiana, sino que el fisco, apurando su presión contra los consumidores de bebidas alcohólicas, de hoy en adelante husmeará a los transeúntes, con el propósito de saber si beben o no beben.

Porque es el caso que la legislatura senatorial de Indiana acaba de aprobar una ley en virtud de la cual el simple olor a licores que llegue a la nariz de los sabuesos fiscales se considerará como motivo de delincuencia, y, por lo tanto, la persona incursa en tal delito será encarcelada por un tiempo que no bajará de uno a seis meses, con el aditamento de una multa de 100 a 500 dólares. Si el criminal bebedor se negara a revelar el sitio en que le expendieron la bebida, se le considerará culpable de mayor delito y, en consecuencia, la pena que se le imponga será más grave.

Las autoridades del Estado de Indiana se disponen a buscar hombres de nariz privilegiada para que desempeñen el delicado papel de oler dónde beben, y hasta poder distinguir si las flatulencias del prójimo son de "whisky", de vino, de cerveza, de ron, de coñac, de champaña o de otra de las bebidas que caen bajo la jurisdicción criminal.

Los agentes encargados de oler a los transeúntes, cuando detengan a algunos, necesitan comparecer ante el magistrado correspondiente y declarar: "Juro solemnemente haber olido la culpabilidad de Smith (por ejemplo, en connivencia con un "bock" de cerveza".

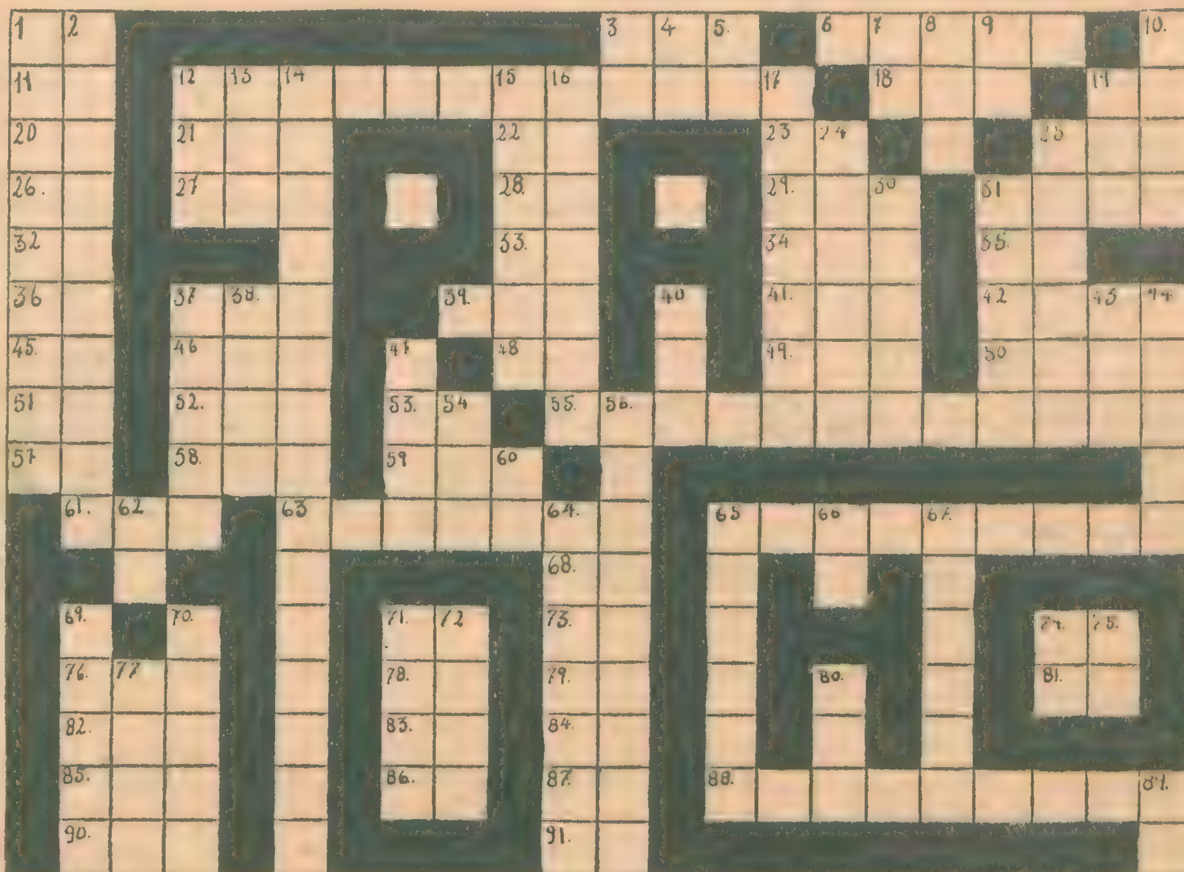
Las protestas del ciudadano no obtendrán la menor indulgencia judicial, aunque a la hora de celebrarse el juicio se hayan desvanecido todos los olores bucales y estomacales del individuo aprehendido. Pero si la detención se ha efectuado recientemente, el propio juez podrá comprobar la exactitud de la acusación obligando al preso a que le eche el aliento.

Para evitar a los magistrados este desagradable momento, puede el agente fiscal acudir al pretorio con dos testigos que den fe de la verdad del caso.

Por lo pronto, ya se ha puesto de moda en varias poblaciones de Indiana un tapabocas a propósito que impide la exteriorización de las respiraciones, y se espera que se invente algo nuevo para contener el aliento mientras pase por el lado de un ciudadano de la libre Norte América cualquier sabueso encargado de la persecución del contrabando alcohólico.

La publicación de estas noticias con comentarios burlescos en los periódicos está siendo objeto del regocijo general, y por la rareza del caso se telegrafía a todos los países del mundo para demostrar la energía con que en Norte América se hallan las autoridades secas dispuestas a no consentir que se vulnere una ley en que muchos ven la salvación de los Estados Unidos y otros su ruina, a causa del gran número de muertes por intoxicación de bebidas artificiales que en tanta abundancia se fabrican para suplir la falta de vinos y licores procedentes de Europa, considerados cual los mejores del mundo, como lo demuestra el hecho de emplearse en los medicamentos que se suministran en Estados Unidos.

PALABRAS CRUZADAS



HORIZONTALES

1—Terminación de adjetivo, indica idea de propiedad o pertenencia de cualidad.
3—Flor simbólica.
6—Para guardar el ganado.
11—Letra del alfabeto.
12—Santificador.
18—Tratamiento religioso.
19—Afirmación.
20—Pronombre posesivo.
21—Indio americano.
22—Negación.
23—Tiempo de verbo.
25—Adverbio de modo.
26—Terminación castellana. Expresa el verbo en acción física.
27—Despacho de bebidas.
28—Artículo.
29—Título de nobleza en Inglaterra.
31—Habitación principal de la casa.
32—Artículo.
33—Pronombre posesivo.
34—En el juego de la secansa dos o tres cartas iguales.
35—Contracción.
36—Nota musical antigua.
37—En el mar.
39—Se emplea en los escritos para indicar que se copia algo textualmente, por más que la cita parezca inverosímil.
41—Hijo de Noé.
42—Especie de sombrero de copa.
45—Forma de un pronombre posesivo en los diversos casos oblicuos del singular.
46—Orden de caballería que instituyó el Papa Paulo III en 1598.
48—Artículo.
49—Liga.
50—En los árboles.
51—Nombre que se daba al provenzal en la Edad Media.
52—Sobrino de Abraham.
53—Interjección.
55—Acción de apartar una cosa de otra con la cual estaba junta (en plural).
57—Interjección.
58—De esta manera.
59—En las aves.
61—Ente.
63—La propiedad natural de cada cosa.
65—Guía.
68—Pronombre posesivo.
71—Partícula prepositiva del latín. Indica simultaneidad en la acción.
73—Terminación de la 2.ª conjugación.
74—Dativo de un pronombre personal.
76—Violencia de los Elementos.
78—Contracción.
79—Forma reflexiva del pronombre personal, 3.ª persona.
81—Moneda de cobre de los romanos.
82—Despreciable.
83—Preposición.
84—Lo mismo que 51.
85—Pronombre demostrativo (femenino).
86—Trasladarse de un lugar a otro.
87—Nota musical.
88—Mendigo.
90—Artículo.
91—Terminación de la 1.ª conjugación.

VERTICALES

1—Los que tienen genio dominante.
2—Los que padecen de neurastenia.
3—Artículo.
4—Imperativo de un verbo de 3.ª conjugación.
5—Interjección.
7—Tiempo de verbo.
8—Número.
9—Trasladarse.
10—Vaso grande, en forma de caldera, de diferentes materias, que sirve para teñir y otros usos.
12—Personaje bíblico; célebre por su paciencia.
13—Artículo indeterminado.
14—Con ironía mordaz.
15—Exceptuado del servicio militar.
16—Tierra de labranza para el maíz en Cuba. Pedazo de tierra cedido a los negros para que lo beneficien en provecho propio (plural).
17—Esponjar la lana.
19—En el mar.
24—Habitación que antecede a la antecámara del rey.
25—Verbo en 3.ª persona del plural que equivale a cortar. Trabajar en madera.
30—Río del Perú.
31—Hueso del espinazo formado por cinco vértebras.
37—Dícese de la piedra blanda y que puede labrarse fácilmente.
38—Enredos.
40—Que en paz descanse.
43—Quise.
44—Lo hacen los curas.
47—Lo que tiene física y verdadera existencia.
54—Primo de Mahoma.
56—Martillar metales.
60—Prefijo.
62—Artículo.
64—El avaro...
65—Nombre de varón.
66—El generoso.
67—Nombre de varón.
69—Horizontalidad de una superficie.
70—Utensilio de labranza (plural).
71—Juez turco.
72—Inquirir con curiosidad lo que hacen otros.
74—Artículo.
75—Existe.
77—Demostración de alegría.
80—Segundo hijo de Noé.
89—Acusativo y dativo un pronombre personal.

Solución del problema anterior

M	O	L	E	■	M	I	■	R	A	M	O
E	R	A	■	L	O	C	A	■	S	I	R
I	O	■	M	A	R	O	M	A	■	L	E
O	■	R	■	S	A	N	O	■	T	■	N
■	S	O	L	■	L	O	■	N	O	S	■
V	O	M	E	R	■	■	D	I	M	E	S
A	P	E	L	A	■	■	A	N	A	D	E
■	A	R	A	■	S	I	■	A	T	A	■
C	■	O	■	F	O	S	O	■	E	■	C
A	L	■	D	O	L	O	S	O	■	S	O
R	A	S	■	Z	O	C	O	■	T	A	L
A	R	I	O	■	N	A	■	V	E	L	A

LA VANIDAD

Por Vicente DEL OLMO

Todo el mundo es vanidoso. El que sinceramente de sí piense lo contrario que se ausculte bien. Con horror y pena, si es que toma la vanidad como un pecado capital y compadece al delincuente, al volverse los ojos hacia su desnudo "yo" verá que siente la vanidad de no ser vanidoso.

¿Quién es más vanidoso? ¿La mujer o el hombre? He aquí un alto problema psicológico. Porque, para poder juzgar sinceramente y con una vertical rigidez el "pleito", el juez que tal juzgara tendría que poseer un doble espíritu: el de la mujer, para graduar con los sentimientos femeninos la exacta escala del alma de la bella, y el del hombre, exento de prejuicios y convencionalismos, sin debilidades ni apasionamientos que empañasen el cristal del lente observador. Para el intrépido y audaz Martín Gala, ingenio sutil y sagaz, a pesar de lo que muchos escritores opinan, resulta el hombre desfavorecido. Fruto de sus sapientes observaciones son aquestas del fino psicólogo.

Martín Gala es el águila caudal de la psicología tertuliana. En las reuniones del círculo, en las del café y aun en las de sobremesa del restaurante, recoge sus impresiones. Y desde la inconmensurable altura de su observatorio crítico, víctima sobre la que se desplome rectamente para hacerla presa de sus garras, víctima indemne. La vanidad, para Martín Gala, presenta varios matices. Aparte el grado intensivo de la misma, necesita conocer los componentes químicos de su color para no sufrir un error de óptica con su presa.

Encontrado que se hubo uno de estos días pasados a don Canuto Hueco, ente presuntuoso que se jactaba en la tertulia del círculo de no conocer la vanidad, puso la espina dorsal en forma de ángulo, levantó el sombrero a medio metro de su testa, y con un aire jovial le dijo:

—¡Vaya usted con Dios, mi ilustre don Canuto!

—¿Quién será ese caballero? —extrañado de tal genuflexión y tal saludo, un desocupado viandante preguntó.

—Sí —contestó otro callejero peatón.—Lo saludan como a un general.

—¡Más!—agregó otro comentador.

—Debe ser algún ministro.

—¡Mucho más! —superlativamente admirado, replicó el tercero.

—¡Algún rey!...—insinuó el número uno de los tres.

—¡Eso, eso!... — definitivamente sancionó el último.—Algún rey del oro o del diamante!

El comento del arroyo halagó al señor Hueco y Vacío. Desconocedor de la vanidad de sí mismo, el desconocimiento colocóle entre las ganas de Martín Gala. El que, al escuchar de labios de don Canuto:

—Mi querido señor Gala, yo no me merezco ese exagerado saludo. Llámeme Canuto a secas, sin ampulosidades protocolarias.

"Bartingalescamente" se dijo:

—¡Ya está! ¡Te he conocido el flaco!...

Cierto. Matemáticamente exacto. Los saludos menudearon. Y a las nueve lunas justas, Martín Gala tiene algo de lunático por lo genial, a los doscientos cincuenta y dos días transcurridos — 2 + 5 + 2 : 9 — don Canuto Hueco prestaba a Martín Gala la cantidad de 15.111 pesetas—suman nueve los guarismos—para un negocio de atunes en conserva.

¿Una playa de baños en el Golfo de Cádiz?

La costa del golfo de Cádiz se extiende en un suave arco de 70 kms. de extensión desde la desembocadura del Odiel y Riotinto cerca de Huelva hasta la del Guadalquivir en el Sudeste. Vista desde el mar semeja una cadena ininterrumpida de dunas blanquecinas pobladas acá y allá de bajos arbustos y pinos marítimos. Las arenas gordas, como se llama en aquella región a las dunas, alcanzan en las partes del Norte alturas de ciento y más metros; hacia el Sur se abajan notablemente; en su parte media no llegan a pasar de 35 metros y se aplanan del todo en la boca del Guadalquivir, frente a los baños de Sanlúcar de Barrameda.

En la época diluvial abarcaba la desembocadura del Guadalquivir esta faja de 70 kms., hasta que las masas de sedimento diluvial y levantamientos del terreno de igual época quitaron al mar hacia el Norte por medio de una estrecha lengua de tierra en el transcurso del tiempo una parte de la ensenada. El dique divisorio se extendió en la época aluvial hacia el Sudeste, hizo al cabo de milenios de la desembocadura primitiva un "mare clausum" y estrechó la salida del río hasta dejarle apenas un kilómetro de boca, cerca de Sanlúcar.

El río a su vez, protegido por la imponente barra y secundado por la abundante arena que los aportaba las mareas, se aunó con los vientos que con gran regularidad soplan del Poniente y cegó el "mare clausum", del que sólo quedaron visibles algunos cauces. Lo que antes fuera desembocadura del río y más tarde un mar cerrado, es hoy una comarca de cientos de kilómetros cuadrados de extensión que se llama "las marismas.".

Las dunas del lado Nordeste se elevan sobre una vasta extensión de la capa diluvial. Tras ellas avanza el suelo llano, casi deshabitado, sin labranza, cubierto en su mayor parte de monte bajo impracticable, formado por arbustos y zarzales que tocan ya las marismas.

También en la parte más meridional corren las dunas solamente a lo largo de la playa; a ellas deben su existencia los espesos pinares que, interrumpidos frecuentemente por eriales y matorrales, se levantan sobre la capa aluvial. En la sección intermedia de la larga cadena formada por las dunas, se han enseñoreado éstas de todo el terreno, corren hasta topar con las marismas y no dejan entre sus pesadas moles más que largos y estrechos valles — corrales — donde crece mísero pasto, arbustos y alguno que otro pino; el hombre no ha habitado jamás esta soledad.

En las marismas hay muchos y extensos puntos y antiguos cauces (lucios y caños) siempre húmedos, que se llenan de agua en tiempo de lluvias y cuando la marea sube. Pero, las marismas no son ciénagas; están cubiertas de yerbas rastreras y amarillentas que crecen en manojos, de plantas marítimas, cañaverales y matorrales; están casi inhabitadas y sin cultivo, pero, como hace ya miles de años, sirven de terrenos de pastoreo para una extensa cría vacuna y caballar. Solamente aquellos puntos que se cegaron tardíamente y la parte arenosa están absolutamente desprovistas de vegetación; en tiempo de aguas el suelo reblandecido no permite el acceso y está a veces anegado; en el verano es duro, lleno de resquebrajaduras y grietas; la tierra ofrece un aspecto negruzco y está salpicada de eflorescencias salinas.

A lo largo de la costa y en espacios de 5 a 10 kms. están erigidos en piedra los cuarteles de la guardia aduanera. Uno de ellos se destaca solitario sobre la cumbre de la pelada duna Matalascañas, en el borde de la parte más ancha que deja libre este rosario de cumbres arenosas, y a 9 a 10 ms. sobre el nivel del mar. A su alrededor hay algunas chozas de madera, un jardín exiguo y una noria; tras el cuartel se extienden hasta una distancia de 4 kms. las dunas estériles y errantes; y a unos 30 kms. al Nordeste surge al fin un pueblo, la aldea de Almonte. No es éste, sin embargo, el mercado proveedor de víveres y demás menesteres, sino Sanlúcar de Barrameda, a 25 kms., que sólo se puede alcanzar por mar, muy rápidamente, es cierto, gracias a los vientos que casi siempre corren favorables a los botes veleros.

En estos parajes silenciosos y solitarios, entre el mar y la aduana, surge en el mes de julio y también en el de agosto una activísima vida; la playa se convierte en lugar de baños. En un principio fueron grupos aislados que venían aquí a pasar a la americana las semanas más calurosas del año: en carros o en botes traían sus tiendas, su ajuar de cocina, herramientas, etc., e improvisaban una alegre estancia. Pronto siguieron su ejemplo numerosos visitantes que venían de Sevilla, La Palma, Huelva, etcétera, y en corto tiempo se desarrolló una vida si bien modesta, pero tanto más divertida y amable. En el verano de 1924 acudieron 5.000 bañistas, había 24 chozas, casi todas de forma cónica; algunas, amplias, de base cuadrada y además dos barracas de madera. Un gran matadero y un restorán abrieron sus puertas y hubo tertulias, conciertos y bailes, también ruleta y hasta una corrida de toros. Hay algunos médicos y algo así como una policía urbana. Viene el mes de septiembre y la playa se pone de nuevo silenciosa y solitaria. Algunos restos del risueño pasado quedan por allí hasta que el viento se los lleva o, piadoso, los cubre con un manto de arena.

Un encanto muy especial debe atraer a esta gente a una comarca tan pobre y huérfana de belleza. Es la suave playa de 60 metros de ancho y el mar, siempre en movimiento pero de poca profundidad. Así en el flujo como en el reflujo puede el bañista gozar de un excelente y cómodo baño. La arena es sobre toda ponderación fina y limpia de cantos; con ella mezclada hay millones de conchas, caparazones de moluscos; el agua es límpida y fresca, libre de peligros y también de inmundicias.

En vista del gran incremento que toma Matalascañas como lugar de baños, cabe aquí preguntar, si no se levantará en él un temible competidor de Sanlúcar. La playa de este baño no puede compararse con la de aquél: Sanlúcar está situado en el Gualdaquivir; cuando viene el flujo, entra el mar hasta más arriba del pueblo y ataja a las aguas y los sedimentos y cuerpos extraños que trae el río. Entonces la playa da Sanlúcar tiene un agua clara y pura. Mas, viene el reflujo y entonces el río saturado de materias de sedimento se precipita en el Golfo, se ensancha en forma de abanico y da al mar en una extensión de 8 a 10 kms. más allá de la boca del río un color pardo amarillento. La ancha playa de Sanlúcar no es por eso de limpieza ideal: su color es ruin, la arena cuajada de piedras y aún basuras; el fondo del mar tiene consistencia de lana, es decir, es blando, suelto y pegajoso. La gran ventaja que ofrece Sanlúcar es la proximidad de Sevilla con todas las conquistas de la cultura y en medio de un vergel riquísimo.

Desde otro punto de vista, habrá muchos que precisamente por lo apartado que está Matalascañas preferirán su playa para veranear; y no se olvide que hoy la radiofusión pone a cualquier lugar en inmediato contacto con el mundo.

¡Quién sabe si pronto se edificará en Matalascañas el primer hotel!

El ciego y el paralítico

Por

Eduardo OSMONT

A cuestas sobre el ciego, el paralítico dijo a su compañero:

—Vamos a una calle muy concurrida donde podemos sacar muchas limosnas. Al vernos así la gente se sorprenderá y nos socorrerá.

La pareja emprendió la marcha. El ciego andaba prudentemente, atento a la voz del paralítico. Este dirigía la maniobra, y si el ciego tropezaba con algún transeúnte el paralítico se quitaba cortésmente el sombrero pidiendo perdón.

La gente los miraba con curiosidad, y algunos se reían al ver aquella pareja singular compuesta de un ciego llevando a cuestas otro hombre.

Al llegar al lugar fijado el paralítico empezó a hablar así:

—Tengan lástima, buenos corazones, de estos pobres hermanos gemelos, condenados por la naturaleza a la mayor de las des racias. Mi hermano es ciego y yo soy paralítico, y nuestra anciana madre está imposibilitada en la cama. ¡Una limosna por amor de Dios!

Las monedas llovían en el sombrero del paralítico. y al escasear el público el paralítico propuso:

—Compañero. Conozco un sitio donde venden un vino riquísimo y podemos comer bien y barato. ¿Quieres?

—Guíame.

Emprendieron la marcha. Canturreaba el ciego animado por el festín próximo. El paralítico bromeaba y piropeaba a las muchachas.

Llegaron a la taberna. Del techo pendían suculentos jamones. Al entrar, el paralítico, a quien el ciego llevaba siempre a cuestas, descolgó un jamón que ocultó bajo la americana.

—¿Qué haces?—preguntó el ciego al notar que su compañero se encaramaba.

—¿Yo?... Nada.

—Creía que...

El otro negó, deseoso de quedarse él solo con el jamón.

La comida fué alegre. Bebieron abundantemente y se contaron sus vidas. Convinieron en que habían nacido para entenderse.

Después de pagar la cuenta procedieron al reparto del sobrante. Quedaban un franco ochenta y cinco céntimos. Aquella cifra impar era una dificultad. Cada uno se creía con derecho a los cinco céntimos que quedaban.

—Me corresponden a mí—decía el ciego,—porque te he llevado a cuestas toda la tarde y pesas mucho.

—¿Y los discursos que yo he tenido que pronunciar? Tengo la garganta seca de tanto hablar.

—Pues ya has bebido lo bastante para refrescártela—dijo el ciego.—Con que, o me das esos cinco céntimos o le digo a la tabernera lo que le has robado.

—¿Yo?... ¿Qué yo he robado?... ¿Y cómo lo sabes tú?...

—¿Crees que cuando te has guardado el jamón no he notado que pesabas más?

El paralítico se dispuso a parlamentar.

—Sé razonable compañero. Si me denuncias tú sufrirás también las consecuencias. porque diré que hemos sido los dos.

—Y yo diré que no es verdad. Conque o me das los cinco céntimos o llamo.

—Llama si quieres. Yo no he cogido nada.

—¿Que no?... ¡A ver si te has creído que no se te ve el bulto del jamón!

—¿Que se me ve?... ¿De modo que ves? ¿Luego no eres ciego?

—¡Te digo que me des los cinco céntimos!

—¡No, y mil veces no!

El ciego se levantó gritando:

—¡Al ladrón! ¡Al ladrón!

Y quitándose las gafas negras que le ocultaban los ojos lanzó a su compañero una mirada de reto y salió huyendo.

Al cabo de un rato notó que le seguía velozmente otro hombre corriendo. Temeroso volvió la cabeza. Era el paralítico, que lo alcanzaba...

LA MUJER Y EL HOGAR

Conocimientos de economía doméstica

TUBERCULOSIS

(Continuación)

Higiene preventiva de la Tuberculosis. 1.º Para todo el mundo (Continuación). Hacer ejercicio cada día, pero sin exceso, y observando las reglas prescriptas por el buen sentido: acostumbramiento progresivo, cesar cuando haya fatiga, evitar el reposo cuando se está sudando, y haya una corriente de aire, emplear vestidos de lana y mantas cuando se está parado si hace frío. Si se está en un taller o en una oficina con uno que tose, rogarle y hasta obligarle a servirse e una escupidera que contenga un líquido antiséptico.

En caso de hipertrofía de las amígdalas, o de vegetaciones adenoideas, que no solamente disminuyen la cantidad de aire inspirado, sino que sirven de estación de descanso a los bacilos de la tuberculosis, operar la reducción de estas glándulas.

1.º Higiene especial de los tuberculosos. Las prescripciones precedentes, le son aplicables, pero existen otras que le son peculiares:

2.º Esputos y escupidera. El tísico, tanto en la casa como fuera de ella, debe escupir siempre en una escupidera cerrada y que contenga una solución de sublimado, no sólo para no difundir la enfermedad en redor suyo, sino que para su propio interés. No cuidándose de destruir los millares de microbios que arroja y para los cuales es el mejor terreno de cultivo, se reinfecta continuamente y anula los efectos de su tratamiento.

El tísico no debe nunca tragar sus esputos, pues así puede infectar al pasar las vías digestivas, principalmente el intestino, pero se esforzará por evitar la tos que no tenga por objeto la expulsión de un esputo y que le fatiga sin resultado. La voluntad ejerce acción poderosa sobre la supresión de las toses inútiles. (Continuará).

Consultorio femenino

Mary, Cap.—Las personas de piel grasosa son las que tienen puntos negros en la nariz. No los apriete para hacerlos salir, podría producirse una inflamación. Pase con frecuencia por su cara jabón de glicerina, luego lociónese con la preparación siguiente:

Licor de Hoffman.	50	gramos
Alcohol de lavanda.	25	„
Agua de rosas.	10	„
Esencia de bergamota.	1	„

No emplee cremas y reemplace el polvo de arroz por el de almidón.

Teresa C., San Isidro.—Para rizar el cabello puede hacer preparar:

Goma de Senegal.	10	gramos
Agua.	100	„
Alcohol.	100	„
Canela.	1	„

Moje los cabellos con la loción y póngase las horquillas o los bigoudis.

Eloisa S., Capital.—Las pecas aparecen en las epidermis delicadas. Para combatirlas puede probar con:

Agua oxigenada.	50	gramos
„ de rosas.	100	„
„ de azahar.	100	„
Glicerina.	20	„
Tintura de benjuí.	5	„

A esto puede agregar un lavado con agua de rosas.

Dina R., Chos Malal.—Para cerrar los poros de la cara voy a darle una receta que creo le dará un buen resultado:

Tintura de benjuí.	70	gramos
Agua de Colonia	70	„
Esencia de romero.	20	„
„ de tomillo.	20	„

Haga una mezcla perfecta con todo dentro de un frasco y agítelo.

Al bañomaría haga disolver:

Cera virgen.	50	gramos
Aceite de almendras dulces. .	50	„
Miel.	20	„

Cuando esta segunda mezcla se halla en estado líquido la deja entibiar y la agrega a la primera vertiéndola suavemente con una mano, mientras que con la otra revuelve con una espátula de madera:

Se guarda entonces en pequeños tarros que se cubren cuidadosamente y usará la crema cuando esté bien fría.

Ramona M., Capital.—Para depilar esas pelucillas que dice que le molestan no use ningún remedio ni ninguna receta que pueda ocasionarle escoriaciones. En su caso bastará quemar esos pelitos con una bola de papel inflamada y en seguida se frota con alcohol alcanforado.

Nota.—Las lectoras que deseen realizar alguna consulta, pueden dirigir la correspondencia a nombre de la "Señorita Redactora de la Sección Femenina de "Fray Mocho".—Calle Bolivar 879, Buenos Aires.

Secretos de tocador

LA NARIZ Y EL OLFATO

Se dice que la nariz ocupa en la cara un puesto de vanguardia y que es como un centinela vigilante y severo que vela a la vez el aire que respiramos y el olor de los objetos que nos rodean o que deben servirnos para nuestra alimentación.

La nariz merece grandes cuidados. Sin embargo, es generalmente la parte más cómica de nosotros mismos.

La nariz es el peligro de la cara, la estética femenina se preocupa más y más de los medios de darle más perfección o de atenuar sus deformidades.

Es por eso que se ha ideado repararla, por decir así, administrándole inyecciones de parafina. La operación se practica con un instrumento muy fino inyectándose la substancia bajo la piel en los lugares en que la nariz presente depresiones.

Ciertos prácticos se muestran muy hábiles a corregir así las irregularidades de la nariz, pero yo me guardo mucho de recomendar la adopción de procedimientos tan radicales.

Cuando se tiene la nariz irregular, está bien que se ingenie para mejorarla, pero es preciso resignarse a ciertas imperfecciones. La nariz del Cirano es gloriosa y la de Cicerón que tenía una gran joroba rindió célebre a su dueño. Sin embargo es preciso confesar que si en algunas circunstancias la nariz contribuye a acrecentar la popularidad de los hombres, no pasa lo mismo en la mujer.

Como la nariz es muy delicada, las influencias climatéricas modifican su tono, y como la resiente igualmente el regimen alimenticio, es necesario rodearla de precauciones higiénicas.

Para que la nariz sea bella, es preciso que, naciendo a nivel de la línea de los ojos, en una ligera depresión del hueso, se alargue sensiblemente en línea recta y se encurve dulcemente formando, de cada lado, una discreta dilatación que no espesará sino sensiblemente la base del órgano dejando aparecer una porción muy limitada de la mucosa que tapiza el orificio.

La nariz es más o menos puntiaguda o angulosa. Es signo de malicia cuando su agudez es muy sensible. La nariz levantada carece de distinción.

El color de la nariz debe ser la de la cara. Este apéndice que, por su forma, ya es singular, no debe hacerse notar demasiado por una tonalidad muy acentuada.

Precauciones para la toilette de la nariz.—Es preciso hacer diariamente la toilette de la nariz al mismo tiempo que se procede a las abluciones.

Siempre se debe cuidar, mañana y noche de lavar interiormente el orificio nasal, utilizando agua hervida tibia. Esta región, está continuamente expuesta al polvo exterior y la función misma de la nariz, la abundancia de secreciones que se producen hacen indispensables los cuidados meticulosos.

Debe cuidarse de no irritar demasiado el interior de la nariz y no abusar de las lociones irritantes con el propósito de disminuir las secreciones.

Hay sobre todo una precaución que les recomiendo, es la de respetar los pelos que tapizan la nariz. No están puestos al azar allí y su oficio es muy importante, puesto que ellos retienen el polvo y las impurezas que flotan en el aire que se respira.

Ha ocurrido a muchas personas que queriendo depilar la nariz se han provocado accidentes muy graves afectando el carácter de erisipela. Deben cortarse solamente los pelos demasiado largos.

Exteriormente conviene lavar siempre la nariz con lociones tibias.

No es raro encontrar personas cuya nariz exhala un olor insoportable. Ellas están afectadas de una enfermedad especialísima, la ocena o úlcera de la nariz.

Se forma en la cavidad de la nariz una materia con olor pútrido. Es una variedad de escrófula para la que los cuidados del médico son indispensables.

Los lavajes antisépticos mañana y noche son indispensables. Deben hacerse dando duchas a la nariz interiormente con una pequeña cánula, empleando en cada lavaje, medio litro de agua adicionada de lysoformo al 2 por 100.

Da buen resultado el lavaje de una infusión de flores de naranja y el polvo de Miot compuesto como sigue:

Acido bórico.	10	gramos
Alcanfor en polvo.	8	„

Este polvo se utiliza cuatro o cinco veces por día en pequeñas cantidades.

Consultorio del hogar

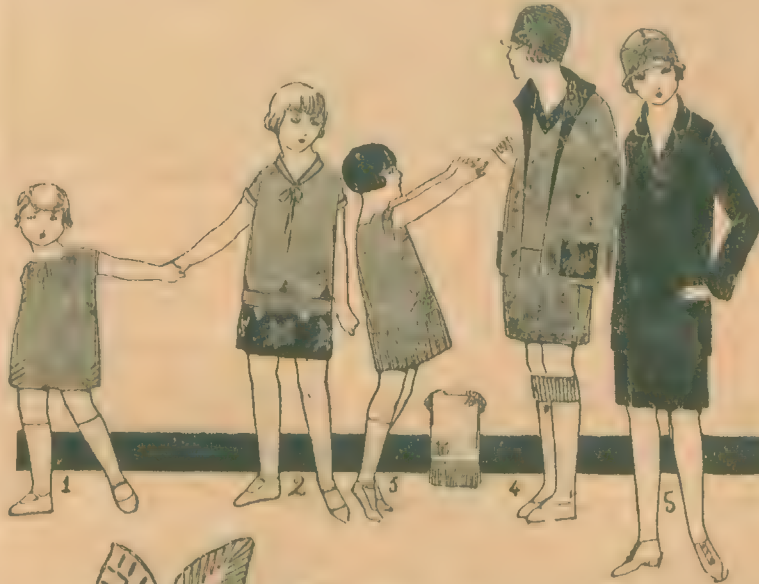
LOS ENFERMOS DIFICILES DE CUIDAR

Es un deber nuestro tener agradecimiento a los que han tenido piedad de nuestros sufrimientos y se han impuesto la dura tarea de consagrarnos sus cuidados y su reposo. Pero el primer sentimiento que se apodera de una criatura cuando se encuentra bajo la influencia de su decaimiento, es sublevarse y hacer cruel la vida a todos los que quieren su bien. Los niños, los hombres, — niños también — son particularmente difíciles de cuidar. Cuánta promesas se hacen a los niños para hacerles aceptar un remedio que debe salvarlos. Qué acogida tan desagradable nos reserva el hombre cuando se le quiere hacer cumplir la prescripción que debe devolverle la salud. Es preciso tener con ellos mucha paciencia, mucha resignación, abnegación y mucha astucia. A los niños se le promete un dulce después de la indigestión de algun medicamento nauseabundo y se sale con bastante facilidad del lance; pero, ¿y el hombre? Qué terrible enfermo. Es verdad que hoy los cachets o sellos salvan la situación, pues no es menester mucho heroísmo para tragarlos. En todo caso es preciso rodearse de grandes precauciones, evitar las angustias al enfermo, no hablarle de nada, llegar, cogerlo de sorpresa sin dejarlo tiempo de sublevarse.

También hay que tener siempre a mano unos paños para proteger la ropa de la cama, porque el enfermo comete torpezas, se puede mojar al derramar una bebida, un remedio y si permaneciera en esta humedad, repulsiva muchas veces, podría sentirse gravemente incomodado.

Cuando se entra en la habitación de un enfermo hay que presentarse siempre con la cara sonriente, serena, hacer de modo que no se atormente, darle la esperanza de un pronto alivio, de una próxima curación, sobre todo, si su estado es desesperado. Hay que evitarle toda fatiga, todo ruido, regular la claridad, la luz y no hacerle hablar inútilmente, encontrarse siempre cerca, a fin de poder auxiliarlo, ayudarlo, aceptar con paciencia sus rudezas, hasta sus injurias y conservarle siempre la misma abnegación sin descorazonarse.

Trajecitos para niñas





1. Traje de niñita, en crespón de China rojo, adornado con biesecitos de crespón belga.
2. Vestido de niñita en kasha beige o marrón. El bajo de la falda se une al blusón por un recorte. Un bordado de lana lo adorna.
3. Traje de niña, en crespón de China, verde. La falda está finamente plegada, así como las mangas. Un motivo bordado con tonos multicolores en el bajo del blusón y en el hombro.
4. Vestido y saquito en sarga marina adornada con sarga roja, para señorita. Se aplica el motivo bordado en los bolsillos y cuello.
5. Tailleur de señorita en reps verde. Falda tableada. Saco recto abotonado al centro.
6. Motivo para bordar con lana, seda o algodón, y que se ha utilizado para estos modelos.

COLABORACION ESPONTANEA

Soneto

A una dama vanidosa.

Envuelta en ricas pieles, rumbosa dama mía,
inspira tus desdenes mi sobretodo viejo
y choca a tu arrogancia este vivo reflejo
altanero, que pone en mi faz la alegría.

"Tan pobre y tan ufano"... Que piensas, yo diría
si creyera que dejan pensar tus ricas pieles
¿Misterio?... Nada de eso. Sabe que de sus mieles,
aunque de las más pobres, me dió la Poesía.

Que admiro, sin reservas, tu lujo y tu elegancia
y me gozo con ello; lo digo sin engaños.
Pero no es conveniente que fíes tu importancia

por entero a las pieles de tu rico capuz:
que, bajo un sobretodo, que tiene ya diez años,
llevo en la mente el lujo de un bichito de luz.

F. L. BUSCH.

A Héctor Pedro Blomberg

En homenaje.

Para la melancolía de tu triste grumete
que llora la zozobra de su cara ilusión
y para esa "cigarra" que en el burdel promete
la gracia de su cuerpo y la flor de su canción;
para el inglés borracho de whisky y de tristeza
que añora sus amores entre el humo del bar
y para la rubia Maggie, la perdida belleza,
que en la calle Yerbales quiere ahora reinar;
para la audacia innata de aquella bailarina
que fué Claudia Murillo, en la historia del sur,
y para esos espectros de la cocaína
que se mueren de gozo en su visión de luz;
por todas las penurias y todos los reveses
que el cazador de orquídeas en el fondo del mar
soportó estoicamente en centenar de veces
para premio tan sólo de su inútil afán;
por la canción doliente que alguien del navío
arroja en las mesanas del dormido bajel,
y por el hondo drama de Alcántara, el sombrío,
y por las añoranzas de aquel dinamarqués,
hoy que ante mis ojos en heterogénea ronda
pasan tus silenciosas figuras de ultramar,
y que vuelve a morderme una tristeza honda
por todos los afectos que no tendré ya más,

ofrezco los acentos de mi canción sencilla
a ti, que ya has logrado tu gajo de laurel
¡y lloro ante el naufragio de mi débil barquilla
en esta desolante habitación de hotel!...

José María ABALLONE.

Como otras ciento

Tú, como otras ciento que encontré en la vida,
sonreíste al verme, se encendió tu cara,
cabrilleó en tus ojos un rápido rayo,
me hablaste de amores sin una palabra.
Tú, como otras ciento, en mi alma encendiste,
de ilusión añeja nueva llamarada.

Tú, como otras ciento, podías, acaso,
ser la que buscaba.
. . . .
Como de otras ciento,
preferí alejarme sin decirte nada.

E. RODRÍGUEZ GARCÍA.

Alberto Zambonini Leguizamón

Con motivo de su poema "Trilogía de las madres".

Iluso, más que iluso, no debieras llorarla.
Tu madre no está muerta. Yo la he sentido ha-
[blar.
Sus ojos me miraban, como a ti, al escucharla,
y yo sólo pensaba en irte a consolar.

Tú no querrás creerme y dirás:—Es engaño,—
pues la viste una noche inerte en el cajón.
Pero yo que he leído el fruto de tu daño,
repito:—No está muerta. Está en mi corazón.

DE LA VIDA INTENSA



El marido.—Desengáñate, hija; todo eso de cambio de señas y de cartas entregadas delante de las narices del marido no ocurre más que en el teatro y en las novelas. ¿Verdad, amigo Víctor?

Y blando de tristeza, el corazón la evoca,
lo mismo que tu mano en la página fiel.
—Hijo, no abrirás nunca tu cariñosa boca,
para añorar su ausencia, ceñida con laurel.

Julio César FORD.

Soneto rojo

A D. G.

Escribiré de rojo este soneto
dedicado a tu amor que me lo inspira,
porque el latir del corazón inquieto
llama ardiente semeja de una pira.

Rojo será como tus labios bellos
cual el color que lucen tus mejillas
superando del Sol esos destellos
que al Ocaso diseñan maravillas.

Rojo cual la pasión que nos enciende,
como el clavel, como la rosa rojo,
cual el rubí que en su color esplende.

Y si aún todavía le faltara,
la sangre de mis venas con arrojo,
para teñirlo más yo te ofrendara.

Salvador C. VIGO (h.)

Mi cántico, hermanos...

Mi cántico, hermanos, no es la armonía
que halaga al oído... La música vana
propicia al revuelo de los discreteos
que sin dejar huellas como un eco pasa...

Mi cántico, hermanos, no tiene la forma
que rige la euritmia glacial de la estatua
imagen estéril de un cuerpo sin vida,
parodia grotesca del cofre del alma...

Mi cántico, hermanos, no tiene bemoles
ni ordena sus notas en el pentagrama,
en su onda se escucha como una voz misma
clanglor de trompetas y solos de flauta...

Mi cántico, hermanos, no da medios tonos
de suave elegía o feliz epigrama...
si evoca una pena es profundo sollozo
y si una alegría, triunfal carcajada!

Mi cántico, hermanos, audaz y emotivo
con su inmutable rudeza espontánea
semeja a esos vasos que toscos por fuera
llevan la esencia divina en la entraña!

Albino REY.

A un vencido

Mira, yo sé que el dolor
te ha llenado de infortunio
y que no hay plenilunio
que calme tu sinsabor.

Yo sé que tu pobre mente,
de tanto luchar cansada,
vió que la ilusión forjada
se disipó de repente;

pero mira, en el sufrir
como en la dicha, la vida
es una flor que convida,
que hace llorar y reír;

y puede, como es así,
que se dé vuelta mañana
y te dé, dulce y lozana,
lo que te falta ahora a ti.

No desesperes que el mal
ha de terminar un día,
y verás que la alegría,
ha de vencer tu apatía
que es como un signo brutal.

José Juan BIANCHI.

FRAY MOCHO

SE PUBLICA LOS MARTES

Oficinas: BOLIVAR, 879 — Buenos Aires

De 9 a 12 y de 14 a 18
Sábados: de 9 a 12

U. T. 428, B. Orden

EL TEATRO — CRÍTICA - GLOSAS - HUMORISMO -

"LA CASA DE LOS FANTASMAS", EN EL ATENEO

Entre nosotros, los mejores autores dramáticos no logran éxitos verdaderos por no ser poetas. Y los mejores poetas no triunfan en el teatro por no ser dramaturgos.

Cada vez que algún nombre prestigioso en la lírica intenta el teatro, esperamos encontrar la aleación del poeta y el dramaturgo. Pero, por desgracia, nunca damos con ella.

El señor Arturo Capdevila, celebrado portalira, ensaya por primera vez la escena con la comedia "Las casa de los fantasmas"; y decimos la primera vez, porque "La sulamita", estrenada años atrás en el Florida, dados los personajes que intervienen, el lenguaje del autor y la época, pertenece más al reino de la poesía que al de la literatura escénica. Por lo demás, nadio puede juzgarla sino en ese aspecto

Con "La casa de los fantasmas", el señor Capdevila ha intentado hacer una pieza de nuestros tiempos, es decir, teatro de la época en que vivimos. Antes de estrenarla, anunció en un colega que no se asomaba al teatro, sino que entraba directamente a él. Después de conocer la pieza dada por la señora Quiroga, fuerza es afirmar que el autor hizo una declaración sumamente aventurada. "La casa de los fantasmas" está diciendo con toda claridad, que el señor Capdevila ignora lo que es el teatro. Nada en su obra es teatral. Desde el asunto, escasísimo, hasta el relieve de los personajes, todo es pobre, carente de expresión de una personalidad de autor dramático. La garra del dramaturgo no aparece en ninguna parte. Aparece, sí, el poeta muy a menudo, trasladando su numen a los personajes y haciéndoles decir bellas frases, aunque rompan con el carácter de los tipos, los que, en rigor, son harto difíciles de clasificar en la fauna humana, por lo vagos y raros.

Tampoco estamos de acuerdo con la forma en que se resuelve el conflicto sentimental, después de haberse querido probar que la protagonista es una mujer apasionada. Las mujeres apasionadas no renuncian a su amor con la facilidad con que lo hace Alicia, ni apelan a recursos tan pueriles como el de la nombrada. En fin, la pieza no resiste al menor análisis.

La señora Quiroga encarnó a la heroína con su habitual maestría y fué bien secundada por sus compañeros de escena.

"DE MAL EN PEOR", de Oscar R. Beltrán, en el SARMIENTO

La pochade es un género que generalmente tiene aceptación entre todos los públicos y aunque de difícil realización, todo estriba en encontrar un conflicto que se preste a la presentación de escenas complicadas y que por sí mismas despierten la hilaridad. Después de ésto, ya no es necesario el diálogo ingenioso, ni los chistes de ninguna especie, porque la pieza va sola por la propia fuerza de las situaciones

En "De mal en peor", de Oscar R. Beltrán, el autor ha tenido la fortuna de acertar con la intriga y de desarrollar con acierto sus incidencias a través de escenas animadas y ágiles que logran el efecto cómico sin necesidad de extremar los recursos.

Así lo demostró el público, aplaudiendo y celebrando con insistentes risas la obra. Esta fué muy bien interpretada por el conjunto del Sarmiento, especialmente por parte de Chela Cordero, Pepe Ratti y Giménez.

LA TEMPORADA DE DE ROSAS

Se diría por un observador superficial, que los hombres no gustan de la presencia de señoritas en las salas de espectáculos, porque basta el anuncio de la representación de una pieza no apta para señoritas, para que acuda el público masculino en cantidad alarmante. Rogamos la salvedad de que esa alarma es para el observador y no para la empresa del teatro, aunque las empresas teatrales y las otras, son siempre buenas observadoras.

Sin embargo, el fenómeno a que aludimos tiene otra explicación. Nuestro teatro se resiente de gazmoñería y es ñoño y cursi hasta el extremo. Las comedias en tres actos son por lo común aburridoras y, entonces, el anuncio de una pieza "no apta para señoritas", de pluma extranjera invariablemente, renueva el ambiente y promete una nota alegre y amena. Tal, el extraordinario éxito de "El perfume del pecado" que se ha venido dando en el Argentino.

El primer estreno que se ofrecerá en esta sala será "Padre", de Strimberg, traducción de Abelardo Fernández Arias.

EL TRIBUTO A LA MODA

El viernes último debió estrenarse en el Buenos Aires por la compañía Muiño-Alippi, una pieza titulada "Palabras cruzadas" que firman Dupuy de Lome, Botta, Alberti y el maestro Antonio De Bassi. Es una revista en la que parece que se rinde tributo a la moda de las palabras cruzadas que se han apoderado de los diarios y revistas y que así acampan también en el teatro. Detalles, en el número próximo.

EL CARTEL DE LA COMEDIA

Mientras sigue el éxito de "La caja de Pandora", revista presentada a todo lujo y buen gusto, en el teatro de la Comedia, se están preparando varias obras. Parece que el primer estreno será otra revista, titulada "Femina" de la que es autor Carlos Romeu. A ella le seguirá un sainete de Pedro Muñoz Seca titulado "Los campanilleros", para reír. Después se estrenará "Los siete pecados capitales", también revista. Pedir más, sería gollería.

HAY QUE VER...

"Piernas al aire" es el título de la nueva revista que ha debido estrenarse en el Ideal en estos días. Son autores de esa producción Dupuy de Lome, Botta, Ossorio, Alberti y el maestro De Bassi, que son los llamados autores de la casa en ese teatro y que han estrenado con fortuna las revistas anteriores.

LA PAGANO ESTRENARA

Se anuncia para en breve, el estreno de la pieza en tres actos de Pierre Frondaie "La rebelde", traducida por J. Meninkof. Entre tanto, seguirá dándose la interesante pieza de Armando Moock, "La fiesta del corazón".

A TODO TRAPO

Viento en popa y a toda vela sigue navegando en el concurrido mar... de gente del Maipo, la revista "Las alegres chicas del ídem... (del Maipo, se entiende). El público se ha contagiado de la alegría de las chicas y acude solícito y presuroso agotando las localidades casi todas las noches. Quiere decir, que sin necesidad de los aspavientos de ciertas empresas que cobran caro por servir números importados y que no importan nada a nadie, puede conseguirse mucho más que con reclames fantásticas y sorpresas al público cándido.

REPRISE Y ESTRENOS

Alcanzó pleno éxito el reestreno de la pieza de Laferrere, titulada "Bajo la garra". A continuación de la misma, es decir, cuando baje del cartel esa obra, se estrenará "La fiesta del odio", de Jorge Dowton y más tarde "Santa Juana de Arco", de Bernard Shaw.

EL VIERNES SE BENEFICIA LA POZAS

Con las revistas "De España al cielo" y "El amor de los amores", efectuará el próximo viernes su "serata d'onoro" la graciosa tiple cómica de la compañía española del Mayo, Blanca Pozas.

Puede descontarse el éxito de la velada, por las múltiples simpatías de que goza la nombrada.

"EL HOMBRE DEL SUD", EN EL APOLO

Para matar sus ocios, Parravicini acaba de dar a la escena la pieza de este título, que firma en colaboración con Schaeffer Gallo. Un asunto de película, mejor dicho el asunto de muchas películas yanquis, ha escogido el popular bufo para tejer una pieza muy entretenida, que si tiene algún mérito es, desde luego, en las escenas donde se adivina la mano de nuestro gran cómico. La gracia de Parra es inconfundible y tiene personalidad propia; de ahí que el público no escatimara su regocijo en los momentos en que el creador de tantos personajes derrama sal a puñados.

Más que nada, "El hombre del Sud" revela la inquietud dinámica de Parravicini, que no ha podido quedar en reposo, a pesar de habérselo impuesto espontáneamente. Ya que no hace divertir como actor, alegra como autor. Tal parece el destino del más grando de nuestros artistas criollos.

Entre los intérpretes de "El hombre del Sud", destacóse Ciccarelli especialmente; después, Corsini y Bono.

CASINO

Recogieron aplausos Marisa Antonietti y las "girls" Stils, que se presentaron recientemente en esta sala.

El cartel, además del circo de Pepino, tiene otros números muy interesantes que se aplauden mucho.

GRAND SPLENDID

Fué un éxito "Circe, la encantadora", bella película estrenada en este grandioso cine, al que concurren nuestras familias de la "haute". Para pronto, se preparan notables estrenos de sensación.

CAPITOL

El espectáculo cinematográfico de esta bonita sala, sigue atrayendo numeroso público selecto. Se pasan cintas de las mejores marcas y de alta moralidad.

CASAUX PREPARA NOVEDADES

El notable actor del Nuevo, a pesar de su empeño, no pudo hacer triunfar "La fórmula Kaddenbach", esa paupérrima manifestación de ingenio de los señores Quesada y Mertens que no debió estre[illegible] nunca. Es realmente inexplicable que haya subido a escena y sólo puede justificarlo la falta de obras.

Desaparecida esa pieza, la compañía del Nuevo reprisó "El movimiento continuo", de De Rosa, Discépolo y Folco, vieja producción que se ha dado centenares de veces y que siempre gusta.

Como primera novedad, se anuncia "Me gustan todas", de Julio F. Escobar, farsa necrológica en la que se espera atraer de nuevo al público fugado con la mentada "fórmula"... para aburrirse.

JOSÉ GÓMEZ AL MARCONI

El discretísimo actor que encabeza [illegible] elenco nacional por el interior, ocupará [illegible] escenario del Marconi, proponiéndose [illegible]butar con "Papa Lebonnard" lo que habrá ocurrido el sábado, si los inconvenientes no le obligaron a postergar [illegible] debut

NACIONAL

Posiblemente a estas horas se habrá estrenado, o es inminente, el estreno de "Babilonia", pieza de Armando Discépolo que alternará el cartel con el sainete "Puente Alsina". Palpitamos que la obra de Discépolo nos quitará el mal humor de la de Linnig, gran éxito de público, como era de esperar...

ANECDOTA

Cierto autor nacional acudió a una comisaría para acreditar, como testigo, la irascibilidad de un guarda de tranvía que había herido a un pasajero. El comisario le interroga:

—¿Se llama usted?...

—Fulano de Tal.

—¿Profesión?

—Autor teatral.

—¿Sabe leer y escribir?

LA MELATO EN EL POLITEAMA

Con salas bien pobladas, continúa desarrollando su interesante temporada la compañía de comedia y drama italianos que encabeza la notable actriz señora María Melato. No tenemos espacio para aludir a cada una de las obras que pone en escena, pero no podemos menos que recomendar estos espectáculos, singularizados por la excelencia de la interpretación del cuadro que acompaña a la referida actriz en su cruzada de arte por América.

"LA DAMA DE LAS CAMELIAS"

Don Joaquín de Vedia trabaja en la traducción de la célebre obra de Dumas, que ha de reemplazar seguramente en el Ateneo a la comedia de Capdevila. Se ha de dar el caso, es casi seguro, de que la viejísima novela que no hay quien no conozca, interesará vivamente. Su prestigio es tal, tanta la atracción del título, que descontamos un largo cartel. No ha de quedar chica romántica que no acuda a la flamante sala del Ateneo.

¡ME GUSTAN TODAS!

Así se titula una nueva obra de Julio F. Escobar, que ensaya la compañía de Casaux para estrenar posiblemente en el curso de la semana en que entramos.

Ha sido clasificada de humorada necrológica e inspira confianza a la dirección artística y a los actores que acompañan a Casaux

CORREO TEATRAL

Lector.—No, amigo, no. Dedíquese a cultivar la tierra, en vez de cultivar las letras. Se lo agradecerán éstas y nuestro país, que como usted no ignora, es eminentemente agrícola ganadero.

Bataclana. — Ofrézcase como figuranta, por de pronto. Nada tema. Si hasta hoy ha sido vendedora de guantes, mañana puede ser otra mademoiselle Mistinguet... Cuestión de destino... y de condiciones.

A N O N I M I A

Por William WILSON

Sencillísimo sistema para descubrir el autor de un anónimo. — Digresión

Cuando la pluma se transforma en arma, hiere a traición y huye, ha nacido el anónimo.

Es de los crímenes impunes, y vive la vida diaria; no es incidental, es perenne. Se explica: llena una necesidad psíquica, y es en muchos casos una sentida necesidad.

La psiquiatría criminal ha tocado todas las llagas del delito y de la desgradación, olvidando la "anonimia", grave enfermedad criminal ingénita.

La más esmerada educación, el ambiente más distinguido, no corrige al anonimista. El que tal ha nacido, busca siempre en la pluma el desahogo de una pasión torpe, la venganza o la satisfacción de una impotencia.

Tengo la plena seguridad de que esta enfermedad temible para los sanos, tiene su tipo clínico-criminal bastante definido, y tiene sus especies, buenas y mortíferas, como entre los hongos.

La clasificación es fácil: "bromistas", "familiares", "oficiosos", "contra el honor", "contra la tranquilidad", "políticos" y "comerciales".

(El anónimo de esta última especie, se explota con fabuloso éxito, abarcando límites de respetable "trust tenebroso", no desconfiado aún por la justicia). Las tres primeras especies rara vez son ofensivas; podríamos llamarlas "viciosas". Las otras entran estrictamente en los terrenos de la delincuencia.

¿De quién viene el anónimo?

He ahí la ansiosa pregunta. Sin embargo, la víctima cree siempre ver entre los renglones de la traidora misiva, un esfumo que le resulta la fisonomía del autor.

Esto no evita que en la inmensa mayoría de los casos, se le dé la paternidad a quien bien lejos está de merecerla.

Los políticos, los intelectuales, los hombres que alcanzan notoriedad por su talento, actuación pública o posición social; toda persona de las vulgarmente llamadas "conocidas", entran en la categoría de las víctimas del anónimo inescrutable.

Y a pesar de eso, allí está mi caso.

Un incidente que sirve de prólogo

El doctor Sero, director de un gran diario, se pasea nervioso en su escritorio particular.

De pie, como si estuviera por retirarse, le dirige la palabra un oficial de la investigación.

El doctor Sero está irónico y no lo disimula.

El oficial está violento, pero se esfuerza en aparentar calma, pues no olvida que se halla delante del director de un diario.

—Hemos agotado los imaginarios recursos—decía el oficial—que nos da la única pieza del delito...

—Lo supongo—interrumpió el doctor.—Han examinado el papel: clase, color, marca... han indagado dónde y quiénes lo venden... pero, señor!... ¡en todas partes! Han examinado el sello que inutiliza la estampilla... mes, día, hora tales... buzón tal... y han corrido al buzón... Allí, a indagar quiénes son los que viven por los alrededores... ¡pero, señor!... ¡si el que echó la carta en ese buzón ha tenido buen cuidado de vivir muy lejos de él! ¿Y qué me cuenta usted?... ¿Qué eso es investigar?... Permítame que le llame "inocentar"...

—Doctor... usted exagera...

—Quítele eso... lo exagerado, y quedamos en que no se altera lo hecho. ¿Ustedes no leen cuentos policiales?

—Sería gracioso...

—No, señor... sería útil. La ficción hace sugerir ideas prácticas. Este caso no es de común indagatoria, es de inventiva, de "truc". El criminal existe, está entre nosotros, quizá nos contempla diariamente... ¿quién es?... ¡ese!—y el doctor accionaba con expresiva mímica.

—No somos cuentistas—objetó sonriente el oficial.

—Lo creo. Más bien son... "cuenteros".

El aludido frunció el entrecejo y tuvo visibles deseos de despedirse con algo fuerte, pero recordó una vez más que estaba delante del director de un diario, saludando cortésmente se retiró.

El doctor Sero en su casa

Dos días después, un sirviente del doctor Sero se me apersona y me dice que aquél me necesitaba esa tarde a las cuatro.

Esta circunstancia de que se me citara a estilo policial, hizo que yo acudiese a la cita la tarde siguiente a las cinco.

El doctor me esperaba, y me hubiera esperado durante varios días, no me cabía la menor duda.

Siempre nervioso, seco, con mal disimulada autoridad, apenas tomé asiento me abordó sin interrumpir su acostumbrado paseo:

—Usted es un feliz detective.

—Señor... soy periodista; usted me conoce.

—También es detective, y bueno; tengo datos... Por lo menos es razonante y porfiado, sobre todo porfiado, y es esta sin duda la base de sus éxitos. Necesito de usted bajo ese aspecto suyo.

—No me atrevo a ponerme a sus órdenes.

Como si no hubiese oído estas palabras, continuó:

—He recibido un anónimo — y se puso algo sombrío.—Un anónimo odioso!... y necesito saber quién es el autor.

—Tendrá alguna buena pista que conduzca a ello.

—Absolutamente ninguna. Suponga que hay en el país medio millón de habitantes que leen mi diario: ¿cuál de esos quinientos mil seres es el autor del anónimo?

Observé detenidamente al doctor. ¿Acaso estaba loco?

Si se toma un grano de la arena de una plaza, y se arroja de nuevo en ella, ¿será fácil encontrarlo? Este milagro es el que exigía el doctor Sero.

—Aquí tiene el anónimo—continuó, entregándome una esquela — y es la única pieza del delito.

—Si le fuera posible proporcionar el más mínimo indicio...

—Le repito que eso es imposible. Como usted ve, ese anónimo es de carácter... "público", permítame la frase; por consiguiente, el autor está en la población del país que usted crea que puede conocerme públicamente.

No decía mal el doctor, porque aquella misiva se expresaba así:

"Testaferro y canalla! Engañando "al pueblo y a los que te pagan, la- "brás la fortuna que será mañana la "vergüenza de tus hijos."

Pertenecía a la especie "contra el honor", y tanto podía provenir de un despechado particular, como de cualquier enemigo político jamás visto.

—Doctor...—me atreví a insinuar.

—Esta es una adivinanza sin solución.

—No... No me repita lo mismo que me ha dicho esa institución que en todas partes representa la torpeza y se llama Policía. Yo sé muy bien que éste no es un caso de intuición o de impresionismo detective. Busque usted un recurso... nuevo, echando mano de la astucia que puede dar la práctica del requerimiento investigante... Una combinación astuta... una celada—y el doctor accionaba nerviosamente, luchando con la frase explicatoria que necesitaba.

Le comprendí.

—Sírvase, tranquilizarse doctor, y contésteme a esta pregunta: ¿Por qué le ha afectado tanto este anónimo, que no hay duda cruza a diario en las valijas postales?

—Seré franco. No es el primero que recibo: mi cargo y mi actuación así lo exigen; pero es el primero que nombra a mis hijos...

Le interrumpí para evitar una crisis.

—Explicado. Una preocupación perfectamente humana. Permítame, doctor, que busque y estudie ese golpe de astucia con que usted sueña.

Y me despedí, prometiendo pronta respuesta.

Demasiado fácil

Mi acostumbrado cigarrillo de armar, fué en esta ocasión como en otras, el principio de mis combinaciones mentales.

A veces se consume el cigarrillo y no se combina nada.

Por una de tantas comunes aberraciones, se cree al tabaco estimulante, y es todo lo contrario, es prolijamente embotante. La paciente operación de dar forma y fuego a un cigarrillo da cierta tensión a la mente en pro del asunto que se le somete, la que se debilita a medida que el cigarrillo se consume. Es decir, que si no se han aprovechado los primeros momentos, el éxito es menor.

Ese día encendí varios cigarrillos, en diferentes horas, lo que es igual a declarar que me tuvo a mal traer la "cábula" con que deliraba el doctor Sero para su caso.

Pero la noche, mejor consejera e irresistible estimulante, me ofreció el minuto feliz, y quizá alguna corriente telepática dió esa noche al doctor un sueño tan tranquilo como el mío.

A primera hora de la mañana escribí las siguientes líneas:

"Su caso es demasiado fácil y no "conviene a mis intereses detectives. "Necesito un caso igual en persona "que no sea periodista, pero sí de sig- "nificación social o política. Con la "solución de él, daré a usted la clave "para solucionar el suyo."

Y se las envié al doctor.

El otro anónimo

Acostumbrado a los "úkases" de su profesión, con el enjambre de seres que le ayudaban en la pesada tarea diaria, el doctor me escribió citándome y hasta me buscó personalmente; es natural que, enojadísimo por mi ridícula actitud o mi evasiva de su mandato.

No me consiguió en ninguna forma, y es posible que convencido de mi charlatanismo, abandonara el asunto o buscara otros medios.

Pero no fué así, porque dos semanas después recibí de él otra tarjeta:

"Sírvase verme cuando le sea cómo- "do. Tengo en mi poder lo que usted "pedía. Conteste al portador."

Este era el sirviente. Le indiqué hora y acudí con exactitud.

El doctor, hombre bastante práctico, no habló una palabra de lo pasado.

—Tengo en mi poder—se apresuró a decir apenas me recibió—tres anónimos importantes, recibidos respectivamente por el obispo Ka, el senador Hache y el distinguido y opulento señor Equis. Para ninguno de ellos hay ni el más insignificante indicio de procedencia; están estrictamente en mi caso.

Sin corazón

Era un palacio encantado
Por un gran dragón guardado
Cerca de una gruta azul,
Y era un trovador errante
Que venía de un distante
País de nieblas y tul...

Y era en el palacio un canto
Que flotaba en el encanto
De una humareda sutil.
Y era una tarde dorada
Junto a la gruta empolvada
De chispas de oro y añil...

Y el trovador que venía
En pos de aquella armonía
Guardada por un dragón,
Con la mano temblorosa
Dejó junto a él, una rosa
Y ¡arrancó a su lira un son!

Pero el monstruo, embravecido,
Echando fuego encendido,
Por los ojos, con la voz
Ronca y lejana, cual trueno
Distante, en día sereno
Dijo, con gesto feroz:

—Si quieres tener entrada
En esta gruta encantada
No me des rosas ni son,
¡Dame la llama encendida
Que abrasa tu alma y tu vida!
¡Echame tu corazón!...

Con gesto alegre y sonriente
Arrancó el cantor, valiente,
Su corazón y cual flor
Lo echó a los pies de la fiera
Mientras que, tras su quimera,
Era insensible al dolor.

Y entró en el palacio inmenso,
Donde flotaba el intenso
Cantar, pero no escuchó
La más ligera armonía
Por más que noche, tras día
Todo el lugar recorrió.

Fué su sacrificio vano
Pues nada oyó, ni aún su mano
Pudo más sacar un son
De la lira. Y... ¡todavía
Busca la eterna armonía
Que dió con su corazón!...

María Alicia DOMÍNGUEZ.



Puede usted elegir, si aún conserva las disposiciones de sus anteriores promesas.

—Enteramente a sus órdenes, doctor.

—Igualmente de mi parte.

—Tenga a bien darme de los tres el que crea más interesante o más difícil.

—El del señor Equis.

Y me entregó una esquela y un sobre muy ordinarios y escritos con letra torpe y forzada.

—Espero tener éxito. Si me fallara, sería culpa del caso y no del sistema solucionante, por lo tanto me encontraré entonces en iguales condiciones para satisfacer a usted. Disimule este capricho mío.

El anónimo del señor Equis era de las especies combinadas "contra el honor y la tranquilidad", en su más torpe y cobarde característica: el ataque a la mujer.

Entre frases repulsivas delataba ciertas visitas secretas de la distinguida y hermosa hija única del señor Equis, a una casa infamante, y concluía con esta arenga:

"Esto lo sabrá dentro de poco todo Buenos Aires."

Era el verdadero anónimo, en toda su inconmensurable maldad.

Sólo un cerebro anormal es capaz de este delito que ataca sin arrostrar el más mínimo peligro; un tipo nato de verdadero y temible delincuente, definido e infallable; no como los sujetos del robo y de la sangre, en quienes tanto se ha detenido la ciencia criminalógica buscando la especie "ideal", cuando en su mayoría son seres obedientes al medio educativo o a las provocaciones sociales, reforzados y justificados más tarde en sus vicios y delitos, por el degradante catalogamiento y contacto policiales.

Con la víctima

Me entrevistó con el señor Equis y entregándole su anónimo hice mi presentación.

Persona amable y de buen criterio, me declaró que no había podido sustraerse a una persistente preocupación o conturbación moral, después de la lectura de aquella misiva infame. Se trataba de su querida hija, de su única hija, y con ella del honor de su respetable hogar. Le parecía que la calumnia aleteaba allí como enorme cuervo suspendido sobre la presa.

—Supongo—dijo—que si el doctor Sero le ha entregado a usted eso, sabe en qué manos lo ha puesto.

—Gracias, señor. ¿No tiene usted de quién desconfiar que pueda haber sido su autor?

—Absolutamente.

—Es natural que su señorita hija ignora la existencia de ese anónimo...

—¡Y debe ignorarlo mientras viva!

—Comprendido. ¿No ha dado ningún paso sugestionado por él?

—Creo adivinar hasta dónde llega esa pregunta. Mi hija jamás ha salido ni sale de casa sola; esa es la mejor explicación de lo antojadizo de la calumnia.

—Es indudable que se trata de un anónimo malvado, "contra la tranquilidad", muy común en las altas esferas sociales. No debe usted temer sus amenazas.

—¿Pretende usted consolarme?

—Le indico una modalidad del anonimista. Si "todo Buenos Aires" debe enterarse de su calumnia, él será el primero en divulgarla, y entonces no sería difícil llegar a él; y como esta clase de delincuentes es exageradamente discreta.

—Sí, tiene usted razón, le comprendo muy bien.

—Me empeñaré en dar con él. El caso es nuevo, en mi concepto, en los anales de la pesquisa, y el procedimiento más nuevo aún; tengo, pues, especial interés. Sólo es necesario que usted me autorice.

—Debo hacerle presente que cualquier indiscreción que esa tarea requiriese, podría divulgar el motivo y cumpliríamos nosotros con las amenazas del autor... ¡todo un suicidio!

—Le ruego guarde la más absoluta confianza.

El señor Equis abrió una libreta de cheques, tomó la pluma y me dijo:

—Estoy a sus órdenes.

—En ese sentido no puedo dárselas.

—¡Cómo!—exclamó sorprendido.

—Esta pesquisa no necesita dinero por el momento.

Difícil será que me equivoque si aseguro que recién le inspiré verdadera confianza, porque acostumbrados los hombres de su clase al eterno "pechazo", hasta por la más nimia causa, le admiraba que en esa situación que despejaría a costa de una parte de su fortuna, no se le distrajera ni un centavo.

—Me da usted una verdadera sorpresa.

—Que espero repetir con la presentación del criminal.

—¿Será pronto?

—No creo que pase del corriente mes.

Estábamos en diciembre.

El señor Equis me estrecha la mano, mientras me dice en un tono de discreta súplica:

—Que sea antes del 25... He gozado todas las Pascuas de mi vida en el seno de mi familia, con ese contento de espíritu que la legendaria fiesta nos infiltra desde niños; haga usted lo posible para que la próxima no sea para mí peor que las ya pasadas. ¡Quíteme de encima esta molesta pesadilla!

Por primera vez en mi vida, experimenté un vaho de esa ebriedad que llaman "ascendiente", con el que los seres sencillos o desesperados dan voto y autoridad decisivos a los ministros de religiones.

El pedido del señor Equis, hondamente sentido, ponía en mis manos la tranquilidad de su hogar, dándome el fetichismo de los seres humanos que se hacen consignatorios en la Tierra de las cosas del Cielo.

Una extraña gimnasia

En una de esas casitas que en las afueras de la ciudad improvisa la albañilería con los viejos materiales que arrojan las demoliciones del fabuloso centro, y en un gran terreno baldío que la casita tiene a sus fondos, no era difícil descubrir cierta tarde a cuatro individuos mal entrazados que se entretenían representando la más rara pantomima.

Se alejaban todo lo posible de la casa y luego echaban a andar hacia ella. Uno se adelantaba por la izquierda a paso de rentista, seguido por otros dos, y el restante tomaba paralelamente por la derecha.

Al enfrentar a la puerta de la casa que daba a ese fondo, el que había salido primero era asaltado por detrás con un hábil sujetabrazos y amordazado por los que le seguían y al mismo tiempo acudía el personaje de la derecha, de manera que en un instante aquel hombre resultaba maniatado y suspendido en el aire, a pesar de su resistencia y pataleos.

Presenciaban la escena, que se repetía siempre igual, una mujer del pueblo y un vigilante policial que tomaba mate y reía a mandíbula suelta. Los del grupo también reían y comentaban los golpes recibidos.

Una maniobra extraña

Cualquiera que se hubiese detenido en la esquina que da frente al buzón de correos 218, cierta noche, habría notado que todas las personas que deseaban introducir correspondencia en él, no conseguían su objeto, puesto que no giraba el molinete de la boca.

Sentados en el cordón de la vereda, junto al buzón citado, dos gallegos changadores echaban su párrafo; esto no obstante, cada vez que la dificultad se producía, intervenía solícito uno de ellos, siempre el mismo, introducía una mano en la boca del buzón, dando a entender que por ser su compañero de esquina le conocía la maña, y con la otra mano él mismo echaba la carta.

Nadie extrañaría esta deficiencia entre nosotros, que podemos ofrecer al mundo, el público civilizado que menos respeta y estima las cosas y servicios que le son útiles, pero no dejaría de llamarle la atención aquella tarea sistemática del oficioso changador, por más que encontrara un motivo explicatorio en las propinas que conseguía.

Si el curioso que ha visto todo aquello permanece observando, verá que a eso de las nueve se acerca al buzón un joven de porte distinguido y trata de dejar en él una carta; se presenta la consabida dificultad, acto continuo los servicios del changador, diez centavos de propina y continúa el joven su camino apoyándose elegantemente en su bastón de puño de plata.

Esta vez el grupo de changadores agregan a su maniobra un número nuevo, cuya rápida combinación es mucho más breve que su relato: Seña a otro changador que está sentado en la esquina opuesta; apertura del buzón, del cual parece tienen la llave, las cartas se escurren al suelo por la parte inferior, prueba de que no existe el saco postal; uno de ellos busca rápidamente entre la correspondencia, toma una carta y se retira apresurado; el otro saca de su bolsa profesional la que le faltaba al buzón, la coloca, cierra con llave, echa por la goca del buzón, sin ningún tropiezo la correspondencia que está en el suelo y sale corriendo en pos de su colega.

Un asalto extraño

Si el curioso se va detrás de nuestro último sujeto, lo verá reunirse a su compañero a las dos cuadras; notará que delante de ambos, a unos diez metres, va elegantemente apoyado en su bastón de puño de plata el joven de la última propina, y por la vereda opuesta, marchando a la par el changador que recibió la seña ya citada.

La calle aquella a esa hora es un tanto solitaria.

Hay en esa cuadra un ancho zaguán que corresponde a casa de altos; tiene su luz y no tiene portero.

Apenas ha llegado el joven frente al citado zaguán es atropellado y empujado dentro por los que le siguen, secundados por el colega de la vereda opuesta, y es amordazado, maniatado y arrojado en un automóvil cerrado que se detiene allí como llovido del cielo, y que apenas ha recibido su carga, parte a marcha máxima.

No se necesita ser ni medianamente observador para encontrar en este hecho la aplicación de las dos extrañas escenas anteriores.

En mi domicilio

Y si la aplicación resultara un tanto difusa, se convierte en amplia revelación, viendo llegar el automóvil de los salteadores nada menos que a mi casa.

Baja de él uno de los changadores, luego el joven y en seguida el otro gallego; es que están acollarados, pues conducen al asaltado con esposas de cadena. Entran a mi casa, luego en mi pieza, y como allí está el doctor Equis, al verlos llegar clava su vista en el joven, abre sus ojos con espanto y grita con voz ahogada:

—¡Usted!

El aludido mira a todos; tiene expresión de loco y se le nota presa de un temblor intermitente; suda en abundancia y mantiene los labios fuertemente apretados.

La carta retirada del buzón es entregada, ya abierta, al señor Equis, quien encuentra en ella un anónimo exactamente igual en todo, menos en el texto, al que fué causa de nuestras relaciones.

El joven ha visto aquello, y ha sufrido ese raro fenómeno fisiológico en que cruzan por el rostro en vertiginosa persecución, el rosa, el rojo, el vio-



láceo, el verdoso, y aquí se bifurca el camino: el blanco, que conduce a la insensibilidad; el negro, que lleva al síncope del cerebro.

El joven estaba intensamente blanco.

—Señor Wilson—profirió el señor Equis dirigiéndose a uno de los changadores. Este hombre es Ene Ene, de nuestra juventud distinguida, y me explico yo, como se lo va a explicar usted en seguida, el motivo de su infamia: Pretendió a mi hija y no fué atendido.

Quité las cadenas a aquel infeliz y esperé los sucesos, ojo alerta. Mi amigo Máximo, que era el otro changador, me imitó.

—Es usted capaz—continuó el señor Equis, dirigiéndose al reo—de repetir personalmente los conceptos calumniosos de sus anónimos?

El joven no contestó.

—¿Es posible, Ene Ene, que haya usted tenido tanta bajeza de espíritu, tanta cobardía, calumniando despiadadamente a una niña, que no le ha hecho más daño que el de no querer engañarlo, simulando un sentimiento que no podía sentir?

Noté que el interpelado hubiera hablado, pero no le fué posible, las cuerdas de su laringe estaban anudadas.

—¿Es posible—repitió el señor Equis—que sobre un hogar respetable, tranquilo y distinguido, como el de usted; sobre estas canas que también ostentan sus padres, haya pretendido arrojar la intranquilidad y el estigma de las malas lenguas?

Siempre en silencio.

—Señor Ene: usted me amenazó con la difusión de su horrible calumnia!... Le hago el honor de creer que no cumpliría la brutal amenaza.

Un esfuerzo, un gran esfuerzo, pues aquel instante de fiebre da a la garganta una sequedad obstruyente, y el joven murmuró:

—¡Le juro que no!

—Tampoco nadie sabe absolutamente una palabra de este arresto, ni nadie conoce la existencia de sus anónimos. Estos seudochangadores son detectives, y forzosamente están en el secreto; son caballeros y es inútil recomendarles discreción. Dentro de unos meses empieza el éxodo a Europa de nuestros paseantes; si es posible que un hombre inhumanamente ofendido pueda pedir una atención a su ofensor, le ruego a usted que tome pasaje en el primer vapor que inicie la temporada. Su derrota es tan inmensa como su crimen; hágase vergüenza y corra a ocultarla lejos.

El señor Equis me hizo seña de que hiciese retirar a Ene Ene; pasé la seña a Máximo; éste se le acercó y le dijo:

—Señor, el automóvil está a sus órdenes.

Pareció no darse cuenta exacta de la invitación, pero Máximo lo tomó de un brazo, y como si se tratara de un enfermo, lo acompañó hasta el automóvil y en él hasta su casa.

Antecedentes y el sencillísimo sistema

Después de mi primera entrevista con el señor Equis, una mañana apareció el diario del doctor Sero con el siguiente aviso "personal" en sección preferente:

"La persona que me escribió dán-
"dome datos privados, es un calum-
"niador vulgar, si no amplía dichos
"datos para poder darle crédito. Si
"esa ampliación no se produce, en
"este mismo espacio daré pública-
"mente peores informes de su fami-
"lia.—X."

Dos días después el señor Equis me llama urgentemente; acudo y lo encuentro muy alarmado.

—He recibido este otro anónimo—me dice, entregándome un papel.—Es la misma mano que escribió el anterior y lo que más me extraña es que parece contestar alguna carta mía, que yo no he escrito ni puedo escribir para un ser desconocido.

—¡Equivocadísimo!... Usted ha escrito para él y para otros muchos,—y saqué de mi cartera el recorte del diario con el "personal" que conocemos.

No es para imaginarse la profunda sorpresa del señor Equis, puesto que no era él el autor de aquella publicación, ni tampoco la había leído.

—A no ser que usted...—profirió.

—Bien claro está. Soy el autor y pertenece a mi plan, que puedo así garantirle que no me fallará. La reserva sigue siendo absoluta. Yo soy Equis para el público y para el diario que me publica esos avisos. Sólo el doctor Sero está en el secreto, forzosamente.

—Ya me parecía a mí que se pasaba de raro ese anónimo-respuesta. ¿Y tiene ya algún indicio?

—Sólo el que tuve a la lectura del primer anónimo: que el autor es persona instruída y quizá de apellido distinguido. La clase del papel y de los sobres, sumamente ordinarios; la mala letra visiblemente forzada, y las faltas de ortografía visiblemente en sitios poco comunes a los que las cometen por ignorancia, delatan la simulación. Ambos anónimos dan un tenue perfume, muy perdido, lo que prueba que su autor lo usa a diario. Salta, pues a la vista una gran anomalía: que tal papel use tal perfume o que éste ande en aquél.

En la anonimia, el más imperceptible descuido es toda una revelación.

EL TIPO SE CORRE UNA FIJA



—Creía que te casabas con la señorita de Pérez.
—Sí, pero he sabido que gasta a su costurera 50.000 pesos por año.
—¿Y?
—Me caso con la costurera.

Y ya que el señor Equis me ha traído a este principio de explicación, voy a completarlo.

El "sencillísimo sistema" he dicho, y creo no exagerar ni equivocarme.

El diario del doctor Sero continuó publicando "personales" de X, y a plazos cortos fueron contestados por el anonimista, traído hábilmente a esa corriente.

El primer "personal", que ya hemos visto, tenía estas condiciones: Aparentaba llegar a creer, con nuevos datos, cierta calumnia; poderoso estímulo de triunfo para el anonimista. Amenazaba con la publicación de datos sobre la familia de éste; motivo para temer que se suponía quién era el autor; a lo cual debe agregarse la circunstancia de que X debía publicar aquello pagándolo y bajo su responsabilidad.

Si el anonimista no contesta, fracasa el sistema. Pero esta es la probabilidad menor, pues dado el temperamento característico de este delincuente nato, una publicación de esa especie que llegue a su conocimiento le significa un triunfo y le abre todas las válvulas de la anonimia.

En un diario importante y por muchos días, es difícil que pase desapercibido para la humanidad lectora una publicación personal.

El resultado fué el previsto. Se sucedieron los "personales" redactados con toda la habilidad necesaria para que el anonimista no dejara de contestar, y acudieron los anónimos con su acostumbrada torpeza culminante.

Cuándo se reunieron seis, habían pasado unos quince días; era negocio rápido.

El señor Equis me los remitía con sus respectivos sobres, cuyas estampillas presentaban en el sello de inutilización la siguiente serie de buzones, por orden de fechas:—1.° sacado del buzón 218—2.° del 142—3.° del 218—4.° del 54—5.° del 218—6.° del 218.—Era conveniente creer que este 218 era el buzón más cómodo al anonimista, y que sólo por circunstancia imprevista hacía uso de otros.

Se trata, pues, de sitiar aquel buzón, esperar la visita del criminal y sin que los sospeche en lo más mínimo, verificar si lo que echa en él es el anónimo séptimo de la serie.

Y he ahí el "sencillísimo sistema".

Combinación del plan

La seguridad de que el mismo autor dejaba los anónimos en el buzón, lo explica la delicada calidad de ellos: "contra el honor".

Un anónimo "bromista" o "familiar" aceptará un cómplice, pero nunca si es de especie criminal.

La reserva prometida y lógica de nuestro caso, ponían al delincuente fuera del castigo que la justicia debía aplicarle, y éste fué uno de los puntos que me hizo armar y fumar varios cigarrillos.

El problema era: el buzón debía ser velado día y noche por gente absolutamente insospechable, para no alejar al anonimista; era necesario ver, no el sobre, común al uso de todos, sino la dirección de él; y luego, detener con el menor ruido posible al criminal y llevárselo al señor Equis.

Y detener a un hombre, otros hombres sin indumentaria de autoridad, es todo un conflicto callejero; y si este hombre es persona bien puesta o de buen apellido, toma las proporciones de una conflagración.

Una de tantas rarezas sociales, la particularidad esa de que hay más desacato y escándalo de parte de un "marquesito" que de un atorrante, si se les detiene en la vía pública, y que se castiga la mansedumbre de éste y se respeta la soberbia de aquél.

Mi carácter es de absoluta intransigencia en ese tópico, y como me he acostumbrado a tratar a los hombres según la causa que los anima, y nunca por la indumentaria o el apellido, me dispuse a humillar por todos los medios a mi futuro preso, dándole la relajante y triste visión de esa cárcel que no iba a ocupar, a pesar de sus plenos derechos.

A los efectos de mi plan, procedí a entenderme con mi amigo Máximo, el oficial investigante que ustedes ya conocen, quien buscó dos buenos compañeros, y luego el domicilio de un viejo vigilante, donde como ya se ha visto, ensayamos el asalto, grosera prosa con que se me ocurrió adornar la obra, y a la cual no estábamos acostumbrados.

El jefe de la investigación, cuya buena voluntad para conmigo es meritoria, se comprometió a dar las órdenes necesarias para que los agentes de facción en las cuadras en que podría desarrollarse la escena, "no vieran nada". Además, me facilitó una tarjeta de presentación para el jefe del servicio de buzones, de quien obtuvimos la llave, el saco y suprema fiscalización del 218.

Nuestro disfraz de changadores dió valioso complemento al plan; así nos hacíamos netamente insospechables, pues esos hombres son compañeros obligados de los buzones, y asesores del público si ofrece dificultades la introducción de la correspondencia o se desea saber a qué hora pasó o pasará el carrito que la retira.

Alquilamos un automóvil cerrado, que esperaba detenido a mitad de cuadra, y manejado por el cuarto compañero, pues los del asalto éramos tres.

La maniobra de meter la mano izquierda en la boca del buzón, donde una cuñita de madera quitaba a voluntad el movimiento al molinete de cine, y tomar con la otra mano, en exceso de celo, la carta para echarla, daba el tiempo necesario para leer la dirección; esta era mi tarea.

Nuestro papel se completaba en esa maniobra, con una perfecta solicitud rústica y un intachable "patuá" gallego, que agregado al color particular dado al cutis, a unas patillas sabiamente disimuladas y al traje auténtico de los profesionales de ese ramo, viejo, remendado, pero limpio, no habrían dado sospechas ni a nuestros más legítimos colegas, si en aquellas esquinas los hubiese habido.

Aquel día, desde la mañana se hizo guardia, en la disposición explicada en el capitulito respectivo. Si el criminal hubiese aparecido, lo habríamos seguido, simplemente, pues no era posible dar un asalto a la luz del día. Lo natural era que se presentara de noche, y así sucedió.

Antes del asalto y mientras corría a ocupar mi puesto, abrí el sobre para cerciorarme de si contenía el séptimo anónimo. Ahora bien, pudiera ocurrirme preguntar ¿es el autor el que la arrojó al buzón? ¿es acaso una prueba?... Sea quien fuere, es un vehículo del crimen, con todas las graves responsabilidades del autor.

Ya se vió que el éxito fué pleno; y debo manifestar que en su mayor parte se debió a la cadenita policial.

Doy a los espíritus más fuertes la consideración de esa infamante prueba, de verse encadenado entre dos hombres que lo conducen ante un terrible acusador!

Era mi soñada "visión de la cárcel".

Resultados prácticos

El señor Equis pasó una Pascua más, contento y hasta rejuvenecido.

El doctor Sero cobró por la administración de su diario los "personales" de X, y no hizo la serie de los suyos. Quizá el tiempo transcurrido enfrió la malquerencia que guardaba hacia su anonimista.

Ene Ene está en París, y sabemos que no piensa volver, pues le sienta maravillosamente la atmósfera tuberculosa de la gran ciudad.

LA MODA ACTUAL









MODELOS DE "LA GIRALDA"

539 - CARLOS PELLEGRINI - 539

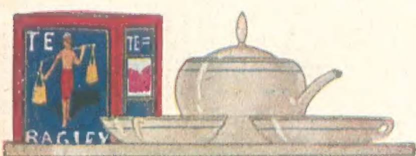


¡Es un deleite probar estas deliciosas galletitas!



GALLETITAS
MORENAS
cubiertas con chocolate

Riquísimas galletitas cubiertas con una fina capa de chocolate. Su higiénica envoltura de papel plateado, les da la delicada presentación de un bombón. Especiales para fiestas, bailes, lunchs, reuniones familiares, etc.



TE BAGLEY

Extraordinariamente aromático y lleno de fuerza. Preparado a base de limbos o ribetes de las hojas más frescas, libre en absoluto de palitos y tallitos.

Tres Calidades:

No. 1 — ETIQUETA ROJA.
No. 2 — ETIQUETA AZUL y paquetes de 10 centavos.
No. 3 — ETIQUETA VERDE.



LAS aristocráticas Galletitas ÓPERA se han creado para satisfacer a los paladares más delicados. Constituyen la delicia de las criaturas; la gente "chic" las saborea con fruición.

Livianas, saludables y nutritivas, las Galletitas ÓPERA que elabora Bágley son unas riquisimas obleas de apetitoso sabor, preparadas en diez gustos distintos: vainilla, limón, menta, frambuesa, cerezas, chocolate, coco, chocolate con coco, frutilla y naranja.

En cualquier circunstancia, las Galletitas ÓPERA de Bágley dan una nota de distinción y buen tono. Son insustituibles en los five o'clock teas y en cualquier reunión elegante.

Con el te de la tarde y con licores, no hay nada que las supere.

Galletitas "ÓPERA"

de **BÁGLEY**

En venta en todas las buenas despensas y almacenes

Cía. Gral. de Fósforos. Tall. Gráficos P. Colón 1266, Buenos Aires.
Industria Argentina.